

MITOS DEL DESARROLLO RURAL ANDINO

50 NOTAS PARA LA
REFLEXIÓN Y EL DEBATE

Pierre de Zutter



MITOS DEL DESARROLLO RURAL ANDINO

**50 NOTAS PARA LA
REFLEXIÓN Y EL DEBATE**

Pierre de Zutter



Lic. Roberto Aguilar Gómez
Ministro de Educación

Lic. Noel Aguirre Ledezma
Viceministro de Educación Alternativa y Especial

Serie: Educación, Transformación e Inclusión
Documentos de análisis y propuestas

Título: MITOS DEL DESARROLLO RURAL ANDINO
(50 notas para la reflexión y el debate)

Autor: Pierre de Zutter
Edición: Viceministerio de Educación Alternativa y Especial

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Dirección: Av. Arce, Nro. 2147

Teléfonos (591-2) 2442144 - 2442074 Línea Piloto: 2681200

Casilla de Correo: 3116

Pág. web: www.minedu.gob.bo

D.L. 4 - 1 - 857 - 16 P.O.

Impreso en La Paz - Bolivia 2016

ESTA PROHIBIDA LA VENTA DEL PRESENTE DOCUMENTO

FICHA DE ORIENTACIÓN

Tema:

Los proyectos de desarrollo rural en el ámbito andino y sus divorcios con el campesinado en cuanto a concepciones, diseños, actitudes, metodologías, etc.

Objetivo:

Incentivar y alimentar los debates y los procesos de autoformación de personal en los proyectos de desarrollo rural andino, gracias a reflexiones cortas sobre “mitos” comunes a la mayoría de estos proyectos.

Público:

1. Equipos de campo de proyectos de desarrollo rural.
2. Encargados de formación en dichos equipos.
3. Responsables de financiar, diseñar o conducir proyectos de desarrollo rural en los Andes.
4. Dirigentes y asesores de organizaciones campesinas andinas en cuyos territorios se implementan (o desean entrar) proyectos de desarrollo rural.

Formas de uso:

1. Preparación de reuniones de programación, evaluación o formación (escoger artículos que problematicen).
2. Conducción de tales reuniones (suministrar notas o párrafos de las mismas para orientar una reflexión o desentrampar un debate).
3. Consulta o lectura individual de acuerdo a preocupaciones de trabajo (sin seguir el orden de publicación de las fichas).

Autor:

Pierre de Zutter (Francia 1949). Periodista especializado en problemática rural peruana (1971-1976). Consultor UNESCO para proyectos de comunicación rural en América Central (1978-1979). Asesor de instituciones y proyectos de desarrollo rural en Perú, Bolivia y Ecuador (1982-1988).

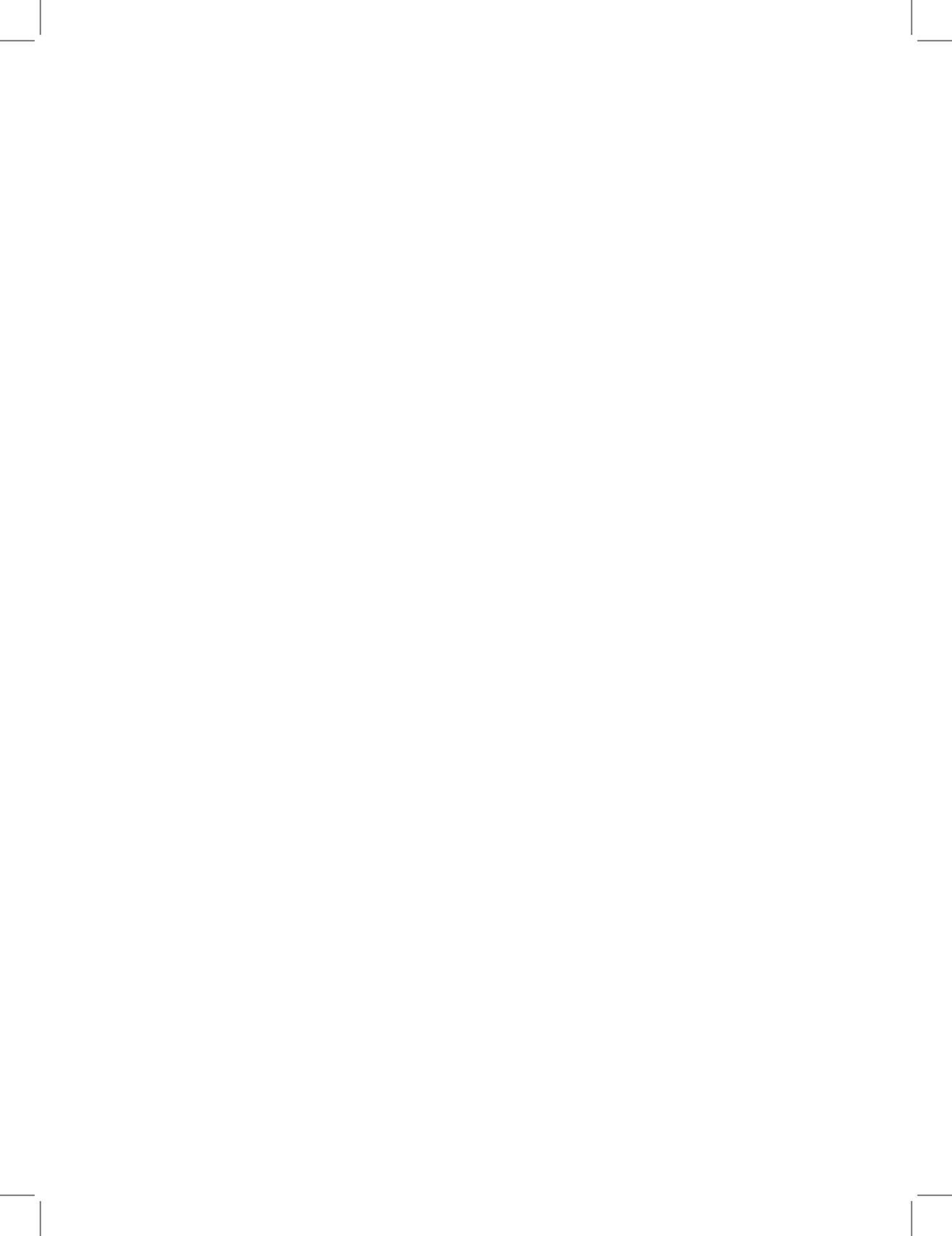
Otros libros:

“Campesinado y revolución”, INC, Lima 1975

“Los condenados de la selva”, Horizonte, Lima 1976

“¿Cómo comunicarse con los campesinos?”, Horizonte, Lima 1980; segunda edición en 1986

“Una experiencia de curso-taller sobre comunicación con campesinos”, CCTA



ÍNDICE

Ficha de orientación	3
Índice	5
Agradecimientos	7
Introducción	9
1. De productor a campesino	11
2. Los prefijos del desarrollo	13
3. “Participación” y “autogestión”	15
4. Organización: lo funcional y lo territorial	16
5. Los “patrocinadores” del desarrollo	19
6. “Sistemas”: mecanicismo y tecnicismo	21
7. Tecnología apropiada: ¿es adecuada?	23
8. ¿Quién planifica mejor?	26
9. Investigación y diagnósticos	28
10. Proyectos: propiedad y racionalidad	30
11. “Nivel cultural” y conocimientos	32
12. Extensión, capacitación, comunicación: ¿para qué?	34
13. Metodologías: ¿un nuevo paquete?	36
14. La capacidad de gestión	38
15. El sistema de “promotores” campesinos	40
16. El concepto occidental de “progreso universal”	42
17. Los Andes y los “modelos de desarrollo”	44
18. Diversidad y homogeneidad: ¿qué es la “unidad”?	46
19. La “integralidad” y nuestros proyectos	48
20. La integralidad y el pensamiento andino	50
21. Dependencia y autonomía: el aprendizaje de la interdependencia	52
22. El tinku	54
23. Vida biológica y vida social	57
24. Lo moderno y lo andino: ¿dominación, combinación o desarrollo?	59

25. Conocer la realidad: nuestros pobres diagnósticos	62
26. La mítica “transferencia”	64
27. Con el futuro por detrás	67
28. Los efectos multiplicadores o de irradiación y las racionalidades	69
29. Autogestión y autogobierno	72
30. “Cargos” y “brazos” de la organización campesina	74
31. El sistema educativo andino	76
32. ¿Racionalizar u optimizar?	78
33. Tecnologías: del “paquete” al “abanico”	81
34. Los actores del desarrollo rural andino	84
35. El “territorio” del desarrollo	87
36. El campesino como “insumo” o como “actor”	90
37. ¿”Transferencia” o “retirada”?	92
38. El calendario del desarrollo	94
39. El “calendario andino”	96
40. Estudios y deformación de los profesionales	98
41. Los “clubes de madres” y la organización andina	100
42. El rol de la mujer en la organización andina	102
43. Extremos y promedios en la realidad andina	104
44. Líderes, dirigentes o bases: ¿con quién trabajar?	106
45. ¿”Equipo de trabajo” o “trabajo en equipo”?	108
46. De la extensión agrícola a una extensión campesina	111
47. Rol del agente externo: apoyar y acompañar	114
48. Sectores, especialidades e integralidad	116
49. Acercamiento a la realidad: la “fase esponja”	119
50. “Participacionismo”: la palabra y el silencio	122
Yapa: Productor, campesino e indígena: en busca de lo andino	125
Epílogo	127

AGRADECIMIENTOS

Desde mi primer libro en 1975 evité al máximo los agradecimientos: tantas personas merecían ser mencionadas que hubiese producido una letanía indigesta.

En la presente oportunidad deseo romper con mi propia (casi) tradición: si bien no puedo nombrar a todos, he de hacerlo con algunos por lo menos, a fin de no seguir acaparando bajo mi nombre y mis posibilidades de redacción tantas reflexiones elaboradas y compartidas en trabajos de equipo.

Por el diseño y el estilo de los artículos aquí incluidos, este libro significa una suerte de reencuentro con mi anterior oficio de periodista y por tanto con mi maestro en la materia, **Francisco Moncloa Fry**. Una sola vez en mi vida me sentí “discípulo” de alguien y me asumí como tal: fue mientras Paco me guiaba en el aprendizaje de la escritura.

Este es el cuarto libro que publico con Editorial Horizonte. Sin la confianza absoluta de (y en) **Humberto Damonte Larraín**, ni siquiera la amistad justificaría una asociación tan prolongada.

Las reflexiones presentadas fueron redactadas en pocos meses pero son producto de un largo proceso de confrontación con la realidad andina y con las orientaciones y prácticas de proyectos de desarrollo rural. Entre los miles de interlocutores que me aportaron y me cuestionaron, quiero por lo menos mencionar a:

- Oscar Rizo Patrón Velarde y Carlos Fernández Paniagua cuyos desafíos me estimularon permanentemente cuando me iniciaba como periodista en el Perú;
- Róger Rumrill, con quien compartí innumerables campañas periodísticas;
- Napoleón Morazán San Martín, Domingo Andrade, Mariano Méndez y Roland Schreyer, entre muchos colegas de trabajo y debate sin los cuales nunca Honduras me hubiese enseñado tanto;
- Mario Kaplún, Víctor Daniel Bonilla, Carlos Coloma y tantos otros amigos con quienes, a lo largo del continente, intercambiamos experiencias y reflexiones;
- Oscar Martínez Horna y Carlos Castillo Ríos, a nombre de los numerosos amigos peruanos que acompañan y estimulan mis pasos desde hace muchos años, de lejos o de cerca;
- Miguel Vallier y Jean-Luc Pradel, como expresión de la riquísima experiencia que vivimos, durante casi tres años, en el marco institucional del CICDA;

- Rudolph Sollanek, Rodolfo Lizarazu, Juan San Martín, Xavier Izko y Vicente Zender, para no citar a todos los colegas con quienes intentamos realizar en Oruro un trabajo de apoyo a un auténtico autodesarrollo campesino;
- François Greslou y Grimaldo Rengifo Vásquez como pilares de este equipo flexible con el cual en los últimos años buscamos contribuir cada vez más a renovar ideas y prácticas sobre desarrollo rural andino.

En cuanto a mi esposa y mis hijas, todo lo escrito les debe tanto que si aparezco firmando aquí es un poco como prestanombre y porque, al estilo de la organización familiar andina, como varón me toca representarnos ante el exterior.

Lima, primero de marzo de 1988

Pierre de Zutter

INTRODUCCIÓN

Luego de decenios de innumerables fracasos de proyectos y modas en materia de desarrollo, es evidente que se requiere una profunda y sistemática revisión de las concepciones sobre las cuales estuvieron asentados tantos esfuerzos. Es urgente una reelaboración conceptual. Para ello es indispensable la intervención de los técnicos de campo, junto con el campesinado.

Mientras los teóricos de gabinete monopolicen (voluntariamente o no) el debate, seguiremos bailando al ritmo de modas importadas y “adecuadas” a los Andes; seguiremos con planteamientos a veces muy interesantes pero inaprovechados o inaprovechables por el personal de campo; seguiremos comportándonos como esquizofrénicos de discurso y práctica paralelos.

No basta con denunciar vacíos. ¿Qué podemos hacer para posibilitar, entre otras cosas, la intervención de los técnicos de campo?

Los proyectos de desarrollo rural saben que la práctica de la lectura, en refuerzo de dinámicas internas de reflexión y evaluación, es indispensable para mejorar la formación de sus equipos de campo.

El propio personal de estos equipos es consciente de la utilidad de la lectura. Cada oportunidad que tiene para hacerse de algún material bibliográfico es aprovechada al máximo.

Sin embargo, el personal de campo no lee, o muy poco.

A la escasez de bibliografía adecuada y accesible para el técnico de terreno de un proyecto de desarrollo rural, se suma la falta de práctica de la lectura. En muchos casos se trata de una verdadera fobia adquirida en los años de estudios.

Los artículos que presentamos aquí intentan de alguna manera facilitar una nueva dinámica que ayude a resolver el problema.

Se trata de notas especialmente diseñadas y escritas para su uso en procesos internos de equipos de trabajo:

- El formato breve (un poco como si fuesen fichas, con un máximo de 4 páginas cada una) busca evitar la pereza provocada por textos largos e insertar la lectura dentro de los procesos de programación, evaluación o autoformación de tales equipos;
- El estilo para tratar cada tema quiere problematizar y aportar elementos de reflexión, sin pretender llegar a «la» conclusión, de tal suerte de enriquecer el debate en equipo.

Es decir que nuestra mayor preocupación estuvo en producir algo “operativo”, es decir útil a nivel de terreno.

Por las primeras pruebas ya realizadas en campo, hemos podido ver que el formato y el estilo sirven para los objetivos propuestos. Utilizado como lectura previa a un debate o como pausa dentro de la reunión misma, un artículo bien seleccionado contribuye a dinamizar y enriquecer el proceso interno.

La mayor limitación está sobre todo en el lenguaje usado: en muchos casos hubiésemos necesitado más tiempo para retrabajar los textos y hacerlos más accesibles. A fin de no demorar el aprovechamiento de estos materiales (que fueron imaginados hace más de dos años pero que recién pudieron ser redactados entre enero/marzo de 1988), los entregamos así como están, dejando para más tarde o para otros el reto de una mayor adecuación.

Algunas **recomendaciones para el uso** de estas notas pueden ser útiles.

La numeración de las fichas que empleamos en este libro no responde a ninguna lógica temática. Voluntariamente hemos conservado el orden seguido a la hora de escribir (es decir a medida que los apoyos a proyectos concretos iban sugiriendo temas y retos). Porque éste no es un libro a leer en forma corrida, empezando en la ficha 1 y terminando en la 50: es mas bien un material de debate y consulta.

Quienes sí podrían sacar provecho de una revisión global de todas las fichas son los encargados de conducir o apoyar los procesos internos de sus equipos: así podrían ubicar mejor las notas más acordes con sus propias necesidades y hacerlas reproducir para su uso en el momento oportuno.

Este libro aparece casi simultáneamente en una edición peruana (Editorial Horizonte en Lima) y una edición boliviana (Hisbol en La Paz, 2 tomos de la Breve Biblioteca de Bolsillo).

La primera ofrece la ventaja de prestarse mejor a un uso en equipos más grandes: su formato facilita el romper el libro para hacer de cada ficha una separata que circule de mano en mano durante una reunión y/o que se pueda fotocopiar.

La segunda se presta mejor a un uso en el campo mismo, en equipos pequeños: su formato permite llevar el libro en el bolsillo y leerlo en cualquier momento libre.

1. DE PRODUCTOR A CAMPESINO

No. El título de esta nota no está equivocado. Si bien decenios de “desarrollo” han intentado hacer del hombre andino un “productor” para el mercado y la economía nacionales, los también decenios de fracasos han obligado a cuestionar modelos y estrategias de desarrollo, a buscar un regreso a la naturaleza campesina de la economía andina.

Los organismos estatales del sector agropecuario, la cooperación técnica internacional (bilateral y multilateral) y muchos centros privados de promoción del desarrollo suelen ver al campesino en función del papel que se le ha asignado en la economía nacional. Es decir que lo ven como productor de alimentos y materias primas para el abastecimiento urbano, la industria y si posible la exportación.

Los proyectos de desarrollo plantean así como objetivo principal el “fomento a la producción y productividad”. Otros, más “sociales”, se preocupan por el “mejoramiento de las condiciones de vida”, pero suponen nuevamente que éste vendrá de la mano con el aumento de producción y productividad, acompañándolo de “servicios”.

Se busca entonces forzar el campesino a adoptar una racionalidad de “productor”. A reestructurar todo su sistema de planificación, toma de decisiones y trabajo en función del mercado. Como “productor”, habría de priorizar sus “ventajas comparativas” de acuerdo a la “demanda”, volverse “sujeto de crédito” para adquirir insumos y aumentar su producción a fin de “maximizar ingresos” monetarios y ser así capaz de pagar los préstamos y comprar el “mejoramiento de sus condiciones de vida”.

El campesino no es un “productor”, es mucho más que ello.

Es un generalista del campo que administra un territorio (la chacra familiar, el ámbito comunal, y más allá también) y una unidad social (la familia, la comunidad), de acuerdo a criterios económicos (y no sólo productivos), ecológicos, tecnológicos, sociales, políticos, culturales, dentro de una perspectiva del tiempo a largo plazo y con una finalidad de bienestar (que desconocemos en gran parte).

Su concepción del bienestar no es de ninguna manera contraria al aumento de la producción, a la innovación tecnológica, a la evolución cultural, a todos aquellos supuestos sobre los cuales se basan los proyectos de desarrollo.

Pero sucede que el campesino pocas veces se deja engañar por los mitos en que hemos convertido el aumento de la producción, la innovación tecnológica, la evolución cultural. Para él no son fines en sí. Mejor planificador que nosotros, el campesino reubica estas propuestas dentro de sus posibilidades, dentro de su futuro, dentro de su experiencia. Y se niega a correr muchos riesgos insensatos a los que tratamos de empujarlo.

Nuestra concepción del desarrollo rural está plagada de irrealidad. Obsesionados por el papel de la agricultura como sostén de un “desarrollo nacional” que suele ser una copia simplista de las experiencias históricas de países templados del hemisferio norte (cualquiera sea su signo ideológico), exigimos a los Andes que cumplan dicho rol, sin que existan condiciones para ello.

Nos olvidamos que, en términos de la actual integración económica mundial, los Andes están condenados porque tienen pocas “ventajas comparativas” para permitirles “competir” dentro del modelo propuesto.

Nos olvidamos que nuestra sociedad no ofrece ninguna de las condiciones (precios adecuados y garantizados, por ejemplo) que exigieron los campesinos del hemisferio norte antes de aceptar correr los riesgos propuestos y volverse “productores”.

Nos olvidamos de muchas cosas.

Pedir al campesino que nos tenga fe y dé el salto de campesino a “productor” es engañarlo. Muchos ya se dieron cuenta de ello en los Andes en los últimos diez años. Se habla cada vez más de “economía campesina”, de “vía campesina”. Pero aún estamos en pinitos en cuanto a saber cuál podría ser la estrategia para desarrollar “lo campesino” y tener así una base firme para mejorar “lo productivo”.

¿Qué pasaría si empezamos a preocuparnos por “conocer” lo que hay detrás del término “campesino”, por entender las múltiples diferencias de estrategia y racionalidad entre los habitantes del campo, entre los de una misma zona y comunidad, entre los de diversas regiones y países andinos?

¿Qué pasaría si, en lugar de querer imponer nuestra racionalidad y nuestras metas, buscamos comprender lo que es, lo que quiere y lo que piensa poder hacer el “campesino”, a fin de poder dialogar con él y partir de lo suyo, colaborando en sus esfuerzos por alcanzar lo que es realmente posible (y no lo voluntaristamente programado por nosotros)?

(a partir del diario “La Razón”, Lima 28.9.86)

2. LOS PREFIJOS DEL DESARROLLO

Adoptada a fines de los años 40 como lema general a nivel mundial, la palabra “desarrollo” logró durante mucho tiempo una suerte de unanimidad. A la exigencia de descolonización de los países del hemisferio sur, se agregó el planteamiento de “desarrollar” las regiones que no gozaban del nivel de vida alcanzado en el hemisferio norte, cualquiera sea su signo ideológico.

“Desarrollar” fue casi siempre interpretado como “hacer crecer”. El “sub-desarrollo” consistía en estar marginado de la economía mundial y de las bondades de la sociedad de abundancia en pleno auge en el norte. El “desarrollo” debía por consiguiente buscar alcanzar los niveles de rendimiento, industrialización y servicios que habían sido considerados como la clave del éxito del norte.

Muchas fórmulas fueron propuestas y ensayadas. En América Latina, conocimos recetas como la revolución verde en lo agrícola, la sustitución de importaciones en lo industrial, el crecimiento del Estado en los servicios.

Progresivamente también se comenzaron a precisar estrategias para lograr el “desarrollo”. Se habló de “desarrollo nacional” por un lado, de “desarrollo de la comunidad” en el polo aparentemente opuesto. Aparecieron la “participación” de la población y el vocablo “adecuado” como pistas para viabilizar lo que tan mal iba funcionando: proliferaron la “investigación participativa” y la “metodología participativa”, junto con la “tecnología adecuada”.

Se agregaron calificativos que suponían una voluntad de enmienda a errores y fracasos anteriores. El adjetivo más en boga pasó a ser el término “integral” (o “integrado”), con el cual se adornó un sinnúmero de proyectos.

La característica predominante de esa fase (que sigue vigente como una de las corrientes del “desarrollo”) fue la creencia en la existencia de metas y modelos universalmente válidos. La fe en lo universal era el signo distintivo del “desarrollo”. No en vano el término había sido propulsado por Truman ante las Naciones Unidas y éstas lo habían recogido como bandera.

Durante muchos años quedaron relegados a la oscuridad y al oprobio los pueblos y los investigadores preocupados por la defensa de las particularidades locales y regionales. El nuevo esquema sólo admitía las particularidades como fuentes de “ventajas comparativas” en lo productivo (a aprovechar para una inserción más rentable en la economía mundial) y como reservas de folclore en lo demás.

La dura realidad del planeta, terco en mantener las diferencias, volvió a abrir brechas para planteamientos no-ortodoxos. Muchos especialistas, aterrados por los desastres causados en su rama por el mito universal, comenzaron a levantar cabeza. Exigieron un poco más de consideración y sugirieron nuevos enfoques.

El “ecodesarrollo” por ejemplo es uno de ellos, producto del esfuerzo de científicos de la naturaleza por hacer respetar las leyes de la tierra, de la ecología. Otros investigadores lanzaron también sus propuestas, forjando nuevas palabras en las que el “desarrollo” está determinado por algún eje o alguna estrategia. Además del “ecodesarrollo”, encontramos el “etnodesarrollo”, el “endodesarrollo”, etc.

Cada nueva corriente pone el acento en la convicción o especialidad propias, aunque reconozca la importancia de lo planteado por otros. Prueba de ello es que los ecodesarrollistas hacen de lo social, de la intervención organizada de la población, uno de los pilares de su fórmula. A su vez los etnodesarrollistas suelen ser firmes defensores de la ecología. Ambos reclaman un desarrollo desde adentro, endógeno, un “endo-desarrollo”. Etc.

En conjunto, todas estas tendencias están haciendo algo más que pegar prefijos o calificativos al vocablo “desarrollo”. Lo están reinterpretando. Están reorientando la palabra “desarrollo”, haciéndola partir no del verbo “desarrollar” entendido como “hacer crecer hasta una meta máxima”, sino del verbo “desarrollarse” entendido como “valorar, extender y aprovechar todas las posibilidades internas, guardando la armonía del conjunto”.

Ya no se trataría de “ser más” en forma comparativa, de acuerdo a una escala universal, sino de “estar mejor” dentro de las posibilidades y limitaciones de cada realidad, de cada sociedad.

Todas estas propuestas tenderían así a forjar una nueva corriente del “desarrollo”. Cada una está buscando y aportando algo. Ninguna está realmente consolidada como tal ni puede ser considerada aún como alternativa suficientemente válida de por sí.

Ante tales planteamientos, pueden entonces existir dos actitudes. La una conservadora, consistente en mejorar el viejo “desarrollo” con una mayor preocupación por el ecosistema y su conservación, con tecnologías más “apropiadas”, con “participación”, etc. La otra ambiciosa, orientada a aprovechar los nuevos aportes para ir reconstruyendo un nuevo enfoque de desarrollo, desde la realidad, desde los potenciales de cada región y pueblo, desde la diversidad.

(versión adaptada a partir del diario “La Razón” 6.10.86 y del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

3. “PARTICIPACIÓN” Y “AUTOGESTIÓN”

Las nuevas tendencias del desarrollo suelen tener a la población local como protagonista principal. El hombre es efectivamente factor preponderante del ecosistema, su conservación, aprovechamiento o destrucción.

La historia andina precolombina fue una larga lucha por acondicionar el medio ambiente a las necesidades de sus habitantes. La historia andina colonial y republicana presenta mas bien el deterioro de los equilibrios naturales al ritmo de la demanda europea o nacional de materias primas, alimentos, mano de obra. La historia del desarrollo habría de ser la reconstrucción de los ecosistemas y su adecuación a los requerimientos y prioridades de la sociedad local, regional y nacional.

En cuanto los proyectos clásicos de “desarrollo” reclaman la participación de la población como una manera de mejorar su propio funcionamiento y el logro de sus metas, los nuevos proyectos han de ser basados en la intervención de los lugareños, han de partir de ella.

El control y mejoramiento de un ecosistema han de pasar necesariamente por los actores humanos de dicho ecosistema. En el lenguaje de los proyectos, esa intervención de la población suele expresarse a través de dos términos claves: “participación” y “autogestión”. Como casi toda la terminología del “desarrollo”, las palabras “participación” y “autogestión” son ambiguas y esconden interpretaciones y estrategias diferentes, cuando no contradictorias.

En nuestros días, todo se ha vuelto “participación”. Se dice que se “participa” al recibir información, al opinar, al intervenir en la ejecución de algo, al tomar decisiones en forma autónoma (autogestionariamente), como si todo fuera lo mismo, como si no hubiesen diferencias abismales entre una cosa y otra.

El afán de “autogestión” lleva algunos a requerir una total independencia ante cualquier intervención externa, negando la interdependencia, suponiendo que forman islas donde hacer lo que se les antoja. Otros se satisfacen con una “autogestión” en la cual se les permita administrar el simple funcionamiento de empresas, proyectos o actividades, cuyas orientaciones, posibilidades y futuro están totalmente determinadas y decididas desde el exterior.

Dos preguntas dan la clave de la “participación” y la “autogestión”: ¿quién o quiénes toman las decisiones? ¿sobre qué aspectos toma cada uno decisiones?

Las mismas interrogantes devuelven automáticamente a una reflexión sobre el papel del Estado (y de diversas entidades patrocinadoras) frente al rol de las propias poblaciones locales en el “desarrollo”.

Tanto en la sociedad andina existente en el momento de la invasión española como en los países del norte que aparecen ahora como “modelos”, el Estado ha sido y es actor preponderante en el manejo de los recursos naturales, de los ecosistemas.

El Estado incaico fue promotor de grandes obras de adecuación del ecosistema andino y ordenador de una sociedad que, fundamentalmente, respetaba los equilibrios naturales.

Los Estados modernos del norte multiplicaron las legislaciones (creación de reservas naturales, protección de zonas no aptas a una explotación intensiva de acuerdo a la clasificación de suelos, prohibición de actividades contaminantes...) tendientes a preservar la naturaleza.

Los propulsores de diversas tendencias del desarrollo proponen por ello que el Estado, sus organismos y las entidades paraestatales diseñen y ejecuten programas, incorporando la “participación” de una población a la cual dichos programas serían “transferidos” una vez demostrada su capacidad de administrarlos bien.

Pero el rol del Estado se sustenta en la existencia de una conciencia nacional, en la capacidad de la sociedad civil para exigir determinadas medidas, en la capacidad del Estado para hacer cumplir dichas medidas.

En los actuales países andinos, se suele carecer de estas tres condiciones. Los requerimientos alimenticios de las ciudades y los atractivos momentáneos de un producto en el mercado internacional casi siempre arrasan con las conciencias, las presiones y las normas.

Queda por ello la duda: ¿A quién le habría de corresponder actualmente el principal protagonismo? ¿Al Estado, con participación de la población? ¿A las poblaciones locales y sus organizaciones, con el apoyo y la participación del Estado? ¿Cuál ofrece la mayor garantía de continuidad?

¿Podría el actual Estado forjar y apoyar organizaciones locales con conciencia y capacidad de ecodesarrollo? ¿O podrían mas bien las organizaciones locales ayudar a forjar un Estado con conciencia y capacidad de autodesarrollo?

(versión adaptada a partir del diario “la Razón” 13.10.86 y del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

4. ORGANIZACIÓN: LO FUNCIONAL Y LO TERRITORIAL

Hablar de intervención de la población en el desarrollo obliga automáticamente a ocuparse del problema de la organización de esa población.

Mientras muchos ven en la organización, en cualquier organización, un simple instrumento a utilizar y desechar, otros plantean que no se trata de crear nuevas organizaciones especiales sino de partir de las existentes, de las “genuinas” o “naturales”.

El tema requiere una serie de precisiones.

La práctica más generalizada del “desarrollo” consiste en crear organizaciones en función de actividades a realizar, de problemas a resolver (hacer una carretera o una escuela, administrar una actividad o un proyecto, recibir un préstamo...). Podríamos llamarlas “organizaciones funcionales”. Para quienes defienden nuevas orientaciones de desarrollo, no se puede pensar en organizaciones “funcionales”, o independientes y especializadas.

El desarrollo no existe en abstracto sino de acuerdo a los ecosistemas presentes. Un ecosistema está basado en la interrelación e interdependencia de sus múltiples partes. Para planificar y ejecutar acciones de transformación del mismo, se precisan visión general y unidad de mando, es decir que las decisiones respeten la armonía del conjunto, tomen en cuenta las interacciones entre los diversos elementos.

El desarrollo no puede por tanto basarse en cualquier tipo de organización. Las posibilidades de una organización campesina para administrar, conservar y mejorar un ecosistema están determinadas por su propia naturaleza, territorio, composición, funciones y capacidades.

Los proyectos que se implementan en el campo tienden, cualquiera sea su orientación, a buscar entre las organizaciones locales existentes o potenciales aquella que mejor podría identificarse a sus propias actividades, aquella que sería un buen interlocutor, una buena contraparte asegurando la continuidad y la futura “autogestión” de lo iniciado por una entidad patrocinadora externa.

Es decir que es el “proyecto institucional” el que va determinando la organización campesina.

Pero el éxito del desarrollo pasa por la unidad y coherencia de un territorio y la unidad y coherencia del grupo social que habita ese territorio. Si la organización campesina abarca solamente parcelas del espacio considerado como ecosistema básico, si comprende apenas una parte de la población que vive en él, sin el poder de comprometer al conjunto para el respeto de ciertas normas y la realización de ciertas acciones, nunca será verdaderamente capaz de planificar, conducir y ejecutar un desarrollo.

Semejantes exigencias fueron la clave de la sociedad andina prehispánica. El crecimiento de la población y de la economía estuvo acompañado por una administración colectiva del territorio y de sus ocupantes.

Desde el ayllu original hasta el Imperio Incaico, pasando por las federaciones de ayllus y los sucesivos reinos y Estados, cada etapa del proceso histórico de construcción de la sociedad andina requirió un avance en la capacidad de control de los recursos naturales y sociales del territorio abarcado.

La base de toda la estructura que se iba armando estaba en el ayllu, el cual se regía precisamente por la administración del territorio y el control del grupo social a través de una organización única que no se “especializaba” en uno u otro aspecto, sino que gobernaba todos los rubros de la vida (lo económico, lo ecológico, lo social, lo cultural, lo religioso, lo político...). No se trataba tanto de una “explotación colectiva” (cada familia trabajaba su propia parcela), sino de una “gestión colectiva”.

La experiencia histórica del ayllu y de las diversas formas de gobierno precolombino dió resultados por lo menos aceptables en cuanto al manejo de los ecosistemas. Ello no quiere decir que la única alternativa de desarrollo esté en el regreso al ayllu y al Tahuantinsuyo. Pero, sí, se requiere aprovechar estos antecedentes para comprender las necesidades de organización en el contexto andino.

La gestión colectiva de los recursos y el manejo integral de la cuenca son precisamente dos de las recomendaciones que se pueden encontrar para programas de desarrollo. ¿Cómo garantizar esta gestión y este manejo? ¿Bastaría con normas legales y controles del Estado, junto con una “autogestión campesina” de determinadas actividades?

¿Un Estado fuerte y capaz, apoyado por todo tipo de organizaciones campesinas en el terreno? ¿Una organización campesina fuerte y capaz en cada unidad territorial, con el control y el apoyo regional y nacional del Estado y/o de sus propias matrices? La decisión corresponde a cada país y pueblo, de acuerdo a la propia realidad del Estado y a las opciones políticas de cada uno. Pero tiene que haber decisión al respecto, y por tanto reflexión y debate.

(versión adaptada a partir del diario “La Razón” 20.10.86 y del tomo I del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

5. LOS “PATROCINADORES” DEL DESARROLLO

Ante las agresiones permanentes de la agricultura comercial de mercado contra los ecosistemas (naturaleza y sociedad) y ante un “desarrollo nacional” que suele postergar y marginar los Andes, las entidades externas pueden tener un rol importante que cumplir.

La recuperación de una naturaleza desequilibrada y empobrecida requiere esfuerzos intensos que no ofrecen resultados rápidos. Sería muy difícil que las organizaciones locales puedan, dentro del actual contexto socio-económico, asumir solas la tarea: además de estar a menudo debilitadas internamente, carecen tanto de los recursos económicos necesarios para invertir en el reacondicionamiento de su territorio como de la fuerza política indispensable para lograr la modificación de ciertas orientaciones “nacionales”.

Dicho apoyo externo proviene generalmente de entidades internacionales, de ciertos organismos estatales, de centros académicos (Universidades) y de organizaciones no gubernamentales (los famosos “centros” privados).

Si bien estas instituciones juegan un papel de primer plano, se carece en general de una reflexión clara sobre los límites y alcances de su rol. Al analizar éste, se suele partir del modelo clásico de los “proyectos de desarrollo”.

Es decir que la “entidad patrocinadora” asume una función rectora: diseña un proyecto, lo conduce y busca “transferirlo” progresivamente a una organización local.

Cualquier reflexión sería sobre “participación y autogestión” y sobre “organización” conlleva a un debate urgente para verificar si dicha estrategia institucional es compatible con los objetivos planteados.

Para pasar del fracasado “desarrollo” clásico a un verdadero desarrollo andino, ¿basta con modificar los contenidos de los proyectos y lograr un poco más de “participación” de la población? ¿Puede olvidarse que la inmensa mayoría de los proyectos fracasan a la hora de “transferir”?

Existen dos posibles concepciones sobre el papel de los organismos externos, concepciones que se condicen con las reflexiones sobre, por un lado, la realidad del Estado en nuestros países y el rol de las organizaciones campesinas y, por el otro lado, sobre la autogestión.

La primera sería el “patrocinio”. El organismo externo, actuando como buen padre (patrocinio viene de “pater”, padre en latín), inicia y crea un proyecto de desarrollo, lo im-

plementa y ejecuta con la colaboración de los hijos (las organizaciones campesinas) hasta que estos estén en edad y capacidad de “heredar”, de recibir la “transferencia”.

Esto supone una total o casi total coincidencia de vis-tas, racionalidades, intereses y capacidades entre uno y otros, a fin de evitar que las decisiones tomadas por la primera generación sean malogradas o desechadas luego por la segunda. Para alcanzar dicha conformidad, el “patrocinador” cuenta con la educación que va proporcionando (con la “capacitación” y la “extensión”).

La segunda concepción sería el “apoyo” o “acompañamiento”. Partiendo de la necesidad de que las decisiones respondan a capacidades y prioridades de los propios interesados, el organismo externo no diseña proyectos como tal sino un plan para promover, facilitar y enriquecer los proyectos a ser elaborados y conducidos por las organizaciones locales.

Sin caer ni en la pasividad (esperando las iniciativas locales) ni en el “seguidismo” (aprobando cualquier orientación o decisión de la organización local), el organismo externo evita sustituir (aunque sea temporalmente) a la propia población, buscando mas bien desarrollar la capacidad de ésta para decidir, diseñar, conducir, implementar y ejecutar su desarrollo.

En el primer caso, la estrategia institucional contempla un cambio de función del organismo externo: de conductor al inicio a asesor al final.

En el segundo caso, la función es la misma a lo largo de todo el proceso: apoyo, asesoría, acompañamiento; lo que se va modificando son el contenido y la intensidad del apoyo, de acuerdo al desenvolvimiento de la organización local y al trabajo realizado.

¿Patrocinadores o acompañantes? Los agentes externos deberían preocuparse menos por la “eficiencia” de sus proyectos y volver a precisar mejor su propio papel dentro del proceso de desarrollo.

Se evalúa de manera diferente la eficiencia de un “patrocinador” que asume el rol de “actor principal” y la de un simple “acompañante” del “actor principal”.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

6. “SISTEMAS”: MECANICISMO Y TECNICISMO

Después de decenios de limitar su visión a problemas específicos (el cultivo de tal planta, la lucha contra cual plaga...), los estudiosos del desarrollo rural adoptan cada vez más un enfoque de sistemas, es decir que tratan de analizar las reacciones en cadena que cada modificación de un aspecto de la realidad provoca en los otros elementos.

Ya no se mira una cuenca o microcuenca solamente en función de su máximo potencial productivo, en función de sus “ventajas comparativas” dentro de la economía nacional e internacional, se le considera como ecosistema, como conjunto ecológico cuyas partes son interdependientes.

La palabra “sistema” comienza a llenar la literatura rural: “ecosistema”, “sistema de producción”, “sistema agro-silvo-pastoril”, “sistema agrícola”, “sistema pecuario” son algunas de las expresiones recogidas en documentos.

No basta sin embargo con adoptar un vocablo, un concepto. Es necesario aclararlo, precisararlo, para entender sus limitaciones y aprovechar sus aportes.

Dos (por lo menos) son los peligros que entraña actualmente cierto enfoque sistémico aplicado al desarrollo rural: el mecanicismo y el tecnicismo.

La teoría de los sistemas describe las reacciones entre las partes del conjunto como relaciones de causa a efecto. Esta visión puede ser muy útil para desmenuzar un sistema y describir su funcionamiento, pero es probablemente insuficiente para entenderlo.

El sistema sería como una gigantesca máquina pletórica de engranajes, piñones, poleas y en la cual cada elemento, con su acción, provocaría automáticamente determinada reacción en el elemento siguiente. A su vez, la falla de una pieza conllevaría a la paralización o destrucción de otras, salvo que existan conexiones alternativas que se pongan inmediatamente en marcha.

Las relaciones de causa a efecto son útiles pero parecen insuficientes para explicar y desenmarañar sistemas en los que entran factores tan complejos como la ecología y la acción humana. Más aún en el mundo andino con la extrema diversidad y fragilidad de sus componentes.

Más que por simples relaciones de causa-efecto, los ecosistemas andinos están conformados por una intrincada red de interrelaciones, es decir de acciones o influencias mutuas y muchas veces simultáneas entre un sinnúmero de elementos.

Un análisis del sistema consistente en desmenuzarlo para estudiar las relaciones bilaterales entre dos de sus partes y luego avanzar abarcando más componentes, hasta completar la totalidad de estos, nunca logrará una visión global realmente acertada del conjunto. Aportará muchos conocimientos útiles pero carecerá de la capacidad de entender e interpretar adecuadamente el sistema.

Se requiere combinar el análisis de cada elemento y su acción sobre otros junto con el estudio del conjunto, tratando de entender sus fuerzas dominantes, su dinámica, sus ritmos, y eso va más allá de las simples relaciones de causa a efecto.

Ahí interviene el segundo peligro que enfrenta actualmente el análisis de sistemas, el tecnicismo. Como las relaciones de causa a efecto son más fáciles de entender y controlar cuando se trata de relaciones técnicas, o sea físicas, químicas, biológicas (es decir cuando se refieren a ciencias llamadas “exactas”), se suele limitar el sistema rural a sus componentes ecológicos y productivos y dejar toda otra intervención humana de lado como si fuera un elemento externo al mismo.

Así, el estudio de los sistemas de producción agraria intenta pocas veces comprender la racionalidad y los valores del campesino y se reduce a analizar los efectos de la acción humana sobre el sistema “técnico” y a querer transformar comportamientos considerados nocivos y cuya causa se achaca al “bajo nivel cultural” del poblador.

Así, se quiere conocer el “sistema productivo” de la familia campesina como si ésta fuera solamente productora, sin profundizar en la racionalidad económica (lo productivo es sólo una parte de lo económico), social, cultural, política..., que inspira las decisiones campesinas.

Esta tendencia proviene de considerar lo “cultural” (es decir los valores y no solamente los comportamientos) como un fenómeno aislado cuando es un producto del tipo de relaciones de los hombres con la naturaleza y entre sí, y es al mismo tiempo un factor de estas relaciones. Siendo producto y factor, lo “cultural” es totalmente parte del sistema (por ejemplo del ecosistema) y resulta imposible entender éste sin incluirlo.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

7. TECNOLOGÍA APROPIADA: ¿ES ADECUADA?

Los numerosos fracasos en la región andina (y en otras partes) de proyectos basados en la introducción de la tecnología moderna pregonada por la “revolución verde” (es decir todo el arsenal de mecanización vigente en los países templados del hemisferio norte) llevaron a reconsiderar la cuestión de la tecnología.

“Tecnología apropiada”, “adecuada”, “intermedia”, “andina” y otras expresiones en boga en los últimos años caracterizan una corriente que busca alternativas a las fórmulas pesadas de la tecnología agrícola moderna.

En la base de los planteamientos que hacen las nuevas tendencias están dos cuestionamientos: el primero enfrenta el mito de una tecnología moderna que sería universalmente válida; el segundo considera la dependencia tecnológica como uno de los factores negativos para el desarrollo.

La crítica a los intentos de ofrecer una misma tecnología en todas partes del planeta corre pareja con el replanteo de “modelos” y objetivos de desarrollo supuestamente universales. Contrariamente a la búsqueda de uniformización de la tierra que ha caracterizado los últimos decenios, se está insistiendo cada vez más en que la diversidad es precisamente fuente de riqueza para la humanidad y la naturaleza.

Cada realidad tiene un potencial propio, genera una racionalidad diferente, conduce a formas particulares de vida, de bienestar.

Por otra parte, si bien una tecnología “importada” sin control puede generar temporales auges económicos y abundancia momentánea de bienes, la continuidad de todo proceso de desarrollo requiere sólidas bases locales y la tecnología es una de esas bases.

Con ello, no se propugna una total autonomía o una autarquía tecnológica (la realidad andina y su historia demuestran que en la región difícilmente pueden sobrevivir mucho tiempo las islas autosuficientes) sino una conducción local del desarrollo tecnológico, partiendo de los recursos y tradiciones existentes y controlando los aportes externos para permitir su apropiación, evitar una dependencia y alcanzar mas bien una interdependencia provechosa.

En respuesta a la tecnología universal se suele buscar una que sea “endógena”, es decir de origen local. Con esta expresión se designa tanto la rehabilitación de tecnologías ancestrales, la adaptación de las que existan localmente, la generación de otras nuevas y que sean propias y la selección de aquellas importadas que puedan ser convenientes y adecuadas.

Sin embargo, como para todo esfuerzo que se pone de moda, ciertos peligros acechan la tecnología “apropiada” o “adecuada”.

El principal es probablemente la tendencia a encerrarla en “lo pequeño”. La tecnología “apropiada” sería la más “pequeña”, en lucha contra la “grande”. De acuerdo a esta visión simplista, se podría pensar nuevamente en “recetas” tecnológicas universales pero pequeñas.

Eso es lo que, de hecho, ha comenzado a suceder con los intentos de difusión en el Tercer Mundo y en los sectores marginales del hemisferio norte de “paquetes tecnológicos adecuados”. Así, muchas entidades financiadoras de proyectos de desarrollo califican los pedidos que reciben en función de la cantidad de “tecnologías apropiadas” incluidas en los mismos.

Hasta se van creando jerarquías: un “biodigestor”, por ejemplo, da prestigio y credibilidad, aumentando las posibilidades de obtener financiamiento.

Con ello, se pierde la indispensable relación entre una realidad determinada y sus tecnologías. Se cree que los nuevos “paquetes” son de por sí “adecuados” por cuanto son “pequeños” y el reto de los proyectos consiste en lograr que la población local se los apropie, para que se vuelvan “apropiados”.

Así, progresivamente, se corre el riesgo de que la tecnología “adecuada” deje de ser “endógena”, es decir generada desde adentro y por tanto controlada y controlable por la población y sus organizaciones, para ser exclusivamente producida por centros especializadas en tecnología “pequeña” y luego difundida por promotores.

Esta posible evolución llevaría finalmente al mismo tipo de enfoque predominante en la “revolución verde”. Por un lado los investigadores especializados; por otro lado los campesinos; entre ambos, un ejército de “extensionistas” encargados de convencer a los últimos de la bondad de los hallazgos hechos por los primeros.

La cuestión debería ser revisada. Las tecnologías son factores de real desarrollo en la medida que se corresponden con la cultura tecnológica de sus usuarios. De todos los calificativos que se suelen usar para hablar de ellas, los únicos realmente significativos en términos de desarrollo son entonces aquellos que precisan la cultura de donde provienen: “andina”, “occidental”, “moderna”...

Conocer de cuál cultura procede una determinada tecnología y a cuál cultura pertenecen sus supuestos usuarios permite replantear el problema de la adecuación.

Los propios usuarios deberían ser los encargados de “adecuar” una tecnología externa, a fin de tomar en cuenta todos los elementos de su propio entorno cultural tecnológico y poder así enriquecerlo, desarrollarlo.

Cuando un profesional “moderno” pretende adecuar él mismo una tecnología para campesinos andinos, lo que termina generalmente por hacer es “sustituir” un elemento tecnológico andino por otro moderno, con lo cual suele empobrecer la cultura tecnológica propia del campesino andino en lugar de enriquecerla.

El papel del técnico moderno habría mas bien de ser el apoyar y acompañar al campesino, a la organización andina, en sus esfuerzos de experimentación para lograr que una tecnología potencialmente útil sea convenientemente adecuada a las necesidades, posibilidades y racionalidades andinas.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

8. ¿QUIÉN PLANIFICA MEJOR?

El desarrollo es un proceso a mediano y largo plazo. La inmensa mayoría de sus frutos se comienzan a dar después de años. Requiere por ello una gran capacidad de planificación.

No se trata solamente de contar en el inicio con una buena planificación, sino de lograr una excelente capacidad de planificación: un plan de desarrollo no puede establecerse de una vez para siempre y exige permanentes adecuaciones o reorientaciones.

Un “desarrollo” clásico suele basarse en grandes metas cuantitativas de producción y consumo, a través de obras definidas de acuerdo a dichas metas.

Una vez lanzada la ejecución del plan, se pueden cambiar la cuantificación de las metas o realizar obras complementarias destinadas a corregir o compensar ciertos efectos secundarios más o menos imprevistos de las obras principales, pero difícilmente se modifican las orientaciones.

El desarrollo debería asentarse menos en metas cuantitativas que en el mejoramiento y transformación de los equilibrios del ecosistema (sociedad y naturaleza). Requiere por ello mucho más flexibilidad y capacidad de planificación progresiva.

Otra característica de la planificación del desarrollo es el rol de la población local en la misma. Resulta casi impensable un desarrollo rural andino planificado desde fuera. Por dos razones principales.

La primera consiste en las limitaciones de las categorías e instrumentos clásicos para entender y manejar la complejidad de un ecosistema.

La planificación del aparato estatal divide la realidad en sectores administrativos que se ocupan en forma especializada y excluyente del aspecto que les corresponde.

En el mejor de los casos, se tiene una orientación general que guía a todos los sectores y se realizan esfuerzos de coordinación para intentar armonizar metas y métodos: existen así comisiones intersectoriales en lo económico, en lo social...

Pero igualmente se carece de una visión general de las interrelaciones de la realidad cuando se precisa lo propio de cada sector, y peor aún al pasar a la ejecución.

La segunda está en el gran potencial de la población andina para planificar. Pocas sociedades han desarrollado tanta capacidad de planificación como la nuestra.

Empujado por las dificultades de su geografía y su ecología, el mundo prehispánico tuvo que basar su supervivencia y crecimiento sobre una estricta planificación en el espacio y

en el tiempo. Y lo hizo tanto para el espacio y el tiempo inmediatos (la parcela familiar o el territorio comunal, un ciclo agrícola) como para el espacio y el tiempo lejanos (intercambio y reciprocidad entre zonas distantes en kilómetros o en altura, ciclos de rotación de cultivos y descanso de tierras, previsión de los ciclos extremos del clima).

Además, esta planificación supo combinar todas las dimensiones de la realidad, sin limitarse a una o varias de ellas. Así, la búsqueda de pareja para formar una familia y la celebración de fiestas y rituales religiosos buscaban fortalecer y perpetuar intercambios ecológicos y económicamente indispensables. De la misma manera, las decisiones productivas se referían a normas ecológicas, sociales, culturales y políticas.

Si bien dicha capacidad de planificación quedó en gran parte desestructurada por una sociedad dominante que despreciaba y saqueaba el mundo andino, los estudiosos van redescubriendo cada vez más la habilidad con la cual los campesinos, en condiciones siempre más desfavorables, planifican su supervivencia y reproducción.

Podría agregarse una tercera razón de peso para que la planificación del desarrollo esté en manos de la población local (aunque no solamente en las suyas). Si se opta por una autogestión del desarrollo que no se limite a la simple administración de proyectos ya diseñados y lanzados y que tenga más bien un cierto carácter de autogobierno local, resulta impensable que la planificación no esté a cargo de ese autogobierno.

En conclusión, la planificación del desarrollo no consiste en seguir aplicando (con una nueva orientación) las categorías y métodos de siempre; requiere una renovación profunda de estos. Tampoco bastaría con “descentralizar” esa planificación en busca de la “participación” de la población de base.

Convendría más bien basarse en la capacidad existente del campesinado andino, revalorizarla y desarrollarla, enriqueciéndola con aportes de la planificación moderna.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

9. INVESTIGACIÓN Y DIAGNÓSTICOS

Conocer la realidad es el reto inicial que enfrentan todos los proyectos de desarrollo. Para ello consultan en archivos todos los diagnósticos e investigaciones existentes. Casi siempre los completan o corrigen con encuestas e indagaciones propias.

Pero, en la mayoría de los casos, ello constituye apenas un “paso” en la programación, “paso” que se cumple como una especie de ritual mágico y obligatorio, sin reflexionar mucho sobre su significado y su importancia.

¿Para qué se quiere conocer? ¿Para quiénes va a ser ese conocimiento? ¿Quiénes lo van a buscar y elaborar? ¿Qué se quiere conocer? ¿Cómo se va a conocer? ¿Cuándo? ¿Dónde?

De haberse planteado con claridad estas preguntas y de haber intentado contestarlas con rigor, muchos proyectos habrían probablemente escogido otra actitud y otros métodos, en lugar de limitarse a adoptar alguno de los “modelos” de investigación de moda.

Al “desarrollo” clásico le interesan diagnósticos que acumulen un máximo de datos útiles para priorizar, presupuestar e implementar las medidas (casi siempre las mismas) que constituyen el arsenal universal de un buen “desarrollador”.

Es decir que se suele mirar la realidad, no como es, sino en función de sus potenciales y sus “frenos” para la aplicación de recetas preestablecidas. “Potencial de desarrollo” y “freno (o traba) al desarrollo” son expresiones típicas en las conclusiones de semejantes estudios.

Si se pretende replantear los objetivos y estrategias del desarrollo, y no ponerle un simple parche para mejorar un supuesto vacío del modelo clásico, se tiene ya una base de cuestionamiento a los usuales diagnósticos: cambia el ¿para qué se quiere conocer?

Ya no se trata solamente de verificar la aplicabilidad de actividades más o menos predefinidas; se requiere conocer y entender la realidad, su racionalidad, sus equilibrios y desequilibrios, las interrelaciones entre sus múltiples componentes, etc.

He ahí que el ¿qué conocer? se va modificando a su vez.

También cambia el ¿para quiénes? El desarrollo requiere una simbiosis entre el hombre y su medio, basada en el conocimiento e identificación de aquél con su ambiente. Ello obliga entonces a que la propia población campesina sea destinataria principal de los conocimientos sobre su ecosistema. Con lo cual se cuestionan investigaciones y diagnósticos hechos para los técnicos y especialistas de los proyectos y solamente aprovechables por ellos.

Con estos nuevos objetivos, esta temática ampliada y este público diversificado, ¿puede pensarse que los investigadores sean los mismos?

Quienes, en los últimos tiempos, se han dedicado a estudiar los sistemas agropecuarios tradicionales llegaron a la conclusión que la formación profesional de los técnicos es inadecuada y los lleva a interpretaciones erróneas y a diálogos improductivos con los campesinos.

El ¿quiénes investigan? requiere por ello una revisión. No puede tratarse de una simple “participación” campesina en la investigación de los especialistas, sino de la redefinición del papel de campesinos y técnicos, tanto en la búsqueda como en la interpretación, a fin de aprovechar los conocimientos y la racionalidad propia de ambas partes.

¿Cómo?, ¿cuándo? y ¿dónde? Estas tres preguntas exigen a su vez precisiones.

Si el campesino investiga, no lo hace de la misma manera que el académico. Y hacerlo juntos requiere algo más que la simple “capacitación” de éste en los métodos de aquél. Exige, por ejemplo, que ya no se haga la diferenciación entre el “terreno” como lugar de recolección, comprobación y eventualmente retroalimentación y el “gabinete” urbano como lugar de preparación, elaboración, tabulación e interpretación.

Al mismo tiempo, los momentos y plazos del estudio se van modificando y ampliando en la medida que se pase de la simple detección de “problemas” y “potenciales” a la comprensión de un ecosistema, con sus ciclos, ritmos y racionalidades.

Mucho se ha avanzado en los últimos veinte años en la renovación de la investigación. Los autodiagnósticos, el enfoque de sistemas, la investigación-desarrollo, los trabajos sobre economía campesina, las nuevas concepciones y metodologías de comunicación y otras tendencias ofrecen un vasto bagaje que puede ser muy útil para conocer los ecosistemas y desarrollar la capacidad de manejarlos y desarrollarlos adecuadamente.

El reto está en combinar los aportes y seguirlos enriqueciendo, en lugar de adoptar uno de ellos como la nueva receta milagrosa, como el nuevo ritual.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

10. PROYECTOS: PROPIEDAD Y RACIONALIDAD

Tanto las normas administrativas que rigen la labor de los organismos estatales e internacionales como las limitaciones financieras de los centros académicos y privados (que los hacen depender de fuentes externas), obligan a las “entidades patrocinadoras” o “de apoyo” al desarrollo a formular su trabajo de campo como “proyectos”. Sólo los “proyectos” reciben la correspondiente partida presupuestal o donación.

El mayor problema del modelo dominante de “proyecto” es que responde a una lógica de “gasto” más que a objetivos: se mide por su “capacidad de gasto” y, consecuentemente, por la cantidad de obras (de metas) que justifiquen la salida de los fondos. Los objetivos se evalúan casi exclusivamente en el debate político de la cúpula institucional, del país, sin que los “proyectos” y sus integrantes intervengan directamente en el mismo.

Esa “lógica de proyectos” ha venido a constituirse en una seria limitación para el replanteo del “desarrollo”, obstruyendo en ciertos momentos el horizonte de los renovadores, frenando en otros sus posibilidades de llevar a la práctica nuevas concepciones y metodologías.

Por más que desde hace mucho tiempo se viene reclamando la necesidad de plazos diferentes, de una mayor flexibilidad en el manejo de un presupuesto, de otros sistemas de evaluación, de un reequilibrio entre acción e investigación, etc., las modificaciones ya logradas resultan a todas luces insuficientes.

Las propuestas para recuperar, desarrollar y conservar los ecosistemas (sociedad y naturaleza) están basadas en una nueva comprensión de los mismos, del papel del hombre en ellos y del rol de la tecnología (el “medio artificial”). Todo ello parece obligar a algo más que una simple reforma de los “proyectos”, a un replanteo de lo que son y por consiguiente de sus modalidades.

Tanto la naturaleza como el hombre, si se les considera como factores y actores principales del ecosistema, chocan contra las limitaciones de los proyectos.

La naturaleza tiene plazos largos para evolucionar sin desequilibrios y con costos manejables. Tiene ciclos que obligan a una planificación diferente en la cual (en lugar de considerarlos como márgenes o utilizarlos como justificación de incumplimientos) se les incorpore y se les aproveche. Tiene una complicada red de interdependencias que no respetan ni a nuestros sectores administrativos ni a nuestras disciplinas académicas. Tiene leyes que suelen competir con nuestro propio ordenamiento legal...

El campesino, si se le quiere reconocer su derecho a seguir viviendo en su ecosistema y su rol dentro de la transformación del mismo, tiene su propia racionalidad, que no siempre coincide con la nuestra. Tiene sus propios conocimientos que, de ser tan malos como se cree a veces, no le hubiesen permitido subsistir en una realidad tan delicada como la andina. Tiene sus ritmos, alternando las prioridades y la intensidad del esfuerzo, al igual que el militar en la guerra y la tregua, el universitario en la docencia y el descanso sabático, el industrial en sus fábricas...

La transformación del ecosistema, si se quiere hacer desde adentro, tiene que partir de esa realidad de la naturaleza y del hombre. Los fracasos de numerosas entidades provienen de su afán de adecuar naturaleza y hombre a las normas y marcos de los “proyectos”, en vez de proceder a la inversa.

No se trata solamente de adecuar. Gran parte del problema corresponde al origen y “propiedad” de los “proyectos”. Estos pertenecen a las instituciones externas mientras el ecosistema (naturaleza y hombre) es un “destinatario”, un “beneficiario”.

Por más que se estén proponiendo la progresiva o final “transferencia” para una “auto-gestión” local o una mayor “participación”, la racionalidad y los intereses del ente que elabora y conduce los “proyectos” juegan un papel determinante en las orientaciones y las prácticas de estos.

¡Cuántos “proyectos” terminan “beneficiando” (prestigio, ingresos, estabilidad...) a las instituciones que los promueven o a los dirigentes de las mismas más que a los supuestos “beneficiarios” del campo! ¡Cuántas obras o propuestas serían rotundamente rechazadas por los campesinos, si tuviesen realmente el poder de decidir, debido a sus costos y/o a su uso de recursos más útiles en otras actividades!

Existen dos caminos para permitir el manejo de un “proyecto” por los mismos campesinos. O bien se “capacita” al campesino para que pueda entender la lógica que hemos empleado y manejar lo que hemos definido. O bien se diseñan proyectos que sean “manejables” dentro de la racionalidad y realidad campesina.

El primer camino ha sido recorrido muchas veces y los éxitos son pocos. El segundo obligaría a comprender qué podría ser un “proyecto” para el campesino, de acuerdo a su experiencia (su familia, su chacra, su comunidad), y a buscar nuevos diseños compatibles con ésta y con las normas administrativas hasta donde ellas no puedan ser modificadas.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

11. NIVEL CULTURAL” Y CONOCIMIENTOS

El “bajo nivel cultural” del campesino andino suele ser considerado uno de los principales frenos para los proyectos de “desarrollo”. Por “bajo nivel cultural” se entiende en general la ignorancia del saber propuesto (conocimientos “científicos”, técnicas y tecnologías modernas...) y la falta de interés por “mejorar”, produciendo para el mercado, volviéndose “sujeto de crédito” de la banca privada o de fomento.

Esta expresión, que llena los documentos del “desarrollo”, es reveladora del enfoque predominante entre quienes se acercan para trabajar con o para el campesinado.

Hablar de “bajo nivel” supone que existen niveles, es decir una escala de medición cultural. ¿Cuál sería esta escala?

Es lógico que los defensores de un modelo universal de “desarrollo” y sociedad midan de acuerdo a los valores, conocimientos, prácticas y actitudes adoptadas como parámetros de dicho modelo. Para ellos, el objetivo consiste en la adecuación de gentes y realidades a tales parámetros.

Los defensores de un desarrollo rural andino no pueden regirse por un modelo universal. Sus planteamientos parten mas bien del reconocimiento de la diversidad existente y de la necesidad de basar todo proceso de cambio en los equilibrios y flujos locales.

En este caso, el nivel cultural podría medirse de acuerdo al grado de conocimiento y control de la realidad propia, del ecosistema propio. Podrían hablarse de dos dimensiones de la realidad para caracterizar dicho nivel cultural:

- La perspectiva histórica, es decir el conocimiento del proceso que condujo a la realidad presente y la capacidad de control de los cambios futuros;
- La amplitud y las características del espacio conocido y controlado, es decir la extensión de dicho territorio y la solidez o fragilidad de sus interrelaciones.

En función de lo anterior, resulta casi siempre absurdo hablar de “bajo nivel cultural” por parte del campesino andino. Este suele tener muchos conocimientos sobre su ecosistema (lo cual no quiere decir que estos sean suficientes ni siempre acertados) y se preocupa por el control del mismo (cuidando en la medida de lo posible la conservación de su medio ambiente en lugar de querer “explotarlo” con una visión de corto plazo).

Es precisamente ese conocimiento (y no un “bajo nivel cultural”) el que lo lleva a menudo a rechazar, desviar o incumplir los programas de mejoramiento de la producción que se le vienen a ofrecer o imponer.

Uno de los retos para las tendencias que intentan replantear el “desarrollo” consiste por ello en encontrar, revalorizar y enriquecer los conocimientos del campesino andino. Y ello significa aceptar que existe un conocimiento “diferente”, que el conocimiento no es universal sino producto de una realidad, de unos valores, de una racionalidad.

Por ejemplo. ¿Cómo explicar que el campesinado andino haya cultivado durante milenios parcelas de ladera que nuestro sistema de clasificación de suelos considera impropias para la agricultura? Reconociendo que estos cultivos responden a una racionalidad propia, diferente del productivismo y mercantilismo que nuestro sistema de clasificación de suelos intenta normar y controlar.

Entonces, ¿no tenían los campesinos andinos su propia clasificación de suelos? Probablemente sí, pero la ignoramos por completo o casi.

Así sucede con la mayoría de los conocimientos del campesino andino. Sabemos muy poco de ellos. Recién en los últimos decenios comenzaron los estudiosos a tratar de descubrir el saber andino antes que buscar recetas universales o fórmulas de laboratorio para los Andes.

Esta búsqueda es muy difícil. El conocimiento andino ha sido perseguido y distorsionado por las agresiones políticas, religiosas, económicas y otras que subyugaron el campesino a modelos foráneos impuestos e intolerantes. Lo que descubrimos ahora es a menudo un reflejo infiel e inferior del saber anterior.

Pero ello no quita la importancia del conocimiento andino. No para plantearlo como el único válido, como algo intocable. Sí para considerarlo como una base indispensable si se quiere comprender la realidad y mejorarla. Lo cual obliga a reconsiderar enfoques y metodologías de los proyectos que pretenden buscar un desarrollo andino.

Quizás se pueda emplear para los conocimientos andinos el mismo lema que para los ecosistemas: recuperar, conservar, mejorar y desarrollar.

Entonces, ya no se hablará de un “bajo nivel cultural” andino, sino de una “cultura andina”, de sus aportes, sus limitaciones, sus potenciales, y se podrá comenzar un diálogo entre andinos y profesionales modernos.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

12. EXTENSIÓN, CAPACITACIÓN, COMUNICACIÓN: ¿PARA QUÉ?

Extensión, capacitación y comunicación son tres de las palabras mágicas que pueblan el vocabulario del “desarrollo”.

La extensión consiste en divulgar a nivel campesino los hallazgos salidos de los centros de investigación, es decir en extender a los “beneficiarios” campesinos las recetas elaboradas para ellos.

La capacitación se dedica a enseñar al campesino las técnicas de trabajo consideradas más adecuadas por los especialistas de las estaciones experimentales y de los proyectos.

La comunicación es el uso de medios masivos (folletos, programas radiales, afiches...) para transmitir al campesino aquellos hallazgos y técnicas ya señaladas.

Como se ve, las tres responden al mismo enfoque (el saber está en manos del técnico y se trata de llevarlo al campesino que no sabe) y cumplen el mismo objetivo (transferir desde el centro, la estación o el proyecto hacia el campesino).

Al mismo tiempo existe cierta especialización: las palabras no son iguales. El extensionista (o el “sectorista”) usa sobre todo la charla y la práctica demostrativa en el campo mismo. El capacitador dicta cursillos. El comunicador aprovecha los medios masivos.

Pero. Si admitimos que el campesino tiene un cúmulo de conocimientos que son una base válida sobre la cual trabajar para recuperar y mejorar los ecosistemas andinos. Que su racionalidad es diferente y aparentemente adaptada a la fragilidad del medio ambiente andino. Que no puede haber un modelo universal aplicable en todas partes... ¿Qué pasa entonces con la extensión, la capacitación, la comunicación?

Quizás no sea necesario inventar nuevas palabras. Quizás se pueda partir de las mismas, reorientándolas de acuerdo al enfoque global de “desarrollo” que estemos elaborando. El campesino tiene una serie de conocimientos y carecemos de muchos de ellos. Al mismo tiempo, estos conocimientos han sido distorsionados o bien son insuficientes, porque siempre lo fueron o porque la realidad andina ha cambiado.

Necesitamos entonces un diálogo entre campesinos y técnicos. Podemos entender la comunicación como diálogo, como intercambio. Ese era precisamente el sentido original de la palabra: comunicar tiene el mismo origen que comulgar, y ambos verbos se reúnen en la idea de “compartir”.

La capacitación pretende que el campesino se vuelva capaz. No nos limitemos a la simple capacidad de aplicar lo que nosotros proponemos. Reflexionemos en todas las capacidades requeridas para manejar un ecosistema, para conducir una autogestión.

Podemos encontrar que la capacitación, en lugar de ser la mera transmisión de tal o cual habilidad, es el desarrollo del conjunto de capacidades (parcialmente existentes) indispensables. Necesitamos conocer las capacidades pre-existentes y partir de ellas. Para eso requerimos una comunicación entendida como diálogo.

La palabra extensión deja entender que existe un centro desde el cual se va irradiando. ¿Cuál es el centro del desarrollo de un ecosistema? ¿Una estación experimental, un proyecto o la propia población campesina con su organización?

Si asumimos que el proceso de desarrollo tiene como centro la organización campesina, pasa por ella, tendremos una extensión diferente, que ya no estará al servicio del investigador sino al servicio del campesino, apoyándolo y buscando para eso todos los aportes posibles de investigadores y técnicos.

Se tratará entonces de extender el alcance de la organización campesina en su búsqueda de alternativas, y no de extender los servicios y hallazgos de la investigación.

Estas reflexiones sobre palabras pueden parecer divagaciones exquisitas e inútiles. Reflejan sin embargo el problema de fondo del “desarrollo”. ¿Quién es el actor principal del proceso? ¿Quién decide lo que más conviene? ¿El técnico-funcionario o el campesino?

Según se opte por uno o por otro, se tendrá una visión diferente del papel que han de cumplir la extensión, la capacitación y la comunicación en nuestros proyectos.. En el primer caso, se tratará esencialmente de “convencer” a los campesinos. En el segundo caso, se buscará entenderlos, entendernos juntos para aprovechar mejor los aportes de ambas partes, de ambos conocimientos, de ambas racionalidades.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

13. METODOLOGÍAS: ¿UN NUEVO PAQUETE?

La “metodología” es un término que goza de cada vez mayor prestigio en el lenguaje del desarrollo rural, tanto entre sus especialistas “sociales” (quienes fueron los primeros en adoptarlo) como entre los “técnicos” (quienes no se quieren quedar atrás y piden más y más “metodología”).

Sucede sin embargo ahí lo mismo que con la mayoría de los aportes que intentan renovar concepciones y prácticas del trabajo de “desarrollo”: en lugar de recoger el potencial cuestionador que trae esta “novedad”, se la reduce a una simple herramienta al servicio de las orientaciones y costumbres de siempre.

Así, la “metodología” suele desembocar en un “paquete” de procedimientos y técnicas para realizar tal o cual labor, para cumplir tal o cual meta cuantitativa de la programación de un proyecto.

Un ejemplo. En el trabajo de capacitación campesina se promueven ahora ciertas “metodologías” que recurren a una serie de técnicas de animación, las ya famosas “dinámicas de grupo”. Pero se está restringiendo la “metodología” a su “herramienta” más característica y se termina por creer que “la metodología son las dinámicas de grupo”.

Sin querer entrar a establecer aquí “la” definición más exacta de la metodología, necesitamos precisar un poco lo que se entiende por ella. Podría decirse que la metodología es el arte de combinar y usar los procedimientos o métodos, las técnicas o herramientas, para lograr determinado objetivo, dentro de determinada concepción.

Por lo tanto, concepción y objetivo son lo determinante de la metodología, no los métodos ni las técnicas.

Al escoger una metodología, no se está optando por tal o cual técnica. Mas bien se establecen criterios que han de guiar el proceso de trabajo y la selección y manejo de procedimientos y herramientas más adecuadas.

Es cierto que cada concepción entraña una preferencia por ciertos métodos y ciertas técnicas y una reticencia ante otras. Una opción por la “participación” lleva así a privilegiar instrumentos que faciliten la expresión y la actuación de los “participantes”. De ahí la tendencia, luego, a identificar una metodología con una técnica.

Pero ningún procedimiento es, como tal, garantía de una concepción, de una orientación. La misma herramienta puede traer resultados opuestos según el contexto, según su combinación con otras, según la forma en que se conduce el proceso dentro del cual ha sido empleada dicha herramienta.

Un debate puede servir para desarrollar una actitud crítica y creativa o para reforzar un comportamiento pasivo y conformista, según se realice en un ambiente de problematización, a base de la realidad y la experiencia de sus participantes, o después de una “charla” en la cual el “profesor” haya “transferido” lo que él entiende por la “verdad”.

Un trabajo comunitario (una “minga”) puede reforzar una organización campesina cuando es producto de una decisión voluntaria y consciente para la realización de una labor que la propia organización considera útil y prioritaria. Puede al contrario desestructurarla si resulta de las presiones o de las seducciones (alimentos por trabajo) de un proyecto urgido de cumplir sus metas.

Definir una metodología requiere claridad en cuanto a cuatro componentes: la concepción y los objetivos; el proceso que puede conducir al logro del objetivo; el conocimiento del tema a tratar; el potencial y los peligros de los procedimientos y las técnicas a emplear.

Una metodología “participativa” dependerá fundamentalmente de la concepción de participación que se tiene.

Dependerá también, si se quiere lograr una “conducción” por parte de la propia población campesina, de la cantidad y naturaleza de las fases a cumplir en el proceso hacia esa conducción. Habrá grandes diferencias según el grado de organización campesina existente, según el tipo de prácticas anteriores por parte de organismos privados y públicos en su trabajo con esa población, según las relaciones que la misma tiene o no tiene con el mundo exterior...

Dependerá asimismo de la realidad económica, cultural, tecnológica, política, etc., existente en la zona y en el país y por lo tanto de las posibilidades, conveniencias o inconveniencias de tal o cual procedimiento, de tal o cual técnica.

Hablar de “metodología” no es hablar de métodos y técnicas como tales, sino de para qué, para quiénes, cómo, cuándo, dónde emplear uno u otro procedimiento, una u otra herramienta, según la concepción, según el tema, según la realidad.

(versión adaptada del tomo 1 del “Manual Silvo Agropecuario”, UNC-JUNAC)

14. LA CAPACIDAD DE GESTIÓN

Uno de los problemas del desarrollo alto-andino proviene de la tendencia de los organismos (estatales y privados) a confundir los pasos secuenciales de la gestión-planificación de espacios.

Se suele considerar como prioridad uno la elaboración de una buena planificación, olvidando que ésta no tiene sentido sin una buena capacidad de gestión, a espaldas de las capacidades de gestión existentes o concretamente posibles.

El esquema clásico consiste en investigar/diagnosticar problemas y soluciones para desde allí comenzar a planificar y, una vez establecido el plan o programa o proyecto, intentar “crear” la capacidad de gestión necesaria para cumplir las metas.

En la realidad, los planes (grandes o pequeños) que han llegado a funcionar son aquellos que se basaron en la experiencia de una gestión anterior, extrayendo de la misma (y de estudios complementarios) las líneas de trabajo, su priorización, los métodos y procedimientos para su implementación.

Los detentores de la capacidad de gestión generalmente pueden ser de dos tipos: el Estado (con sus organismos nacionales o regionales), las organizaciones de base.

Casi todas las políticas de desarrollo rural andino se basan exclusivamente en la capacidad de gestión del Estado. No se analizan su experiencia y capacidad en la materia sino que, al considerarse principistamente que a él le toca cumplir dicho papel, se le asigna la tarea a través de alguna de sus instituciones y se deja que ésta haga lo que pueda.

Poco se evalúa la capacidad de dicho Estado para cumplir el objetivo: ni en cuanto al saber (conocimiento de la realidad rural andina), ni en cuanto al saber hacer (personal con experiencia de trabajo en dicha realidad y estructuras administrativas adecuadas), ni en cuanto al poder (decisión política y capacidad de hacer cumplir encima de las presiones de los grupos más poderosos, más influyentes).

Entre las limitaciones del Estado para la gestión alto andina está su tendencia a “intervenir” desde fuera y en forma parcelada, de acuerdo a “programas” o “sectores”, propiciando desintegración y desarticulación de la gestión necesaria. “Intervención” y gestión son dos enfoques diferentes y difícilmente compatibles.

Asimismo el Estado peca al dividir el espacio alto andino en sus “unidades” de trabajo, de “gestión de proyectos”. La delimitación de tales unidades se suele hacer de acuerdo a temas (agua, educación, comercio...) que, sólo aparentemente, dan “unidad” al ámbito así determinado. De hecho se generan así múltiples superposiciones y contradicciones de ámbitos y se niegan toda capacidad y coherencia de gestión.

En cuanto a la capacidad de las organizaciones de base, el análisis (cuando se hace) se limita a señalar múltiples limitaciones (generalmente resumidas en “bajo nivel cultural”).

Sin embargo, se puede afirmar que las organizaciones campesinas tradicionales (familia, comunidad) son las que tienen mayor experiencia de gestión (adecuada o no) alto andina. Tienen saber (diferente, muchas veces insuficiente, a veces distorsionado), tienen saber hacer (de acuerdo a una racionalidad de reproducción y no de “desarrollo” clásico), pueden tener cierto poder (casi siempre limitado a lo que es de incumbencia e interés exclusivos de sus integrantes).

La capacidad de gestión rural andina varía mucho según los países de la región, de acuerdo al desarrollo alcanzado por el Estado y de acuerdo a la historia de las organizaciones campesinas. No puede pensarse por ello en una sola estrategia para todos los países andinos.

Sin embargo, pueden plantearse, de acuerdo a las capacidades existentes de gestión, dos tipos de estrategia de desarrollo alto andinas.

La primera sería una estrategia basada en el Estado, partiendo de su máxima capacidad existente y asociando (y no sólo dando “participación”) las organizaciones de base. Es decir una estrategia “desde arriba”.

La segunda sería una estrategia basada en las organizaciones de base, apoyándolas en el desarrollo de su capacidad actual, en una perspectiva de construcción progresiva que pueda desembocar en una capacidad de Estado (de sociedad nacional).

En todo caso, la unidad de trabajo en desarrollo no puede hacerse “alrededor de un elemento común” sino “para la gestión de un territorio común”; las “unidades” andinas son unidades de gestión (unidades socio-territoriales: familia, comunidad, etc.) y son éstas las que determinan posibilidades de permanencia y desarrollo en el tiempo y el espacio.

(preparado a base de apuntes del Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, nov.86)

15. EL SISTEMA DE “PROMOTORES” CAMPELINOS

La fórmula de los “promotores” campesinos es una de las más usadas en proyectos de desarrollo rural en América Latina, y probablemente en otras partes, para su trabajo de “asistencia técnica”.

Responde generalmente a razones varias:

- El presupuesto: un “promotor” es más “barato” que un extensionista, que un técnico asalariado;
- Por otro lado la incomunicación: el promotor campesino ha de ser originario de la comunidad o de la zona y puede entonces tener mayor facilidad para “traducir” y “vender” los paquetes preparados por los especialistas; más aún si es “líder” en su comunidad, como lo plantean los requisitos de muchos proyectos;
- La continuidad del desarrollo: se espera que el promotor se quede luego en su comunidad y asegure así la permanencia de los “logros” del proyecto.

Probablemente hayan más razones.

No conocemos evaluaciones serias del sistema de promotores campesinos como tal. La experiencia de muchos proyectos lleva sin embargo a sentir dudas:

Primero: casi siempre el “promotor”, en lugar de ser el “representante” de la comunidad ante el proyecto como lo esperaban los inspiradores del sistema, se convierte muy rápidamente en el agente del proyecto en la comunidad. Es decir que su referencia psicológica, ideológica y pronto económica es el proyecto y no su grupo social de base. Trata de “cumplir” con la institución antes que con los campesinos.

Los mismos criterios de reclutamiento de promotores campesinos contribuyen a eso. Por más que se solicite una “elección” o “selección” por parte de la comunidad, se exige implícita o explícitamente que sepan leer y escribir y que sean jóvenes. Es decir que se busca a quienes tengan ya una actitud favorable a nuestras opciones o sean más receptivos e influenciables. Ello mismo demuestra nuestra voluntad consciente o inconsciente de conseguir “agentes” más que “interlocutores”.

Segundo: casi nunca se consigue la “continuidad del desarrollo” que se perseguía a través del sistema. El “promotor” campesino, por su misma actitud de “agente del proyecto”, empieza a segregarse de la comunidad y a desclasarse. Los demás campesinos comienzan más o menos pronto a mirarlo con recelo. Son muy pocas las veces en que

la comunidad asume realmente los costos que representa el mantenimiento del “promotor”, sea sufragando sus desplazamientos y sus gastos, sea trabajando su parcela para asegurar su subsistencia mientras él está dedicado a labores de apoyo.

Más aún, el “promotor” comienza a “compensar” sus esfuerzos buscando réditos económicos, a costa del proyecto o a costa de los demás campesinos. Y si no lo hace, igual se sospecha que lo esté haciendo. De ahí que rápidamente (si no es desde el inicio) el “promotor” campesino solicita y obtiene una remuneración institucional, llámese propina, dieta o como se quiera.

El resultado del proceso es que nuestro campesino termina siendo y considerándose fundamentalmente un asalariado del proyecto. Se han visto muchos casos de formación de sindicatos o casi-sindicatos para reivindicar una mejor “propina”. Se han visto un sinnúmero de “promotores” campesinos que, al terminar el proyecto y por tanto su fuente laboral, han ido a colocarse en el mercado de trabajo de las entidades de desarrollo, tratando de valorizar su capacidad de acuerdo a los años de experiencia y a los “cartones” recibidos en cursillos.

Aquellos que sí se quedan en la comunidad pierden su rol de “promoción”, suelen olvidarse (por conveniencia o por falta de ambiente propicio) de los “paquetes recibidos”, intentan una verdadera reinserción en la comunidad o tratan de aprovechar el prestigio de sus “capacitaciones” para acaparar cargos, poderes y/o recursos.

Esta síntesis es un tanto caricatural pero creemos que ayuda a replantear el problema de fondo. Los proyectos de desarrollo no deben trabajar a través de “agentes” en la comunidad sino con la comunidad y su organización natural. Y si aceptamos que la organización comunal es la verdadera garantía de continuidad de un proceso de desarrollo, habremos de reconocer que nuestra práctica de “promotores” campesinos suele mas bien desestructurar esas organizaciones.

Un solo ejemplo: los jóvenes que buscamos en forma preferencial, al no tener aún cargo de familia, no tendrían normalmente ni voz ni voto en la asamblea; al querer impulsarlos como líderes o dirigentes, destruimos una de las bases de la continuidad comunal, los valores de pertenencia, experiencia y compromiso que guiaban la selección de dirigentes.

(primera versión en el “Informe del Seminario-Taller para Extensionistas”, PM-PR-Oruro {CEE-CORDEOR}, ag. 86)

16. EL CONCEPTO OCCIDENTAL DE “PROGRESO UNIVERSAL”

Detrás de la relativamente moderna palabra “desarrollo”, sus calificativos y sus prefijos, rige el concepto de “progreso”, fundamental en la evolución del pensamiento y la civilización occidentales desde los griegos, pasando por la Edad Media y el Renacimiento, hasta llegar a la época contemporánea.

Dos de los sustentos de la idea de progreso fueron por un lado la fe de los griegos en el “saber”, en el “conocimiento objetivo”, en el potencial que ofrece la acumulación de ese saber, y por el otro la fe de los cristianos en la posibilidad de “mejoras” morales y espirituales de la humanidad. A su vez ambos elementos, combinándose, elevaron lo “universal” a la categoría de ideal a alcanzar. Pero no cualquier “universal”.

El adjetivo latino *universus* significaba “integral”, en el sentido de “vuelto (versus) hacia un conjunto, un todo (*unus*)”. Lo *universalis* era lo relativo al todo, al conjunto. Pero una segunda interpretación del término fue progresivamente derrotando a la primera: lo “universal” dejó de ser lo “relativo” al conjunto para pasar a ser lo “válido” para el conjunto.

Así se fue elaborando la ideología del “progreso universal” que, a partir de su filiación occidental, domina el mundo moderno.

Esta idea de “progreso” tampoco hizo la unanimidad del mundo occidental. En su propio seno surgieron cuestionamientos que, recogiendo tradiciones anteriores de la Edad de Oro perdida por el afán de “saber” (mito griego de la caja de Pandora, mito cristiano de la manzana de Adán y Eva), opusieron la “regresión” al “progreso”.

Ambas tendencias se inspiraron inicialmente en dos visiones diferentes del tiempo histórico. Los contrarios al “progreso” defendían el ineludible regreso de un tiempo cíclico. Los adeptos del “progreso” iban desarrollando un tiempo lineal de avance ineludible y necesario.

2,500 años de “progreso” occidental tuvieron por efecto de transformar el debate interno de esa civilización. Más que en un tiempo cíclico, los contrarios al “progreso” se fueron basando cada vez más en la predicción apocalíptica de las consecuencias nefastas de éste. El tiempo lineal del “progreso” triunfaba tanto entre quienes tenían fe ciega en sus bondades y las de su brazo, la “ciencia”, como entre quienes tenían un pesimismo total y exigían revertir la tendencia mientras fuera todavía posible.

Ese mismo debate interno comenzó a ser desplazado por otro que adquirió mayor densidad y carácter polémico: capitalismo y socialismo son dos concepciones que comparten

el dogma de “progreso universal” dentro del cual nacieron y se combaten en nombre de nociones complementarias como libertad, justicia, igualdad.

Las palabras anteriores no son tan superfluas como podrían parecer a primera vista. Ciertas o no (no somos filósofos ni historiadores de la filosofía, ni pretendemos tener “la” verdad), son un indispensable marco de referencia para reflexionar nuestros proyectos de “desarrollo” andino y mejorarlos.

Nuestro trabajo con una realidad y una racionalidad andinas a veces muy diferentes de aquellas que dieron origen al “progreso universal” de Occidente nos plantea efectivamente la necesidad de tener claridad en cuanto a la inspiración y los fundamentos de las propuestas que intentamos llevar a la práctica. Por ejemplo:

Hablamos de “desarrollo” andino, pero ¿de dónde viene nuestro acercamiento a lo andino? ¿De su “marginalidad”, de su “diferencia”, de su “diversidad”?

Hablamos de “transferir conocimientos” pero ¿entendemos lo mismo por “conocimientos” nosotros y nuestros interlocutores campesinos? ¿Qué es “saber” para el mundo andino?

Hablamos de “rescatar conocimientos”, pero ¿con qué métodos? ¿Con los métodos “científicos” de acumular “datos empíricos” y desmenuzarlos analíticamente? ¿Con una búsqueda de comprensión e interpretación del por qué y el cómo de ese saber andino?

Hablamos de conservar y recuperar los ecosistemas andinos, pero ¿qué nos mueve? ¿La convicción de tener que apoyar un nuevo ciclo histórico? ¿La preocupación por las consecuencias apocalípticas de ciertos fenómenos del “desarrollo” clásico como la erosión, la destrucción de recursos genéticos, la desertificación...?

Cuestionamos la validez del “desarrollo” clásico en los ecosistemas andinos, pero ¿qué pretendemos? ¿Una nueva fórmula universalizante que se llamaría “ecodesarrollo” o como se quiera?

Reconocemos las diferencias de los Andes con otras regiones del mundo, pero ¿qué hacemos de su diversidad interna? ¿Qué son los Andes para nosotros? ¿Una “unidad”? ¿Qué entendemos por “unidad”?

(primera versión en ponencia al Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, Lima, nov. 86)

17. LOS ANDES Y LOS “MODELOS DE DESARROLLO”

A menudo se piensa que la alternativa andina estaría en adoptar o construir algún “modelo” más adecuado a ser aplicado en la región. Lo “adecuado” consistiría en tomar en cuenta ciertas particularidades regionales.

Sin embargo, es sintomático constatar que las propuestas que se hacen para los Andes suelen corresponderse en el tiempo con corrientes de nivel mundial que defienden postulados semejantes. Así parecería estar sucediendo con el ecodesarrollo, el etnodesarrollo, el endodesarrollo, etc.

Existen dos explicaciones posibles.

O bien quienes están en contacto con teorías y búsquedas de otras partes encuentran allí nuevos elementos, interpretaciones y propuestas que les resultan seductores porque corresponden a sus propias preocupaciones. Entonces las adoptan, eventualmente las “adecúan”, y las aplican.

O bien la dinámica del desarrollo, con sus tropiezos y sus aportes, tiene mucho en común en los diversos continentes y las respuestas elaboradas en los Andes coinciden con las que se plantean otras regiones, encontrándose finalmente bajo una misma denominación que les permite enriquecerse y apoyarse mutuamente.

Probablemente la realidad ofrezca combinaciones entre ambos procedimientos. Pero creemos que la tendencia dominante consiste más en la adopción de propuestas que se van poniendo de moda en alguna parte que en la elaboración sistemática de respuestas andinas.

El procedimiento empleado es generalmente el de comenzar a mirar la realidad andina a la luz de una nueva teoría de vocación universalizante y, al descubrir en la región un gran potencial para la aplicación y desarrollo de dicha teoría, se la “andiniza”.

El interés por todas las teorías y aportes de la reflexión planetaria es algo muy valioso, pero necesitaríamos tener la misma curiosidad voraz por los planteamientos propios y la realidad concreta del mundo andino. Es decir que, en la búsqueda de alternativas, no deberíamos limitarnos a recoger simples “datos” del terreno sino preocuparnos mucho más que ahora por conocer las interpretaciones y teorías que existen en la sociedad andina, por comprender los conocimientos y el pensamiento presentes en las prácticas, vivencias y decisiones cotidianas del Ande.

Nuestra debilidad parece tener tres componentes principales:

En primer lugar, es muy poco lo que conocemos de la realidad andina. No se trata de pretender aquí que nadie sabe nada. Cualquier diálogo inteligente en el terreno con los campesinos (una vez superadas la desconfianza y la barrera cultural) impresiona por la cantidad de conocimientos e interpretaciones que poseen. Asimismo existe un sinnúmero de técnicos y profesionales que viven en el campo y saben volcar en la conversación un cúmulo de elementos inimaginables. A su vez los investigadores han realizado innumerables aportes fundamentales en los últimos decenios.

Pero, por un lado se trata generalmente de conocimientos parcelados, incomunicados entre sí, y resulta por tanto más exacto hablar de “conocimientos sobre los Andes” que de un “conocimiento de los Andes”. Por otro lado, todos estos elementos han llegado muy poco aún a quienes toman decisiones sobre “modelos” y “proyectos” de desarrollo en los Andes.

En segundo lugar, cada vez que “descubrimos” algún nuevo elemento (es decir que aprendemos a ver algo que antes no veíamos pero estaba presente), solemos buscar la forma de “incorporarlo” a nuestras ideología e interpretaciones. Lo que hacemos entonces son adecuaciones, sea “adaptando” este elemento para que “entre” en nuestras teorías previas, sea “corrigiendo” algún punto de dichas teorías.

Pocas veces tenemos la disciplina necesaria para partir de dicho elemento y aprovecharlo para tratar de comprender a qué sistema de conocimiento e interpretación pertenece por parte de la cultura andina, cuál es su papel dentro de ese pensamiento.

Es decir que nuestro acercamiento a los Andes es siempre (o casi siempre) desde el bagaje cultural e ideológico de la sociedad “nacional” dominante, para “mejorarlo”. Muy pocas veces nos acercamos para comprender cómo son los Andes, para entender cómo los andinos se ven a sí mismos, cómo nos ven a nosotros, cómo ven, suponen o desean sus relaciones con la sociedad “nacional”.

Los Andes cuentan con importantes recursos teóricos y prácticos que deben ser al menos conocidos y que probablemente han de ofrecer pistas muy útiles para el mejoramiento de nuestro trabajo, dentro de una óptica de diálogo intercultural, intertecnológico, etc. Pero ello no suele interesarnos demasiado.

En tercer lugar, tenemos la costumbre de querer elaborar teorías y modelos cada vez que acabamos de “encontrar” o “entender” un nuevo elemento de la realidad andina. Entonces multiplicamos tendencias, corrientes y modas que se enfrentan entre sí como supuestas panaceas. Al mismo tiempo perdemos así la indispensable humildad del que busca comprender y terminamos “viviendo” de aquel aporte específico que nos permitió “destacar” entre nuestros pares en un momento determinado.

(sobre la base de algunos elementos de la ponencia al Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, Lima, nov. 86)

18. DIVERSIDAD Y HOMOGENEIDAD: ¿QUE ES LA “UNIDAD”?

En los últimos decenios los investigadores y estudiosos han avanzado mucho en el reconocimiento de la extraordinaria capacidad andina de aprovechar la diversidad de su medio: pisos ecológicos, asociaciones y rotaciones de especies y variedades en los cultivos, herramientas, materiales de construcción...

Pero tan o más importante que la habilidad en el aprovechamiento de la diversidad ha sido la capacidad andina de forjar unidad a base de la diversidad.

Como toda sociedad, la andina ha tenido variadas características de acuerdo a la evolución histórica. Pero, si miramos las estructuras sociales básicas, más que la organización estatal predominante, encontraremos una constante en la combinación de unidad y diversidad.

La organización familiar era la unidad básica de la sociedad, a tal punto que la “mayoría ciudadana” recién se adquiría al asumir responsabilidad de familia. Es decir que el “ciudadano” era la familia más que el individuo. A su vez, esa “unidad” familiar estaba compuesta por miembros de reconocida diferenciación interna y gran coherencia, con roles y tareas determinadas y con un funcionamiento que nuestros conceptos universales sobre “democracia” tienen dificultad para entender.

A su vez, la organización del ayllu buscaba equilibrar unidad y diversidad. Se comenzaba reconociendo la diversidad en la composición del ayllu, es decir que había diferencias entre las familias que conformaban la organización, diferencias de recursos, a veces también de derechos y obligaciones, de roles económicos, sociales, culturales, políticos.

Pero la reproducción y mejoramiento del ecosistema local (medio natural y medio humano) obligaba a una gestión colectiva del territorio, a normas estrictas que llevaban a la homogeneización de ciertas prácticas familiares.

Para compensar y restablecer la diversidad como componente de la dinámica vital, el ayllu se separaba entonces en partes (llámense hanan, hurin o como se quiera según las zonas) cuya rivalidad y emulación aseguraban un mejor funcionamiento del ecosistema (fecundación de la Pachamama en los enfrentamientos rituales, mayor trabajo en las mingas...).

Asimismo, los niveles mayores de organización (federaciones de ayllus, reinos, etc.) construían su unidad a base de la diversidad, aprovechando la existente, compensándola cuando había que reducirla en algún rubro...

Al contrario, la ideología de la sociedad moderna, y especialmente del desarrollo, está basada en el concepto de “homogeneidad”. Y nos pasamos el tiempo tratando de aplicarlo a la realidad andina porque somos incapaces de forjar unidad en la diversidad.

Es lo que hacemos en lo productivo tratando de multiplicar superficies planas de monocultivo o de conformar rebaños de una sola raza y color.

Es lo que imponemos en nuestras actividades de capacitación cuando buscamos trabajar con grupos homogéneos en edad, sexo, nivel de instrucción escolar, interés por un tema, etc.

Es lo que pretendemos en lo social exigiendo un manejo “democrático” de las organizaciones campesinas, es decir que todos sean “iguales” en derechos y obligaciones por el simple hecho de ser “miembros”, “socios”, o bien tratando de crear organizaciones con los mismos criterios señalados en el párrafo anterior.

Contamos por tanto con dos procedimientos: el moderno que intenta la unidad a base de la homogeneidad; el andino que forja la unidad en y a base de la diversidad.

¿Cuál de ellos nos permitirá contar con “unidades” de desarrollo que ofrezcan continuidad en el tiempo y el espacio? ¿Cuál de ellos nos ayudará a alcanzar esa famosa integralidad que siempre reclamamos?

(versión ampliada a partir de la ponencia en el Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, Lima, nov. 86)

19. LA “INTEGRALIDAD” Y NUESTROS PROYECTOS?

Nuestros proyectos pretenden ser “integrales”, sea porque multiplican actividades en todos los campos, sea porque aspiran a un enfoque abierto de un tema determinado (“salud integral”). Pero “integralidad”, al igual que muchos términos en el léxico del “desarrollo”, se ha vuelto una palabra “mágica” y sumamente ambigua.

Hemos de reconocer que nuestra preocupación “integral” ha permitido mejorar muchas cosas. Ya no nos encerramos tanto en tal o cual aspecto productivo, ecológico o social. Vamos combinando los diversos elementos. Pero nuestra principal debilidad está en la comprensión y manejo de las interrelaciones entre estos.

Nuestros instrumentos y recursos “científicos” son de gran ayuda para las interrelaciones físicas, químicas, biológicas, pero son aún insuficientes y sobre todo nos dejan bastante inermes para las interrelaciones entre lo técnico y lo social, entre lo económico y lo cultural, entre lo ecológico y lo político, entre lo tecnológico y lo ideológico, etc.

La preocupación por lo integral (es decir, según su origen latino, lo “entero”, lo “completo”) suele entonces llevarnos a abarcar el máximo de elementos de una realidad, pero carecemos comúnmente de comprensión sobre las interacciones entre ellos. De ahí que nos limitemos a yuxtaponerlos con la ilusión de lograr así la integralidad.

Multiplicamos los programas o sub-programas especializados de acuerdo a áreas de actividad, a componentes homogéneos del “grupo-meta”. Así, por más que calificuemos a nuestros proyectos como “integrales” o “integrados”, abarcando un sinnúmero de campos de acción, terminamos a menudo desintegrando la sociedad campesina.

La aplicación al mundo andino del sistema de programas sectoriales (producción, educación, salud, vivienda, de la mujer, de la juventud...), aun cuando llegase a abarcar finalmente todas las dimensiones de la vida, tiende a desarticular la coherencia y las interrelaciones que son básicas para las principales unidades de la sociedad andina: la organización socio-territorial familiar, la organización socio-territorial comunal.

El mundo andino tiene sus propias respuestas que darnos al respecto. Cualquier familia campesina, a la hora de tomar decisiones (cuando escoge las semillas para una parcela, cuando elige un padrino para el hijo, cuando determina el destino de una cosecha...), sabe combinar criterios económicos, sociales, ecológicos, culturales, tecnológicos, políticos, ideológicos.

Conocer y comprender esos criterios del campesino andino, esas categorías de decisión-acción que le permiten optar en medio de tantos elementos, enriquecería enormemente nuestra capacidad de apoyo al desarrollo andino.

¿Qué hacemos entonces? ¿Dejamos nuestras actividades para dedicarnos solamente a tratar de entender esa racionalidad andina? No necesariamente.

Un trabajo integral en desarrollo rural podría consistir en reorientar nuestras programaciones y recursos para apoyar al campesino en sus múltiples actividades y necesidades, sin por ello encerrar cada una de ellas en un programa o sub-programa.

Es decir acompañarlo en su racionalidad ayudándolo, con criterios, conocimientos, técnicas o recursos, en sus esfuerzos por hacer, por mejorar o por reformar, cuando produce, cuando compra insumos foráneos, cuando arregla su territorio, cuando se alimenta, cuando sana, cuando educa a sus hijos, cuando construye o equipa su casa, cuando se comunica en la casa, en la comunidad, con el exterior...

Acompañarlo en su racionalidad nos permitiría entonces aprender un poquito más por qué y cómo toma sus decisiones en cada uno de estos aspectos, comprender las innumerables interrelaciones que condicionan dichas decisiones. Sobre esta base sabríamos mejor cómo brindar elementos que permitan mejorar su gestión en las condiciones actuales, en las condiciones posibles de crear desde ahora.

De ahí derivan una serie de otros retos, tal como saber cuál habría de ser la “unidad de trabajo” nuestro (el famoso “grupo-meta”). Pero eso es otro tema.

(a partir de “Ruralter” N°1, primer artículo, junio 86; del Informe del Seminario-Taller para Extensionistas, PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, ag. 86; de la ponencia en el Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, nov. 86)

20. LA INTEGRALIDAD Y EL PENSAMIENTO ANDINO

Los diseñadores de proyectos suelen basarse en la realidad y la lógica del hombre urbano moderno.

Este tiene, al igual que el campesino, incontables actividades y necesidades, pero su circunstancia urbano-moderna lo lleva a diferenciar bastante claramente varios territorios (uno laboral, uno barrial, uno familiar, etc.) y varios ámbitos (la producción remunerada, el consumo comercial, la producción de autoconsumo particular o colectivo, etc.) que no corresponden siempre entre sí. A medida que crece el territorio urbano y/o se eleva el nivel de vida, la lógica de mercado guía y condiciona cada vez más las interrelaciones entre esos territorios, entre esos ámbitos.

Es entonces el nivel de remuneración el que determina el tipo de vivienda (barrio, arquitecto, materiales, espacios...), el tipo de tratamiento de las enfermedades (privada oficial, estatal, privada "ilegal", casera), la escolarización de los hijos (colegios extranjeros, privados religiosos, privados laicos, estatales), la vida cultural (asistencia a espectáculos, lecturas, televisión, radio, fiestas "provincianas"...), etc.

El campesino andino, si bien está a menudo en camino a la misma evolución, vive una circunstancia en la cual estos territorios y ámbitos están más indiferenciados y las interrelaciones son más fuertes y directas y pasan todavía relativamente poco por la lógica de mercado (habría que diferenciar entre quiénes están integrados al mercado, quiénes están articulados con él y quiénes tienen simplemente relaciones eventuales).

Pocas investigaciones y esfuerzos han sido hasta ahora dirigidos a entender cómo maneja el campesino andino todas estas interrelaciones. Lo que sí se intuye es que la visión integral del campesino andino no proviene solamente de su conocimiento de la realidad propia sino de su forma de pensamiento. Frente a la racionalidad moderna que tiende a encerrarse en las relaciones causa-efecto y sus peligros de mecanicismo y tecnicismo, la racionalidad andina "siente" y entiende de manera más amplia.

Sabemos que todos los elementos que componen el paisaje agropecuario son un todo, al cual pertenece el hombre. Esa totalidad, la naturaleza, es para la cultura andina un ser vivo con todas sus partes igualmente vivas. Es decir que si el hombre tiene un alma, una fuerza de vida, también la tienen todos los elementos de la naturaleza (animales, plantas, tierra, rocas, fuentes, etc.). Todo lo que existe está animado por espíritus que establecen entre ellos relaciones parecidas a las relaciones sociales.

De allí que la interpretación de la realidad sea lo más integral e integrada posible, en un esfuerzo por captar la totalidad de lo existente, no como cosas y procesos yuxtapuestos, sino como un todo orgánico, privilegiando las interrelaciones que le dan unidad.

Tales interrelaciones no son fijas ni definitivas. Van transformándose de acuerdo a los márgenes permitidos por la interdependencia de todas las partes. Es entonces posible que cada elemento de la realidad vaya actuando para modificar el conjunto de acuerdo a sus necesidades. Es lo que trata de hacer el hombre. Pero la interdependencia lo obliga a intervenir con sumo cuidado porque si daña otra parte habrá de sufrir graves consecuencias.

Quizás una de las diferencias fundamentales en este punto entre pensamiento moderno y pensamiento andino consista en que, mientras la racionalidad moderna se dedica sobre todo a desmenuzar la realidad en partes cada vez más pequeñas, la racionalidad andina se preocupa más bien en aprehender y expresar las interrelaciones entre todas estas partes.

La terminología andina nos parece a menudo menos “exacta” que la moderna. Quizás se trate de que no intenta tanto expresar la realidad diferenciando estrictamente una cosa de la otra, separándolas, sino que busca sobre todo una relación posible. Los componentes de esta relación pueden variar, manteniéndose la expresión original.

Falta mucho por conocer en este aspecto pero, de hecho, es urgente realizar esfuerzos en esta dirección, tanto para aprender algo de integralidad como para ser capaces de comunicarnos con los campesinos andinos cuando pretendemos hacer obra de desarrollo.

(a partir del Informe del Seminario-Taller para Extensionistas, PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, ag. 86)

21. DEPENDENCIA Y AUTONOMÍA: EL APRENDIZAJE DE LA INTERDEPENDENCIA

Dependencia y autonomía son dos términos claves (y generalmente antagónicos) de los debates sobre desarrollo rural.

No entraremos aquí al fondo de la polémica común. Solamente quisiéramos retomar un aspecto: un factor principal del desarrollo precolombino fue su carácter autónomo, la falta de dependencias del exterior, pero al mismo tiempo toda la historia previa a la invasión española es de alguna manera un largo aprendizaje de la interdependencia interna.

Todas las sociedades han aprendido, mejor unas o peor otras, que el hombre y la naturaleza son interdependientes. Las condiciones andinas, con su mosaico ecológico único en el mundo, enseñaron la interdependencia entre zonas geográficas, entre pisos altitudinales. Además, como en todas las zonas del planeta donde las condiciones naturales son a la vez difíciles y favorables al crecimiento demográfico, hubo que aprender la interdependencia entre grupos humanos cada vez más numerosos y espacialmente extendidos.

Las reflexiones contemporáneas se centran sobre todo en cómo romper las dependencias dañinas, cómo construir un desarrollo autónomo. Pero muy a menudo se da un salto al vacío al plantear el paso simplista de la dependencia a la in-dependencia y al suponer que, con “organización” y un Estado coherente, se resolverían automáticamente los problemas de interrelaciones, tanto internas como externas.

Las interrelaciones suponen una interdependencia y ésta no es mecánica. Por un lado requiere un proceso de construcción. Por otra parte exige criterios claros que guíen a los interlocutores.

¿Cómo fue la interdependencia precolombina que sigue inspirando en gran medida al mundo andino de hoy? Veamos aquí algunos elementos de criterios.

La ideología moderna busca manejar la interdependencia a partir de conceptos elaborados por el hombre dentro de su búsqueda de “ideal” o dentro de su análisis económico: justicia, libertad, igualdad, mercado son algunas de las pautas sobre las cuales se enfrentan las propuestas contemporáneas. El mundo andino fue sacando sus conceptos rectores de la propia naturaleza.

La primera base importante es que cada elemento de la naturaleza tiene su contrario, su opuesto. Así existen machos y hembras, agua y fuego, tierra y aire, etc. Las leyes de la interdependencia andina pasan por reconocer los opuestos.

Al mismo tiempo, estos opuestos tienen un papel que jugar porque son complementarios y, oponiéndose, interactúan, permiten la vida, el funcionamiento de la naturaleza.

Así el macho y la hembra están llamados a enfrentarse, no para destruirse sino para propiciar un encuentro que posibilite la aparición de una nueva vida, que garantice la reproducción de la vida.

Así el agua riega las plantas y permite su desarrollo, pero la lluvia lucha y se complementa con el fuego del sol que, al desplazar las nubes, ayuda con su calor y hace madurar los granos.

De estas observaciones nace la visión andina según la cual es necesaria la reciprocidad para que exista un ambiente favorable a la vida, para que cada uno de sus componentes pueda subsistir. Los opuestos son complementarios y se requiere que tengan relaciones recíprocas, que cuando el uno aporta, el otro también lo haga, porque uno solo no lograría nada, ni el macho sin hembra, ni el agua sin el fuego del sol.

Esta reciprocidad no exige que sean relaciones absolutamente simétricas en cada momento, es decir que los opuestos aporten igual cantidad cada vez y que su relación sea mutua, bilateral. Pueden complementarse también en el tiempo y en el espacio geográfico y social. Es decir que un aparente “desbalance” en una relación bilateral puede compensarse más tarde o por otro “desbalance” opuesto y complementario. La reciprocidad no se da en términos de “valor” absoluto sino en función de necesidades.

Cada elemento tiene varios opuestos/complementarios. La llama/macho se opondrá a la llama/hembra, pero también a otra llama/macho que tenga un papel encima o abajo de ella en la jerarquía del rebaño; se enfrentará al puma, etc.

Entonces, constatada la reciprocidad como norma general de la naturaleza, es vital que lo sea también de los hombres, tanto en sus relaciones con el resto de la naturaleza como entre humanos. De ahí la reciprocidad como moral, como ética andina. Se condena el robo por ser una falta a la reciprocidad de bienes. Se condena la mentira porque falta a la reciprocidad de información. Se condena el ocio por faltar a la reciprocidad de trabajo...

Todas estas innumerables relaciones de oposición y complementariedad se ordenan en la realidad. Para entenderlas y poder construir una gestión provechosa de la inevitable interdependencia, el hombre andino desarrolló entonces un concepto rector, el tinku, es decir el encuentro de los opuestos.

Gracias a la idea de tinku la sociedad andina pudo pasar de una interdependencia natural a una interdependencia “social”, construida por el hombre y aprovechada para su desarrollo.

(versión a partir del Informe del Seminario sobre Autogestión y Transferencia, LWR, Lima julio 86 y del “Manual General del Paisaje Agropecuario de Oruro”, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, julio 87)

22. EL TINKU

Para entender y construir las relaciones entre las partes de la diversidad social, a fin de alcanzar “unidades” viables, el mundo moderno ha multiplicado sus interpretaciones, desde las leyes de mercado hasta la lucha de clases pasando por la concertación, la participación u otras fórmulas.

Quienes trabajamos en desarrollo rural andino solemos conocer estas teorías y ubicarnos en función de ellas. Pero, sea porque creamos que tales conceptos son insuficientes para una acción en el medio andino, sea por simple necesidad de comunicarnos mejor con los campesinos, deberíamos preocuparnos también por comprender cuál es la mayor filosofía andina al respecto, el tinku, es decir el “encuentro” de las partes opuestas y complementarias.

La unidad andina no es monolítica sino producto de la acción de sus partes. La diversidad se ordena en un sistema de oposiciones duales, constructivas y creativas. El planteamiento se aplica tanto a la realidad cósmica, como a la estructura social y a la naturaleza inmediata, por tanto al conjunto de los conocimientos.

Para decirlo de una manera comprensible a nuestra racionalidad, se podría hablar de una dualidad en tres partes: cada elemento del cosmos tiene dos componentes opuestos (arriba/abajo, masculino/femenino, frío/caliente, seco/húmedo, etc.) que se encuentran en el tinku formando un tercer componente, una tercera categoría, que hace posible la vida.

No se trata pues que uno de los elementos aplaste y derrote al otro. La oposición no es “a muerte”, sino “a vida”. De la oposición nace la vida, el ámbito de la fecundidad y la reproducción. (Eso sí, se exige primero que las partes cumplan con la reciprocidad.)

Podemos hallar esta filosofía en casi todos los campos: en la medicina andina, en la organización de los ayllus, en los enfrentamientos rituales como el “chiaraje” cusqueño y el “tinku” boliviano, en la clasificación de suelos... y también en la pareja humana.

Algunos buscaron asimilar el tinku andino a la dialéctica occidental, pero, más allá de las semejanzas aparentes, existe una diferencia fundamental: la dialéctica corresponde a un tiempo lineal y su síntesis se propone como un “paso adelante” en el avance del “progreso”, mientras el tinku se inscribe en un tiempo cíclico, en busca de la reproducción. Ambos no son necesariamente contradictorios pero su racionalidad y su finalidad son diferentes.

En el concepto andino no se trata de un simple encuentro para “intercambiar” sino para reproducir algo, como la vida en el tinku de la pareja macho/hembra, como la salud en el tinku de lo frío con lo caliente, de lo seco con lo húmedo, etc. El tinku es algo que se busca, que se prepara, que se organiza, para lograr dicha reproducción.

Es importante recalcar que el resultado del tinku nunca es definitivo, es decir que siempre se va a necesitar el encuentro de los opuestos originales para obtener dicho resultado. El

tinku macho/hembra da lugar a una nueva vida pero ésta no es eterna y nuevos tinkus macho/hembra serán necesarios para la reproducción de la especie. El tinku frío/caliente no produce “tibio” como solución definitiva sino que el frío y el calor se vuelven a encontrar de manera diferente para producir equilibrios.

El concepto de tinku parece ser la clave de la interpretación andina del mundo. En efecto, toda la sociedad andina ancestral trata de organizarse alrededor de él. Es la necesidad del tinku la que explica la distribución espacial y social precolombina.

Los tres mundos reconocidos por la sociedad andina corresponden a los opuestos y su tinku:

- Arriba, con el sol, la luna y las estrellas, está el “hanaq pacha” (“alan pacha”);
- Abajo, con los espíritus malignos y las fuerzas de la fertilidad, con los antepasados, está el “ukhu pacha” (“manqha pacha”);
- Al centro, es decir sobre la tierra, allí donde estamos nosotros, donde está la vida terrestre con el conjunto de los seres, está el “kay pacha” (“aka pacha”), que es producto del enfrentamiento de los dos opuestos anteriores, que existe porque existen y buscan encontrarse el “hanaq pacha” y el “ukhu pacha”.

A su vez el Kay pacha se divide en Hanan (arriba) y Hurin (abajo) que corresponden a la distribución entre los que viven en la puna y los que viven en el valle, pero también sirve, por ejemplo, para dividir los ayllus (los barrios en una comunidad). A su vez, los de arriba se vuelven a dividir entre quienes pertenecen a la parte derecha y masculina o a la parte izquierda y femenina, y lo mismo sucede con los de abajo. Así tenemos una estructura que los etnólogos llaman “doble bipartición”, es decir una “cuatripartición”, basada en la división de arriba/abajo, cruzada por derecha/izquierda.

Dicha distribución en dos opuestos (que se subdividen entre sí o que, juntos, se enfrentan a otro opuesto mayor) es la base del funcionamiento de la sociedad porque ordena y produce la vida: norma las relaciones de trabajo, con lo cual los opuestos compiten y se estimulan durante la realización de actividades; norma las relaciones de reproducción, guiando la elección de la pareja; etc.

La distribución del tiempo también se relaciona con los opuestos y su tinku. Tiempo y espacio se hallan presentes en el concepto “pacha”. “Kaypacha” es el mundo de aquí y de ahora, mientras “ukhu pacha” es el mundo de abajo y del pasado, con las generaciones desaparecidas allí presentes, y “hanaq pacha” es el mundo de arriba y del futuro.

(versión a partir de la ponencia al Seminario sobre Sistemas Integrados para el Desarrollo y Manejo de Cuencas Hidrográficas en la Región Andina, CEPAL-JUNAC, nov. 86 y del “Manual General del Paisaje Agropecuario de Oruro”, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, julio87)

23. VIDA BIOLÓGICA Y VIDA SOCIAL

Entre las dificultades de fondo que tenemos para entendernos entre técnicos y campesinos andinos, dialogar, llegar a compartir la reflexión, las decisiones y las acciones del desarrollo, cabe destacar la diferencia esencial entre nuestras concepciones de la vida.

Muchos de nuestros divorcios en prioridades, objetivos, acciones, métodos, etc., provienen del sentido peculiar que tiene la vida para unos y para otros.

El tema es difícil y habría de ser tratado por filósofos y otros. Sin embargo, como estos están casi siempre más preocupados por estudiar y ubicarse en la tradición occidental que por entender y profundizar la filosofía andina, nos atrevemos a volcar algunas ideas producto del choque permanente en la realidad, a pesar de las posibles confusiones de lenguaje y conceptos.

Podríamos decir que para la tradición occidental la vida tiene una dimensión biológica e individual mientras el pensamiento andino le otorga una dimensión fundamentalmente social.

¿Qué quiere decir esto? Veamos algunos ejemplos concretos. Miremos los criterios de funcionamiento en las organizaciones ancestrales andinas (no la “comunidad” peruana, ni el “sindicato” boliviano, mas bien el ayllu).

Los “miembros” no son individuos sino organizaciones “sociales”, las familias. No se pertenece a la organización por criterios biológicos (la edad) sino por haber conformado una “familia”. Es decir que no hay “mayoría de edad”.

Hasta sucede que la “familia” base de la organización no es una agrupación de individuos (marido, mujer e hijos), sino una combinación de grupo social y territorio: una familia sin tierra no pertenece de la misma manera al ayllu; no tiene los mismos derechos y obligaciones; una familia disminuida en su capacidad de trabajar y aprovechar su territorio (por desaparición del marido) suele perder parte de sus tierras, derechos y obligaciones, que vuelven al ayllu; los derechos y obligaciones en cuanto a “cargos” dentro del ayllu son a menudo proporcionales al territorio de la familia; etc.

Es decir que hasta el concepto de lo social, que en el mundo moderno significa la asociación, alianza o combinación de individuos o agrupaciones de individuos, en el pensamiento andino adquiere otra dimensión que integra naturaleza y grupo humano, por tanto “territorio”, con lo cual lo “social” andino es fundamentalmente lo “nacional”, lo “étnico”.

Convendría entonces, para evitar confusiones, hablar de vida “nacional” o “étnica” en lugar de “social” a fin de comprender la diferencia con el enfoque muy “biológico” del mundo moderno. Pero los adjetivos “nacional” y “étnico” son a su vez portadores de mu-

chas confusiones por las diferencias o vacíos de la reflexión que se dan al respecto en los países andinos. También por los anticuerpos que suscitan en los “técnicos”, quienes ya aceptaron la necesidad de un acercamiento a lo “social” pero suelen estar aún muy lejos de lo “étnico”.

La reflexión sobre organización andina puede ser muy ilustrativa pero, dadas las innumerables variaciones que se encuentran hoy en día en los Andes en cuanto a las formas de organización de los grupos étnicos, es muy probable que muchos “técnicos” se cierren rápidamente porque lo que “conocen”, o mas bien “malconocen”, en su propia zona es diferente.

Veamos entonces otro ejemplo, relacionado a la salud, específicamente a la actitud ante la vida y la muerte.

La vida, don de Dios al individuo, es para el mundo moderno algo sagrado, intocable. Y la meta de las políticas usuales de salud es preservar, cuidar y prolongar esa vida biológica.

Pero, ¿cuántas veces hemos chocado en el campo con campesinos muy enfermos que preferían acelerar su muerte biológica yendo a participar de alguna actividad de su vida “social”, “étnica”?

¿Cuántas veces nos hemos sorprendido y escandalizado ante la tranquila aceptación o pasividad de padres andinos por la muerte de un niño tullido o desnutrido?

Lo hemos atribuido a fatalismo o insensibilidad o barbarie. En realidad estábamos ante otra concepción de la vida, una concepción en la cual lo que vale es la vida “social”, “étnica”, y no la vida “biológica”. Una concepción en la cual lo que importa es posibilitar y prolongar la vida “social”, no la simple vida “biológica”. Una concepción en la cual una vida “biológica” disminuida y sin posibilidad de existencia “social”, “étnica”, no tiene sentido.

¿Qué influencia tiene todo eso en nuestro trabajo cotidiano de desarrollo? Mucha. Por el impacto de nuestros “modelos” de organización “democrática”. Por nuestro afán de promover a los jóvenes más “dinámicos”, jubilandos a los “viejos” en el momento en que, después de cumplir una fase de sus obligaciones “sociales”, “étnicas”, están entrando a otra, condenándolos así a la muerte “social”, “étnica”, peor que la “biológica”. Por nuestros programas de salud que son verdaderos “caballos de Troya” para imponer nuestra concepción de la vida y desestructurar la racionalidad andina. Etc.

La realidad andina ha cambiado y sigue cambiando. El pensamiento y las concepciones acompañan este proceso. Pero mientras no seamos conscientes de las diferencias entre nuestra visión y la andina, nuestras imposiciones no harán más que violar conciencias y frustrar dicho proceso de desarrollo.

(a partir de conversaciones sobre salud y comunicación con Carlos Coloma en Quito, nov. 86)

24. LO MODERNO Y LO ANDINO: ¿DOMINACIÓN, COMBINACIÓN O DESARROLLO?

El ejército modernizador del desarrollo no sólo se enfrenta a la resistencia pasiva o activa de muchas poblaciones andinas reacias a dejarse conquistar sino que desde hace algunos años está siendo infiltrado por el enemigo. Dentro de sus propias filas, dentro de las instituciones y proyectos estatales y privados, han comenzado a instalarse defensores de “lo andino”, desmoralizando las tropas, cuestionando las estrategias y el armamento. La confusión ha llegado hasta los altos mandos (gobiernos, financieras, etc.) que toleran y a veces apoyan tímidamente esta quinta columna.

Si bien los recursos de ambas facciones están desproporcionados, la batalla verbal enraece el ambiente. “Modernistas” y “desarrollistas” rivalizan con “pasadistas” e “indigenistas”, trastocando planes, entorpeciendo manio-bras.

Por fin, recientemente, apareció la esperanza con la proliferación de defensores de una fórmula unitaria, los “combinadores”: no se trataría de escoger entre lo moderno y lo andino sino de “combinar” los aportes de ambas partes, aprovechando lo bueno que existe en lo uno y en lo otro.

Dejemos de lado la metáfora y vayamos al grano. Existe un saber moderno, con base occidental y pretensión universal. Existe un saber andino con base precolombina y supervivencia empecinada.

Cada uno de ellos refleja la realidad y la experiencia de regiones muy diferentes en sus relieves, sus climas, sus fuentes de energía, su historia, etc.

Ambos se enfrentaron en la región andina a partir del siglo 16. La superioridad militar del saber occidental le permitió establecer su dominación en todos los campos. Por conveniencia en algunos casos, por la fuerza en la mayoría de ellos, los andinos tuvieron que acatar las imposiciones de ese saber importado.

Pero los Andes no se prestaban a la aplicación mecánica del saber europeo. Luego de ensayos y fracasos múltiples, se estableció una convivencia. Los españoles permitieron la subsistencia de un saber andino en determinadas zonas, grupos y actividades y establecieron el suyo en lo demás.

El saber europeo había fracasado en “explotar” los Andes: los grupos de poder lo fortalecieron en ciertos enclaves y, por otra parte, se dedicaron a extraer los excedentes (y también el capital de trabajo) producidos con el saber andino.

Hace cuarenta años se puso de moda la ideología del “desarrollo” y volvió a cambiar la situación. El saber moderno emprendió una nueva ofensiva. Basta de convivencia, había que “modernizar”.

Planes, programas y proyectos se multiplicaron en todo el Ande, proponiendo (con el apoyo de las escuelas primero y de los medios masivos de difusión luego) metas, insumos, tecnologías, y sobre todo la ideología del progreso, del consumo y del individualismo.

Ante la repetición del ciclo ensayos-fracasos, lo que eran voces iluminadas de algunos pioneros comenzó a convertirse en corriente cada vez más importante: en lugar de buscar siempre las soluciones afuera, miremos los Andes, aprendamos de ellos; por algo la región conoció un proceso de siglos de desarrollo innegable: tiene un saber propio que es preciso conocer.

Ahora que ha crecido la curiosidad y el interés por lo andino, ahora que estamos en una búsqueda cada vez más sistemática por rescatar y reconocer las piedras del edificio andino, es imprescindible precisar el enfoque y evitar la aparición de nuevas confusiones como el “combinado”.

Un saber, con todas sus facetas ideológica, cognoscitiva, tecnológica, metodológica, etc., no es una herramienta que cualquiera pueda usar cuándo, cómo y dónde quiere. Un saber vive dentro de una historia, dentro de una cultura, dentro de una sociedad, dentro de una realidad.

Para que un saber tenga posibilidades de continuidad y capacidad de transformarse al ritmo de los múltiples cambios de la vida, tiene que conservar sus correspondencias con la historia, cultura, sociedad y realidad propias.

Consideramos que no se puede pretender alcanzar un saber del desarrollo en los Andes a base de una “mezcla” de lo moderno y lo andino, a base de una suerte de sanguiche “mixto moderno-andino”.

Tampoco se trata de aislar e incomunicar totalmente ambas fuentes. Mas bien se trata de optar claramente por una de ellas como eje para la construcción del desarrollo y desde esta base aprovechar los aportes de la otra, adecuándolos a la racionalidad de la fuente escogida.

Un error común consiste en querer “utilizar” tal o cual saber como si fueran algo aséptico, neutro, cuando se requiere al contrario desarrollar un saber acorde a las circunstancias, realidades y racionalidades propias, por tanto un saber que nos pueda servir hoy, mañana y pasado. Tiene por tanto que partirse del saber propio, es decir del que conozcamos bien (y no sólo sus “productos” o “paquetes”), del que podamos controlar, siendo capaces de transformarlo, desarrollarlo, al ritmo de nuestras necesidades.

Probablemente muchos reafirmarán su fe en lo moderno como pilar del desarrollo rural andino. Nosotros pretendemos que éste debe partir de la historia, cultura, sociedad y realidad propias de los Andes para desde allí aprovechar lo conveniente de los aportes modernos. Sólo así podrán las poblaciones andinas jugar el papel que les corresponde en su propio proceso.

En todo caso dejemos los “combinados” para los tragos y los sanguches y escojamos. Luego, ya que de hecho coexisten en los países andinos el saber moderno con el andino, ¿por qué no pensar en un “tinku” entre ambos, un “tinku” para un nuevo tipo de desarrollo nacional?

(a partir de conversaciones con el equipo del Proyecto de Tecnologías Campesinas, Lima, 1987)

25. CONOCER LA REALIDAD: NUESTROS POBRES DIAGNÓSTICOS

Está bastante claro para todos que no se puede hacer un buen trabajo de desarrollo rural sin conocer la realidad en la cual se quiere intervenir. Para ello, la mayoría de instituciones exigen o ejecutan diagnósticos de las zonas. Estos pueden ser para adecuar el diseño de un proyecto a las características del área escogido o bien para ubicar el lugar más favorable donde aplicar un programa “piloto” ya diseñado.

Aunque ambos puntos estén estrechamente relacionados, no vamos a retomar aquí el indispensable cuestionamiento al enfoque de “proyectos” que inspira todo el procedimiento. Queremos mas bien reflexionar sobre qué entendemos concretamente por “conocer la realidad” y cómo pretendemos usualmente hacerlo.

A diferencia de investigaciones más “académicas” que buscan producir conocimientos en forma más amplia, partiendo de hipótesis a confrontar en el terreno, los diagnósticos tienen el reto de brindar a los posteriores proyectos conocimientos “operativos”, es decir susceptibles de permitir y facilitar acciones concretas y lo más adecuadas posible.

Pero, de la misma manera que las hipótesis suelen encerrar la investigación académica en un marco limitado y reducen por tanto su impacto al eventual conocimiento de un aspecto de la realidad pero no de la realidad, el diagnóstico está casi siempre condicionado por las características de la institución que los encarga.

La “especialidad” temática de la institución patrocinadora significa un marco que lleva el “diagnóstico” a querer detectar esencialmente lo que puede hacer esta entidad. Eso es válido también para instituciones aparentemente menos “especializadas” como las de “desarrollo rural integral” o “integrado”, ya que existe entonces una determinada concepción de lo integral o integrado que guía el acercamiento a la realidad; además que la entidad suele contar de antemano con un listado de acciones posibles, induciendo los encargados de diagnóstico a verificar si son aplicables o no.

El hecho es que, en la inmensa mayoría de los casos, nuestros diagnósticos son de una pobreza ejemplar. A base de ellos vamos tomando decisiones, estructurando planes, escogiendo áreas y grupos prioritarios, definiendo metodologías, distribuyendo recursos; y son muy pocos los proyectos en los que, al cabo de escasos meses o años, uno no se arrepiente de una serie de opciones delineadas con los resultados del diagnóstico inicial.

Veamos entonces dos de las fallas comunes.

La **primera** es que nuestra percepción de la realidad local andina parte casi siempre de la utilización de conceptos macro ajenos a los Andes. Hemos sido formados en escuelas, institutos y universidades embebidas de ideologías y conocimientos provenientes del he-

misferio norte. Luego miramos la realidad andina a través de dicho marco y nos limitamos a “sacar datos” que comprueben la vigencia de tal o cual tendencia o teoría.

Una palabra típica del hemisferio norte ilustra esta visión sesgada y engañosa de la realidad: el “nivel”. En lugar de partir de los elementos propios de la realidad estudiada para intentar una interpretación, nos esforzamos por ubicarlos dentro de escalas prefijadas. Nuestros diagnósticos están repletos de referencias a distintos “niveles” que inducen a cuantificaciones y categorizaciones parciales e impiden comprender la realidad:

- Los “niveles de producción” esconden los “sistemas de producción” y más aún los “sistemas de gestión” del campesino andino.
- El “nivel cultural” falsea los conocimientos y prácticas campesinas y lleva a conclusiones denigrantes, a veces racistas y siempre equivocadas.
- El “nivel educativo” implica la escolarización y olvida el sistema educativo propio de la organización socio-territorial andina, justificando métodos y contenidos de “capacitación” posterior que nunca funcionan como previsto.
- El “nivel de salud” se encierra en indicadores bio-fisiológicos y en servicios institucionales, marginando y desconociendo las capacidades de atención, adaptación y transformación de los sistemas andinos de salud.
- El “nivel de organización” se fija en la famosa “organicidad” típica de nuestros modelos “democráticos” y orilla la real capacidad organizativa de la población andina. Etc.

La **segunda** falla grave de nuestros diagnósticos es que suelen ser incapaces de detectar, presentar e interpretar, es decir comprender, las interrelaciones concretas y conceptuales entre los elementos de la realidad.

Los documentos finales están repletos de listas de recursos, problemas y características, pero carecen de conocimientos sobre cómo interactúan todos ellos.

Se señala el uso de tal o cual tecnología pero ni se indica ni se sabe que se corresponde con tal o cual forma de organización, con determinada estrategia productiva y económica...

Se plantea la existencia de algún problema o “cuello de botella” o “freno al desarrollo” (la erosión por ejemplo) pero no se explican las estrategias actuales del campesino, ni su percepción de las alternativas posibles, ni su conocimiento de las trabas políticas, administrativas, de tenencia de la tierra, de precios, etc.

Es decir que, en general, nuestros diagnósticos apenas ofrecen datos, muchos de ellos también falsos, que no nos permiten comprender y nos llevan a acciones desacertadas.

(a partir de debates del Seminario sobre Investigación, Evaluación y Sistematización, CICDA, Cuenca, nov.84; Ruralter N°1, artículo 6, junio 86; y otros)

26. LA MÍTICA “TRANSFERENCIA”

La “transferencia” de los proyectos a los “usuarios”, “beneficiarios”, o al aparato estatal normal y permanente, suele ser un mito común a los proyectos de desarrollo rural andino, un mito salvador y cómodo que evita muchos problemas y dudas a los diseñadores de tales acciones.

La inmensa mayoría de nuestros proyectos son temporales, transitorios. Están destinados a resolver uno que otro problema, o bien a brindar una atención excepcionalmente intensiva a una zona determinada. Los proyectos se proponen entonces dar solución a aquella situación que motivó su intervención y plantean crear estructuras y servicios que puedan luego ser “transferidos” a los actores normales y permanentes del proceso de desarrollo, sea el aparato estatal, sea tal o cual organización de los interesados.

¡Cuán fácil parece la cosa así presentada! ¡Pero cuán difícil es encontrar “transferencias” exitosas después de decenios de practicarse la fórmula milagrosa!

¡Cuántos “tambos comunales” financiados por una entidad externa y que han devenido con los años en tiendas particulares del personal capacitado en su administración!

¡Cuántas empresas o centrales forjadas durante años con apoyo financiero y técnico de los proyectos y que, una vez retirada la ayuda exterior, fueron abandonadas, o destinadas a otros fines, o aprovechadas por un grupo de dirigentes (y más a menudo todavía por el grupo de “gerentes” y “técnicos” indispensables a su funcionamiento)!

¡Cuántos proyectos de cooperación técnica internacional que fueron traspasados al ministerio correspondiente y que, al cabo de pocos meses, tienen sus vehículos al servicio de la familia del director en la ciudad, su personal despedido para dejar lugar a militantes del partido de gobierno, sus acciones reducidas a intervenciones puntuales y dispersas por insuficientes recursos y personal ignorante!

¿Para qué alargar la lista? Todos hemos almacenado ejemplos miles de este tipo. ¿Por qué tantos fracasos?

Sucede que la “transferencia” es una fórmula mágica que usamos comúnmente como pretexto para postergar problemas esenciales mientras nos dedicamos a hacer lo que sabemos o lo que nos gusta. ¿Acaso esta “entrega” no es el punto final del trabajo? Primero hagamos las cosas bien, luego veremos cómo las asumen sus “destinatarios”.

También tenemos instituciones que intentan no dejar la transferencia para el final y que buscan preverla y prepararla desde el inicio. Sin embargo se encuentran con innumerables tropiezos y, si bien algunas alcanzan éxitos parciales, la mayoría se empantanan en el cúmulo de retos a enfrentar.

¿Qué se va a transferir? ¿La plata, los bienes e infraestructuras (¿todos?), los contactos (¿con quiénes?), la información, las capacidades, las responsabilidades? ¿Y el personal? ¿Se transfiere también? ¿Se seguirá necesitando o no?

¿A quién se transfiere? ¿Al Estado? ¿A individuos? ¿A cualquiera que se llame “campesino” o “productor”? ¿A grupos funcionales de usuarios? ¿A organizaciones campesinas tradicionales?

¿Cuándo se transfiere? ¿Enseguida para aprender en la práctica, aprovechando las capacidades existentes (pero ¿cuál es entonces el rol del proyecto?)? ¿Progresivamente? ¿Cómo saber entonces cómo y cuándo transferir qué? ¿De golpe?

¿Cómo se transfiere? ¿Capacitando a los “destinatarios” hasta que tengan un manejo perfecto? ¿Dejando que asuman y aprendan de sus propios fracasos? ¿Entregando todo o guardándose un control prudencial durante un cierto tiempo?

El juego de las preguntas termina por no divertir a nadie porque, si bien son útiles, su acumulación no resuelve nada. Más acertado nos parece en todo caso retomar el asunto desde otra punta. Por más que aportemos propuestas de respuesta a todas las preguntas, siempre quedará el problema de fondo: el diseño sobre el cual han estado basados los proyectos, infraestructuras y servicios que pretendemos transferir.

Cabe decirlo con todas sus letras: no hay respuesta a la mayoría de las preguntas porque nuestros proyectos son intransferibles. Han sido diseñados de acuerdo a la racionalidad y las capacidades del propio proyecto “transitorio” y los supuestos “destinatarios” no están en condiciones de asumirlos.

Así sucede con el Estado cuyo aparato normal y permanente no tiene la capacidad (es decir el saber, el saber/hacer y el poder) para continuar la obra empezada. Así sucede también con los grupos funcionales de usuarios.

Los proyectos se ilusionan con una capacitación intensiva de los “destinatarios” que les permitan adquirir tales capacidades. Aparece entonces el choque de racionalidades:

- El aparato estatal permanente tiene una racionalidad funcionaria y no cuenta con la motivación y visión de proyectos específicos (tanto del propio Estado como de organismos privados);
- Las organizaciones campesinas tienen sus propias racionalidades y capacidades de gestión de su realidad y si bien pueden aprovechar ciertos aportes de las capacitaciones, no pueden aplicarlas globalmente sin renegar de todo lo propio.

Es difícil exigir que una entidad de racionalidad, experiencia y perspectivas diferentes a las de un proyecto transitorio pueda asumir éste tal como ha sido diseñado y dar continuidad a los esfuerzos iniciados en el proyecto. Lo que se puede esperar es que la entidad “destinataria” se apropie lo que le interese (sea la idea del proyecto, sea determinada actividad o servicio, sea una infraestructura) y la adapte a su propia racionalidad, a sus ritmos, a sus capacidades.

Entonces, no pidamos peras al olmo; no busquemos la transferencia de lo “nuestro”; aceptemos la reestructuración de lo que habíamos iniciado; en adelante hagamos diseños acordes con los “destinatarios”, o mas bien diseñemos con ellos, acompañémoslos en el diseño y puesta en marcha de lo que ellos necesitan y pueden conducir.

*(a partir del Informe del Seminario sobre Autogestión y Transferencia,
LWR, Lima, julio 86)*

27. CON EL FUTURO POR DETRÁS

Quienes intentan apoyar un proceso de desarrollo rural a partir del saber andino, y conducido por las poblaciones campesinas de acuerdo a su racionalidad, suelen recibir enseguida apelativos supuestamente denigrantes como “pasadistas”, “tradicionalistas”, “ancestralistas” y otros.

Pretender conocer el pasado para descubrir los cimientos del futuro parece una actitud absurda y retrógrada para quienes se llenan la boca de “progreso”, de “ciencia” y de “modernismo”.

Sin embargo, aún cuando no estén muy convencidos por opciones respetuosas del potencial que significan siglos de desarrollo en la época precolombina (la única época de “desarrollo” en los Andes), les recomendamos acercarse un poco al pasado, siquiera para estar en condiciones de dialogar, de comunicar con el campesino andino.

Sucede que la visión andina del tiempo es opuesta a la visión occidental moderna.

El mundo moderno tiene una concepción lineal del tiempo: el pasado es lo que ya feneció y se deja atrás, mientras el futuro (identificado a “progreso”) está adelante y se trata de alcanzarlo en un avance considerado ineludible.

El mundo andino parte de lo que conoce, de lo que le da saber, es decir el pasado. Lo que tenemos ante los ojos, lo que podemos ver, es el pasado; por ello el pasado está adelante; mientras tanto el futuro es desconocido, no podemos verlo, es decir que lo tenemos detrás de la nuca, está atrás.

Ello no significa una actitud fatalista, ni contraria a los cambios. Las poblaciones andinas han dado innumerables muestras que cuando una innovación les conviene realmente, la adoptan veloz y eficazmente.

Es que su pensamiento, guiado por la dualidad entre dos opuestos/complementarios que se “encuentran” en un tinku, concibe el presente (“kaypacha” o mundo de aquí y ahora) como resultante de un tinku entre el “ukhu pacha” (mundo de abajo y del pasado) y el “hanaq pacha” (mundo de arriba y del futuro).

No se trata por tanto de una negación del futuro. Simplemente, en lugar de basarlo todo sobre la abstracción, prospección e ilusión del futuro, otorga fundamental importancia a lo concreto, aleccionador y seguro del pasado.

Esta visión del tiempo se da de manera generalizada en los Andes. La hemos comprobado por diversos testimonios en Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. No es privativa de los quechuas y aymaras; corresponde al conjunto de etnias andinas, como

los paeces de Colombia por ejemplo. Cabe agregar que las etnias amazónicas suelen compartirla también.

Para la sociedad andina, el mundo moderno es entonces como el ciego que camina sin ver, intentando adivinar cómo han de ser las cosas; en cuanto, si se diese vuelta y caminase mirando el pasado que ya conoce, que es visible, podría imaginar mejor lo que ha de venir y tropezaría menos.

Semejante ceguera del modernismo no es tampoco una característica de toda la tradición occidental. Europa tuvo también por siglos una visión cíclica del tiempo. Recién el apogeo de los defensores del “progreso” llevó sus opositores a abandonar el tiempo cíclico para predicar los resultados apocalípticos del modernismo (tendencia hoy en día retomada por muchas sectas).

Pero no es casualidad que los principales adoradores del futuro se encuentren en países de menor historia, países casi sin pasado recordable, como los Estados Unidos y otras regiones donde las poblaciones autóctonas fueron exterminadas para dejar sitio a migrantes en pos de un futuro personal. La carencia de pasado lleva a la ceguera futurista.

Los Andes tienen el recurso de un pasado pletórico de experiencias, de conocimientos elaborados progresivamente al ritmo de los aciertos y tropiezos de innumerables generaciones. ¿Deben ignorarlo para sumarse a la legión de los ciegos? ¿Podrán aprovechar su pasado, reconociéndolo y revalorizándolo, para poder construir un desarrollo propio enriqueciéndolo con aportes de la modernidad?

En todo caso, nos guste o no la visión andina del tiempo, nos convenza o no, es preferible que la conozcamos si deseamos comunicarnos con los campesinos andinos. Salvo que deseemos repetir mecánica y eternamente tantas expresiones que pueden tener en el Ande un sentido radicalmente diferente como:

- “Miremos al frente nuestro futuro”
- “Volvamos los ojos atrás para ver cómo era en el pasado”
- Etc.

(a partir de numerosas entrevistas y de un primer esbozo en el Manual General del Paisaje Agropecuario de Oruro, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, julio 87)

28. LOS EFECTOS MULTIPLICADORES O DE IRRADIACIÓN Y LAS RACIONALIDADES

La estrategia de extensión de la mayoría de proyectos de desarrollo rural andino está basada en el concepto de irradiación o multiplicación. Es decir que los logros productivos, tecnológicos, organizativos y otros, alcanzados en una parcela, comunidad o zona determinadas, habrían de ser automáticamente apropiados y replicados en otras. El campesino se vería inducido a esa difusión por los mejores resultados obtenidos en el área “modelo”.

Los esquemas evolucionan según las instituciones o en la historia de una misma entidad.

Muchos tratan de inducir cambios a través de “demostradores”: buscan agricultores que pudiesen asumir el liderazgo en la difusión de innovaciones entre sus pares. Sus “parcelas demostrativas” salpican una zona a fin de ser “visibles” para todos.

Otros métodos de “irradiación” no son por agricultores sino por áreas donde se constituyen “módulos” (abarcando un máximo de campesinos) a fin de que estos mismos repliquen las innovaciones en sus demás parcelas.

A menudo también se encuentran modelos en los que una comunidad entera se constituye en “núcleo de desarrollo”, a manera de zona “piloto” cuyo ejemplo y éxitos estimularían los vecinos a lanzarse por la misma senda.

Tales propuestas de irradiación/multiplicación automática chocan con una serie de limitaciones ya conocidas como:

- La diferencia de recursos (tierra, bienes, fuerza de trabajo...) impide que todos puedan aprovechar las innovaciones;
- La diferencia de condiciones agro-ecológicas dificulta la reproducción de paquetes tecnológicos aplicados precisamente en las zonas más favorables (los mejores terrenos, las comunidades mejor organizadas y más motivadas, etc.);
- La imposibilidad para el proyecto de brindar en las demás zonas un apoyo tan intensivo como el que aporta en su área “demostrativa”...

Muchos programas de desarrollo consideran que éstas son limitaciones superables gracias a un apoyo aún mayor, aún más intensivo y prolongado. Sin embargo la realidad y la experiencia demuestran que los efectos de irradiación/multiplicación nunca se dan en el Tercer Mundo en la forma supuesta por el extensionismo. **La irradiación automática de efectos sólo se puede dar entre agentes económicos guiados por la misma racionalidad.**

Este principio es válido a nivel macro-económico. Se expresa en el fracaso de los últimos 30 años de política de desarrollo de América Latina basada en el modelo exportador/sustitutorio de importaciones de la CEPAL: las nuevas actividades de punta forjadas en tecnologías importadas no irradiaron, ni transformaron la cultura tecnológica de los países; se convirtieron mas bien en “enclaves” modernos, cohabitando con las actividades tradicionales y las hoy llamadas “informales”.

El mismo principio es también válido a nivel micro-económico y explica los limitados resultados de varios decenios de extensionismo rural: se lograron crear “enclaves” de agricultura moderna e integrada al mercado en la zona andina pero no se pudo transformar el conjunto de la economía campesina andina porque la mayoría de los rurales del Ande no son “agricultores” integrados al mercado, sino “campesinos” con un mayor o menor grado de articulación al mercado o con episódicas relaciones mercantiles.

La racionalidad económica es efectivamente determinante de las decisiones campesinas y encontramos en el Ande actitudes y prioridades muy diversas según predominan la lógica moderna de capitalización a través del mercado o la lógica andina de reproducción a través de la autosuficiencia y la reciprocidad.

Las tres categorías utilizadas antes son artificiales por cuanto se definen en función de la relación con el mercado, sin profundizar su tipo de relación con la vertiente de la “reproducción”. Pero pueden ser útiles para los proyectos de desarrollo rural que desean comenzar un mayor acercamiento a la realidad campesina andina:

- Tenemos campesinos que, por los recursos que controlan y/o su cercanía a centros de consumo, se han integrado casi totalmente a la racionalidad de mercado. Pueden conservar ciertas producciones de autoconsumo pero su eje principal y, por tanto, su lógica de decisiones, está guiada por el mercado. Han pasado de “campesinos” a “productores” o “agricultores”.
- Tenemos campesinos que siguen rigiéndose por la racionalidad de “reproducción”, priorizando la seguridad del grupo familiar y la estabilidad de las relaciones interfamiliares, comunales e intercomunales. Sus relaciones con el mercado son eventuales en la medida en que no condicionan sus decisiones: venden en el mercado los excedentes de su producción de autoconsumo para adquirir ciertos bienes y servicios, pero si tales excedentes no alcanzan buscan ingresos monetarios en la migración y la venta de fuerza de trabajo.
- Tenemos campesinos que mantienen dos tipos de producción: una para el autoconsumo y la reciprocidad y otra para el mercado. Están articulados al mercado en la medida que toman decisiones en función de éste y dedican ciertas parcelas y productos a la venta, pero siguen guiándose principalmente por la racionalidad de reproducción y fácilmente se retiran del mercado cuando éste deja de satisfacer sus necesidades.

El criterio de extensión manejado por los proyectos suele ser el de “agricultor moderno integrado al mercado” (con márgenes para “adecuar” la tecnología a la realidad local y para preservar cierta producción de autoconsumo). Por ello difícilmente logran irradiar sus efectos a los campesinos no integrados o a las parcelas no integradas de campesinos que, en su zona más favorable, como una de riego, sí producen para el mercado.

(a raíz de la lectura de “La problemática regional en América Latina”, Lê Chau, Ed. Horizonte, Lima 87)

29. AUTOGESTIÓN Y AUTOGOBIERNO

Los proyectos de desarrollo rural andino suelen trabajar con una concepción exageradamente restringida de la organización campesina. Su enfoque parte de la necesidad de contar con un interlocutor campesino organizado para facilitar su propia labor (comités, clubes y asociaciones diversas). En algunos casos se busca también cumplir con ciertas exigencias de la ley que impiden trabajar con “particulares”.

Es decir que se piensa y se practica organización en función de actividades específicas, en función de metas. Se hace “organización funcional”, organización para una función.

El problema mayor consiste en que la “organización funcional” no solamente es limitada sino contradictoria con las necesidades de “organización para el desarrollo”.

Las “organizaciones funcionales” compiten con la “organización para el desarrollo”, menguan su potencial y su campo de acción, parcelan el grupo social y el territorio, rigen su existencia según factores externos (instituciones de apoyo, características del mercado) y distorsionan así las posibilidades de un desarrollo desde adentro.

Los Andes tienen una larga historia de desarrollo previo a la invasión europea y nos enseñan que la “organización para el desarrollo” requiere:

- Unidad social (todos los campesinos han de pertenecer a la organización y no solamente los “voluntarios”, los “socios”);
- Unidad territorial (todo el área perteneciente al grupo está bajo la jurisdicción de la organización);
- Unidad de orientación y mando (todos los miembros han de priorizar el objetivo común, el futuro común, y aceptar una autoridad única);
- Unidad de intervención (se ocupa de todos los problemas y necesidades planteados por el desarrollo a fin de poder manejar adecuadamente el conjunto y sus interrelaciones, evitando divorcios o desequilibrios);
- Garantías de continuidad (haber existido y poder seguir existiendo más allá de la presencia o retiro de un programa cualquiera).

De alguna manera la organización andina para el desarrollo fue y habría de ser una “**entidad socio-territorial de autogobierno en todos los campos de actividad**”.

¿Por qué utilizar ahora una expresión como “autogobierno” cuando ya conocemos y usamos tan a menudo “autogestión”? Veamos algunos elementos.

Por un lado, la “autogestión” ha adquirido entre nosotros una dimensión esencialmente empresarial. Es decir que, al hablar de “autogestión”, nos referimos casi siempre a la administración de una empresa por sus propios trabajadores y socios.

Por otro lado, al difundirse masivamente, el término “autogestión” ha sido interpretado por muchos como una suerte de sinónimo de “ayuda mutua” o “autoayuda”. Es decir que se va reduciendo a la “cooperación” entre gentes que comparten algún interés, problema o recurso.

La organización andina no encierra necesariamente su gestión económica en el molde empresarial, especialmente cuando predomina la racionalidad de “reproducción” y no la de mercado.

Además el “autogobierno” andino no se limita a la gestión económica y abarca la totalidad de elementos de la realidad, tal como el gobierno de un país.

Por fin, este “autogobierno” andino no se establece a base de algún interés, problema o recurso comunes. La pertenencia a la organización es del mismo tipo que la pertenencia a una nación: por nacimiento (vínculos de sangre y/o territorio). Y entonces, más que formar parte de una “organización” en el sentido moderno se comparte una “historia” con su dimensión de pasado, presente y futuro.

Reducir la organización andina al criterio de “autogestión” es quitarle gran parte de su fuerza, de su perspectiva.

En todo caso, deberíamos partir de una comprensión del “autogobierno” andino para profundizar luego los aspectos “autogestionarios” que puedan estar incluidos y aprovechar las formas de “cooperación” o “autoayuda” que se dan a diario en su práctica.

Sería un enfoque mil veces preferible a nuestro procedimiento usual: partimos de las necesidades de “cooperación” o “autoayuda” como base organizativa y luego buscamos un manejo “autogestionario” de la entidad creada, pero nunca llegamos a entender ni a alcanzar la dimensión de “autogobierno” tradicional en los Andes y fundamental para la construcción de su desarrollo.

(a partir de Ruralter N°1, primer artículo, junio 86, Cinco condiciones necesarias para la continuidad del proceso de autodesarrollo campesino”, PAC-Oruro/Potosí, CEE-COR-DEOR-CORDEPO, ag. 87)

30. “CARGOS” Y “BRAZOS” DE LA ORGANIZACIÓN CAMPESINA

Nuestros planteamientos sobre la organización campesina y su rol en el desarrollo suelen estar marcados por modelos ajenos a la tradición andina.

Apelando a las fórmulas asociativa o sindical, la mayoría de las propuestas y normas elaboradas en los últimos decenios establecieron sistemas clásicos de “directivas” con su presidente o secretario general, su tesorero, su secretario de actas, sus vocales, etc.. Con ello se entramparon las organizaciones campesinas en un formalismo a menudo contraproducente y reforzado tanto por el respeto andino a la norma como por la vigilancia de nuestras instituciones sobre el cumplimiento de la “organicidad”: instancias, plazos, libros...

Ya que los puestos de la directiva resultaron insuficientes o poco acordes a las necesidades de la organización campesina, surgieron intentos de enmienda, agregando nuevas secretarías o vocalías para agricultura, salud, artesanía, etc., o multiplicando comités encargados de dichas áreas.

Los retos económicos del desarrollo llevaron a su vez a querer dar a la organización campesina una cierta “capacidad empresarial” y aparecieron las empresas y cooperativas comunales o multicomunales.

Los resultados de ese afán organizativo de los legisladores y los responsables de programas de desarrollo fueron variados.

En muchos casos, exigidas por la necesidad de un reconocimiento legal y/o de un apoyo externo, las comunidades sustituyeron su organicidad tradicional por la moderna, dejándose ganar progresivamente por la racionalidad de la misma y olvidando poco a poco las bases de la suya.

En otros casos, el nuevo marco provocó la división: mientras algunos intentaban conservar la racionalidad ancestral dentro de la legalidad impuesta, otros (los de mayores recursos y aquellos “jóvenes dinámicos y abiertos” que tanto nos gustan) empezaron a utilizar las nuevas estructuras para consolidar su apropiación de las tierras, los excedentes y el poder comunales.

En otros casos todavía, la comunidad se esforzó por realizar una adaptación de su propio sistema a las normas determinadas por la sociedad “nacional”. Adecuaron los nombres de las autoridades, redistribuyeron las responsabilidades entre ellas, intentando mantener su ancestral racionalidad organizativa.

Es interesante constatar que las comunidades que lograron preservar su unidad y coherencia suelen ser las del tercer grupo. ¿Por qué?

La organización andina está basada en un sistema de “cargos” y responsabilidades que no tienen por único objetivo la “administración” de algunos elementos de la vida en común sino que abarcan la gestión del territorio con sus recursos, la preservación, reproducción y evolución de los conocimientos y normas propias, la conservación y adaptación de la vida, identidad y personalidad comunales, etc.

Estos “cargos” corresponden a las necesidades permanentes de la comunidad y por ello ésta se preocupa de asegurar su continuidad en el tiempo: más que un sistema de “elección” como el que tenemos, los cargos andinos significan un verdadero sistema de formación de los comuneros y de preparación de dirigentes. Por ello tales cargos están distribuidos en una verdadera escala que el comunero ha de recorrer a lo largo de su vida hasta llegar al Consejo de Ancianos. Y el criterio para asumirlos no es tanto el “electoral” sino el de “obligación” de acuerdo a antecedentes, capacidades y recursos de cada comunero.

Los sistemas organizativos que imponemos a las comunidades andinas suelen obligarnos a una casi permanente intervención externa para “capacitar” y vigilar el adecuado funcionamiento orgánico. Nos pasamos la vida “dictando” cursillos para líderes, dirigentes, administradores, etc.

En todo caso, en nuestras intervenciones, deberíamos diferenciar aquello que ha de significar una necesidad permanente de la organización, tratando entonces que pueda ser asumido dentro de la racionalidad de los “cargos” andinos, y aquello que requiere una capacidad transitoria de organización y que podría quedar como un “brazo” especial, llámémoslo “comité” o de otra manera.

Los “cargos” son responsabilidades y obligaciones que, más allá de su función específica, desempeñan un papel clave en la coherencia y continuidad comunales. Los “brazos” pueden ser simples instrumentos temporales, herramientas que una necesidad o una coyuntura exigen para resolver algún punto de una vez para siempre.

(a partir del Seminario de Evaluación y Perspectivas de CICDA Chumbivilcas, Arequipa, junio 85 y de la presentación de Hilda Araujo en el Seminario-Taller sobre “Desarrollo rural y uso cuidadoso de los recursos naturales en la sierra del Perú”, DSE-INP, Colca-Arequipa, abril 87)

31. EL SISTEMA EDUCATIVO ANDINO

Nuestros proyectos de desarrollo rural andino multiplican actividades de “capacitación” para que los campesinos sepan manejar las tecnologías, las infraestructuras y los servicios que queremos “transmitirles”, “transferirles”.

Esta labor nuestra suele ser enfocada como una sub-educación frente a la verdadera Educación a la cual el campesino “no tiene acceso”, una sub-educación “funcional” que sirve para aplicar determinados conocimientos y técnicas.

Otra característica es que dicha capacitación parte de un verdadero desconocimiento de la realidad, desconocimiento que se manifiesta tanto en la interpretación de la problemática como en las propuestas de la “solucionática”.

Podríamos hacer todo un listado de las deficiencias de nuestras capacitaciones, partiendo de su concepción del saber, de las metodologías, hasta llegar a los resultados contradictorios. Pero ¿qué alternativas?

Deberíamos cuando menos tener la curiosidad de mirar un poco la realidad. Vemos que los campesinos tienen todo un bagaje de conocimientos y habilidades. ¿Cómo los adquirieron?

Mucho hemos hablado de “educación informal”, aquella que se da en la vida cotidiana, en el trabajo, el recreo y la convivencia. El adjetivo “informal” de alguna manera restaba seriedad a ese tipo de educación, la hacía aparecer como poco sistemática, espontánea y desordenada.

Sin embargo, al acercarnos un poco más a las prácticas campesinas, vamos descubriendo un verdadero “sistema educativo andino”. Es normal que no lo hayamos podido detectar fácilmente: es tan diferente del nuestro. Pero existe y merece ser conocido ya que, sin él, hace tiempo que ya no habría sociedad andina.

La organización social es la base del sistema educativo andino, un sistema que articula lo educativo a las múltiples responsabilidades y “cargos” del funcionamiento familiar y comunal y que se asienta al mismo tiempo en la rotación y especialización de “cargos” para tratar de responder a todas las necesidades educativas del grupo. Acostumbrados a lo educativo como una actividad específica, aislada en el tiempo y el espacio, teníamos dificultad para descubrir este sistema inserto y compenetrado con las demás dimensiones de la vida.

Resulta también que el sistema educativo andino tiene su “currículum” de estudios, pero es tan poco parecido al nuestro que no podíamos detectarlo. El “currículum” andino no está basado en temas o “materias” sancionadas por un examen o un diploma. No existe una sanción específicamente “educativa” en el sentido nuestro ya que lo que se logra al

cumplir con un elemento del curriculum es el derecho y obligación de asumir nuevas responsabilidades en el ámbito familiar y comunal.

Así, en la familia, el niño de 4-5 años que haya ayudado satisfactoriamente al pastor en sus tareas habrá de asumir él mismo el pastoreo. La niña que ya sepa hilar bien pasará a la fase del tejido. El adolescente que haya demostrado su capacidad de conducir y negociar los animales de su propiedad o la adolescente que haya administrado adecuadamente las reservas alimenticias de la familia tendrán una nueva responsabilidad, la de constituir su propia organización familiar. Etc.

Resulta que ya conocíamos bastante todo lo planteado en el párrafo anterior. Se trata de algo común a todos los grupos populares en los que los hijos suceden a los padres en sus actividades. Pero es interesante descubrir lo sistemático de estas prácticas en el ámbito campesino andino, la seriedad con la cual se realizan en la noche la evaluación del día y la elaboración de un conocimiento a base de esa práctica.

La cosa se pone aún más interesante en el ámbito comunal. La organización campesina requiere gente con conocimientos y capacidades para conducir y ejecutar las múltiples actividades de gestión de su territorio y su grupo social. El propio sistema de “cargos” se encarga de formar a la gente.

El adolescente, además de sus oportunidades para participar en actividades comunales diversas donde aprende las normas y las prácticas, ya va asumiendo responsabilidades como ayudante de “cargos”. Colaborando con el titular en el cuidado de las rotaciones de pastizales, en la vigilancia de sementeras, en la distribución del agua u otras tareas, se forma para poder desempeñar él mismo esos cargos más tarde.

Progresivamente tendrá que asumir los diferentes “cargos” (de la misma manera que el estudiante moderno pasará de “grado” o “año”) hasta llegar a las responsabilidades máximas en la comunidad y alcanzar así el título mayor, el “doctorado” andino, es decir la pertenencia al Consejo de Ancianos.

El sistema educativo andino existe aunque resulte imposible describirlo más detalladamente en estas páginas. Aprendamos a reconocerlo y a lo mejor nos evitaremos muchas desilusiones en nuestras acciones de “capacitación”.

(a partir de la presentación de Hilda Araujo en el Seminario-Taller sobre “Desarrollo rural y uso cuidadoso de los recursos naturales en la sierra del Perú”, DSE-INP, Colca-Arequipa, abril 87; del documento “Elementos de una política de autoformación para el autodesarrollo campesino”, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, set. 87; de conversaciones con Verónica Cereceda en Oruro, set. 87)

32. ¿RACIONALIZAR U OPTIMIZAR?

Cada vez que intentamos provocar la reflexión cuestionando el vocabulario empleado, brincan los afectados denunciando “juegos de palabras gratuitos y poco serios para quienes trabajan en desarrollo rural”.

Sin embargo, seguimos pensando que los términos, sin darles un valor absoluto, son excelentes instrumentos para evidenciar actitudes y comportamientos semiconscientes. ¡Cuántas veces hemos visto caer en el vacío y la indiferencia largas explicaciones sobre la relación técnicos-campesinos, mientras explotaba el debate (rabioso al inicio) luego de habernos referido a los “dictadores” de charlas, a los “benefactores” de campesinos “beneficiarios”!

Para profundizar una reflexión sobre la intencionalidad de nuestros objetivos y sus eventuales contradicciones o imprecisiones, nada mejor que retomar tantos verbos como “racionalizar”, “adecuar”, “aumentar”, “maximizar”, con los cuales solemos encabezar la definición de nuestros objetivos de desarrollo, o sus correspondientes adjetivos “racional”, “adecuado”, “creciente”, “máximo”...

“Racionalizar” y “racional” son dos vocablos mágicos que repletan los textos y las conversaciones sobre extensión rural. ¿Qué significan?

Conllevan un juicio implícito pero categórico sobre las prácticas campesinas. Estas serían “irracionales”. El campesino andino sería un ser poco inteligente que se desempeña bajo el impulso de la “tradición”, entendiendo ésta como la inercia repetitiva de actos mecánicamente transmitidos de generación en generación.

Un esfuerzo por “racionalizar” implica para nuestras mentes enseñar al campesino, por un lado, a aprovechar mejor las oportunidades del mercado produciendo más y, por otra parte, a cuidar mejor sus recursos que sus actuales prácticas contribuyen a erosionar y degradar.

Pero ¿quién es finalmente más “racional”? Nosotros tenemos “nuestra” racionalidad y ésta se rige básicamente en función del mercado y de conocimientos mecánicamente importados de otras latitudes. Pretendemos lograr mayor producción y productividad porque los centros urbanos de consumo requieren alimentos y materias primas. Es decir que nos guiamos casi exclusivamente por una racionalidad de tipo cuantitativa que consiste en “aumentar”, “maximizar”. Vemos la naturaleza, el territorio campesino, bajo el filtro de “recursos” productivos que hay que “explotar” por un lado y “cuidar” por otro lado de los peligros que entraña su explotación.

Ese mismo “cuidado” de los “recursos” suele ser bastante simplista. Un ejemplo. Nos han remachado muchas veces que la erosión es un peligro y que para evitarla hay que trabajar

según curvas de nivel: “capacitamos” y “concientizamos” al campesino para que haga surcos de nivel, para que reconstruya andenes, etc. ¡Y los años de lluvias fuertes arrastran diez veces más tierra fértil en nuestras líneas “a nivel”, destruyendo nuestros andenes!

¿Es el campesino tan “irracional”? ¿Acaso han visto alguna vez campesinos con recursos suficientes desaprovechar oportunidades reales de crédito adecuado, tecnologías capaces de aligerar y mejorar su trabajo en condiciones compatibles con su propio sistema, precios convenientes y estables en el mercado? Sino ¿por qué la actual proliferación de cultivos de coca en las zonas aptas para ello?

No. Lo que sucede es que pretendemos obligar al campesino a abastecer las ciudades de alimentos mientras las políticas nacionales de importación alimentaria tiran los precios por los suelos, mientras cualquier aumento de producción provoca una inmediata caída de los precios.

¿Por qué se vino abajo el cultivo del trigo en todos los Andes en los años 20? Porque, bajo pretexto de la sequía en el sur andino, comenzó una sistemática invasión del mercado por trigo norteamericano donado y por tanto barato. Cultivos y molinos quedaron abandonados. En el Norte Potosí-Chuquisaca se derrumbó todo un sistema muy elaborado de producción y comercialización indígena de granos.

Miremos y aprendamos a reconocer la racionalidad de los comportamientos y prácticas campesinas (sabiendo que el saber andino ha sido desestructurado en muchas partes, por los españoles primero, por nuestros modelos de desarrollo luego).

Sucede que el campesino andino se guía por una racionalidad menos simplista que la nuestra, tomando en cuenta las experiencias con tantos comerciantes y “desarrolladores” que ya trataron de seducirlo o presionarlo antes que nosotros, cuidando las interrelaciones entre su trabajo en una parcela y las realidades y posibilidades de reciprocidad con la naturaleza, de coherencia de la organización social como proveedora de estabilidad y continuidad, de satisfacción a mediano y largo plazo de sus necesidades de reproducción, etc.

Nuestro afán por “racionalizar”, además de su connotación denigrante del campesino y del saber andinos, entraña una peligrosa tendencia a querer reemplazar una racionalidad por otra, más pobre, más esquemática, más ignorante de la realidad andina. No significa “aportar algo más” sino “sustituir”.

Por ello a menudo preferimos en nuestro caso hablar de “optimizar” en lugar de “racionalizar”. “Optimizar” tiene el sentido de tratar de alcanzar “lo mejor posible”... dentro de la racionalidad, los conocimientos, los intereses del propio campesino. Es decir que implica partir de lo suyo y, sobre esta base, buscar formas de mejorar gracias a nuevos aportes (de conocimientos, de técnicas y sobre todo de condiciones para el desarrollo) que puedan enriquecer sus prácticas, sus estrategias, sus perspectivas.

Los “racionalizadores” pretendemos ser los salvadores de campesinos ignorantes, irracionales, absurdamente encerrados en tradiciones retrógradas. Si buscamos mas bien ubicarnos en un enfoque de “optimización”, quizás nos convirtamos en colaboradores de un campesinado actor y conductor del desarrollo rural andino, aceptando nuestras propias ignorancias pero aprovechando al máximo nuestro potencial de aportes de todo tipo. Ayudaremos al campesino a vivir mejor en las actuales circunstancias y a pasar de una estrategia de supervivencia a una de desarrollo cada vez que se reúnan condiciones favorables para ello.

(a partir del “Informe del Seminario de Programación”, PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, diciembre 86)

33. TECNOLOGÍAS: DEL “PAQUETE” AL “ABANICO”

El trabajo de extensión rural suele consistir en la difusión y aplicación de “paquetes tecnológicos”. Es decir que los centros de investigación, estaciones experimentales y otros organismos especializados se fijan una meta productiva, tratando de salvar los “cuellos de botella” detectados por los técnicos de campo, y arman una propuesta pretendidamente completa. Luego toca a los extensionistas llevar tales propuestas-paquetes a los campesinos.

De ahí que la principal preocupación del personal de campo se encierra comúnmente en querer conocer mejor dichos paquetes y sus detalles técnicos, así como aprender métodos y trucos que les faciliten una labor de convencimiento a nivel campesino.

Todo ello está generalmente inspirado en una planificación macro-económica que busca aprovechar las “ventajas comparativas” supuestas o reales de una zona, de acuerdo a la necesidad de “generar excedentes” productivos para el mercado nacional e internacional, desconociendo muchas características de la ecología local, de la realidad socio-económica y de la racionalidad y los ritmos en las decisiones campesinas.

Semejante planteamiento tiene muchas facetas contradictorias.

Una de ellas, para los proyectos de desarrollo rural, es que los principales “beneficiarios” de tales acciones no son los campesinos más pauperizados y marginados (calificados como “grupo-meta” prioritario en los objetivos de programas) sino los más pudientes: los más cercanos a centros urbanos o semi-urbanos, los que cuentan con recursos suficientes para aprovechar los “paquetes” y para ser “sujetos de crédito” de algún Banco o Fondo Rotatorio.

Ello en realidad no ha de preocupar mucho a la mayoría de nuestros técnicos que se interesan concretamente por los aumentos de producción y productividad y para quienes el “desarrollo” no es más que una palabra hueca.

Otra contradicción (que sí puede ser entendida por quienes sólo se interesan en “lo técnico”) es la casi imposibilidad de aplicación masiva de “paquetes” en las condiciones andinas.

Por un lado la realidad de los ecosistemas andinos es demasiado diversificada: la proliferación de relieves, suelos, microclimas y otros conduce a un mosaico casi único en el planeta; la parcelación de la tierra (por el minifundismo pero también por las estrategias campesinas de acceder a múltiples pisos y micropisos ecológicos) aumenta la dispersión; dificultades de transporte encarecen los insumos exteriores, disminuyen los precios de venta y traban el seguimiento y asistencia técnica de los especialistas del “paquete”; etc.

Por otro lado, quizás la mayoría de los suelos cultivados en los Andes altos son considerados inapropiados para la agricultura por el Sistema Universal de Clasificación de Suelos, guía de los “paquetes” modernos.

Por fin, la cultura tecnológica del campesino andino es diferente de la cultura tecnológica en la cual se inspiran dichos “paquetes” y lo lleva a una aplicación inadecuada y a menudo contraproducente: los ejemplos abundan, especialmente en el manejo de fertilizantes químicos y de pesticidas.

No sigamos con las contradicciones. Busquemos sus causas.

La principal es el carácter cerrado de dichos “paquetes”. El nombre mismo lo indica. Un paquete sirve para envolver, encerrar una serie de cosas para que no se escapen y se pierdan.

Algunos pretenden que puede tratarse de un paquete “abierto”. Pero, por más esfuerzos que se hagan, sigue siendo bastante cerrado. Ello proviene de las limitaciones del enfoque de sistemas que se está empleando en la elaboración de “paquetes tecnológicos”. Se trata de un sistema fundamentalmente “biológico”, es decir encerrado en la física y química que afectan la biología de la planta o del animal. “Abrir” el sistema, el paquete, obligaría a abarcar las dimensiones sociales, organizativas, económicas (en un sentido amplio y no solamente en términos de rentabilidad monetaria-comercial), políticas, culturales y otras del trabajo productivo. Y eso es mucho pedir a un “paquete tecnológico”.

En lugar de seguir tratando de “mejorar” el “paquete tecnológico”, intentemos mas bien revisar el enfoque. No cabe duda que el campo requiere aportes y apoyos de la sociedad moderna (y también entre zonas de la sociedad andina). Pero le toca al propio campesino tomar la decisión sobre lo que le conviene y lo que no le conviene dentro de su estrategia y racionalidad económicas. Propongámosle entonces una serie de alternativas para que vaya experimentando, adaptando, transformando. Es decir que, en vez de un “paquete tecnológico” cerrado, ofrezcamos una serie de posibilidades, un abanico amplio donde escoger y probar hasta adecuar su propio sistema.

Todo está interrelacionado y cada modificación obligará a revisar otros elementos del sistema. Pero, el campesino conoce mejor que nosotros la dinámica amplia de las interrelaciones. Nuestro papel habría de consistir en ayudarle a comprender y manejar implicaciones de los nuevos elementos.

Quizás ello choque un tanto a los adalides de “tecnologías adecuadas” quienes suelen decidir ellos mismos qué podría ser lo “adecuado” para el campesino y tienden a caer en un nuevo “paquetismo” de “tecnologías intermedias” descontextualizadas, acultaradas, con pretensiones de universalidad.

Quizás también los amigos técnicos de campo se asusten ante ese nuevo tipo de labor, porque les habrá de significar mayor trabajo en formarse para conocer a fondo las tecno-

logías modernas, sus contextos, su origen, sus implicancias, de tal forma de ser capaces de acompañar al campesino en su proceso.

Pero creemos que sólo partiendo del sistema campesino, respetándolo y enriqueciéndolo, en lugar de querer sustituirlo por el sistema moderno encerrado en el “paquete”, podremos lograr un desarrollo tecnológico adecuado y continuo.

(a partir del “Informe del Seminario-taller para extensionistas”, PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, agosto 86)

34. LOS ACTORES DEL DESARROLLO RURAL ANDINO

¿Quién o quiénes han de conducir el proceso de desarrollo rural andino? Por supuesto los proyectos, tanto privados como públicos, suelen irrogarse el derecho a una conducción provisoria, “hasta tanto los actores permanentes estén en capacidad de asumir sus responsabilidades”. Pero, ¿quiénes son dichos actores permanentes? Hablamos casi siempre de Estado, de campesinado, de organizaciones campesinas... Pero pocas veces estamos claros al respecto.

Los problemas en cuanto al papel del Estado no son nuevos ni específicos. Se les encuentra a lo largo de todos los Andes. Son en gran medida consecuencia de la realidad de los Estados nacionales, de su construcción incipiente, de su sobredimensionamiento administrativo que no concuerda con el tipo y grado de formación de las sociedades y conciencias nacionales, de los aún grandes divorcios entre sociedad civil y sociedad política, etc.

Sin embargo, el Estado aparecía naturalmente como el principal encargado de promover y conducir el desarrollo rural andino. Es lo que pretendían tanto los gobernantes como los funcionarios. Es lo que impulsaban los modelos de desarrollo introducidos desde afuera.

Así la cooperación bilateral y multilateral de los últimos decenios se asentó en una estrategia que priorizaba ante todo la construcción de una capacidad estatal de conducir y realizar el desarrollo nacional. Los proyectos de cooperación fueron concebidos como instrumentos para favorecer la introducción y acción de los Estados nacionales en temas y territorios a los que no llegaban aún. La cooperación internacional pretendía abrir el camino, obligar al Estado a asumir sus responsabilidades (seduciéndolo con las “donaciones” y exigiéndole aportes de “contraparte”), para luego “transferirle” una capacidad instalada (herramientas de trabajo, obras realizadas, personal entrenado).

Los fracasos fueron tan estridentes como las ilusiones originales. Y estamos hoy en día en una situación de confusión generalizada de la cooperación internacional. Hasta ahora la crisis ha tenido tres tipos de respuesta:

Unos pocos siguen intentando recorrer el anterior camino (¿por terquedad?, ¿por iniciarse recién en la materia?) sin mayores modificaciones.

Otros se reafirmaron en cierto trasfondo colonial de la cooperación clásica y, conscientemente, sostienen proyectos cuyos objetivos oficiales nunca serán alcanzados pero que sirven a consolidar un determinado gobierno; a lograr ciertos efectos ideológicos coherentes con sus propias necesidades geopolíticas; a evitar el desarrollo de otras opciones.

Ciertos gobiernos “cooperantes” buscan desembarazarse de las comprometedoras o ineficientes relaciones directas con los Estados nacionales y transfieren sus fondos de “ayuda al Tercer Mundo” a asociaciones privadas de sus propios países, las que tienen mayor libertad para apoyar proyectos de instituciones u organizaciones privadas de las naciones “receptoras”.

El tercer tipo de respuesta está comenzando a suscitar reacciones de los Estados nacionales que se sienten amenazados por la competencia de las organizaciones no gubernamentales (ONG). Por un lado se multiplican las presiones y los controles sobre las actividades de estas últimas. Por otra parte se combate, allí donde es posible (es decir sobre todo a nivel de organizacionales multinacionales como las del sistema de las Naciones Unidas), la posibilidad de tratar con no-gubernamentales.

De alguna manera los Estados tienen razón: ¿cómo dejar la conducción del desarrollo a intermediarios particulares? Más aún cuando estos tienen probablemente menos capacidad de negociación que el propio Estado ante los “donantes” extranjeros de los que casi todos los proyectos rurales dependen.

Veamos ahora la otra cara de la medalla: la propia realidad andina. La única época en que se puede afirmar que haya verdaderamente existido un proceso de desarrollo en los Andes es la precolombina (sin tampoco idealizar esta fase) y toda esa historia corresponde de hecho con una larga y progresiva construcción de Estado, de un Estado que sí supo jugar un papel de conducción y fomento del desarrollo rural.

Pero no era, como en la sociedad andina contemporánea, un Estado artificial, creado en aplicación de esquemas exteriores. Era un Estado que fue adquiriendo paulatinamente las dimensiones y las funciones que encontraron los españoles a su llegada. Un Estado que fue la prolongación a veces natural y a veces impuesta de un sistema de Estado y gobierno que existía en el territorio de las organizaciones básicas de la sociedad: los ayllus, las federaciones de ayllus, los reinos, etc.

Es decir que el Estado fue creciendo a medida de las capacidades y necesidades de las propias bases. Es la capacidad de conducción de las organizaciones andinas de base la que generó la capacidad de conducción del Estado. El saber, saber-hacer y poder de aquellas fue el sustento del saber, saber-hacer y poder de éste. Las organizaciones andinas aparecen así como la clave del Estado andino precolombino y de los éxitos que haya alcanzado.

Los actores principales del desarrollo rural en los Andes contemporáneos han efectivamente de ser el Estado y las organizaciones campesinas andinas. Pero, para lograrlo, se necesita voltear la tortilla. En lugar de basarlo todo en el actual Estado y de intentar crear organizaciones campesinas a su imagen y semejanza, habría que partir de las organizaciones andinas y, a través de ellas, con ellas, bajo la conducción de ellas, ir reconstruyendo un Estado capaz de intervenir acertadamente en la conducción del desarrollo rural andino.

Por ello diríamos mas bien: las organizaciones campesinas andinas deben ser entonces el actor principal en esta conducción. Rescatémoslas, revaloricémoslas, ayudémoslas a pasar de la estrategia de supervivencia en la cual quedaron encerradas a una estrategia de desarrollo.

*(versión a partir del “Informe del Seminario-taller para Extensionistas”,
PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, agosto 86)*

35. EL “TERRITORIO” DEL DESARROLLO

Una de las principales limitaciones de los proyectos de desarrollo rural andino es su incapacidad para encontrar pautas claras que sirvan a delimitar unidades espaciales de trabajo.

El tema es objeto de permanentes confusiones y polémicas. Cada disciplina académica y cada sector administrativo aportan sus propios criterios de clasificación y ordenamiento. Resultan de ahí, por un lado, luchas y reivindicaciones de pueblos incorporados a regiones, microrregiones o departamentos con los cuales discrepan y, por otra parte, complicaciones infinitas porque una misma localidad puede pertenecer a una unidad político-administrativa determinada, a otra región de salud, a una tercera zona de educación, a un cuarto ámbito judicial, etc.

El problema proviene principalmente de la visión desde la cual las diferentes autoridades “nacionales” intentan distribuir el espacio del país para lograr una intervención más eficiente. Es decir que se trata de un enfoque “externo”, de “intervención”, en el cual cada uno concibe su papel como decisivo y prioriza la búsqueda de la eficiencia propia sobre la eficiencia global del desarrollo.

Los “desarrolladores”, en su afán de resultados aparentes, de metas cuantitativas, de demostración de capacidad institucional, se han olvidado de un concepto clave del devenir histórico de los pueblos, el concepto de “territorio”.

El “territorio” es algo que va mucho más allá de la simple noción de espacio. Con el riesgo de equivocarnos quisiéramos plantear cinco dimensiones básicas de lo que es un “territorio”, partiendo de que éste nace de la compenetración de un espacio físico y una colectividad humana.

- El territorio tiene una dimensión geográfica en la medida que comprende un determinado espacio físico con todas sus características.
- Tiene una dimensión “social” ya que articula un grupo unido por lazos de sangre e historia; es decir que lo “social” adquiere aquí la particularidad de “nacional” o “étnico”.
- Tiene una dimensión política en el sentido que es la unidad jurisdiccional de una autoridad común, sea ésta oficial y reconocida (en un territorio nacional moderno), sea paralela o semi-clandestina (en territorios tradicionales andinos, en muchos casos).

- Tiene una dimensión cultural por cuanto las peculiaridades del espacio natural y de la relación/aprovechamiento de éste por el grupo influyen sobre la mentalidad y el carácter de sus habitantes.
- Tiene una dimensión ideológica que se expresa en el sentimiento de pertenencia que une a su población en una perspectiva histórica común, en un pasado, presente y futuro compartidos, más allá de las diferencias u oposiciones de roles, clases y hasta razas.

Como tal, el “territorio” tiene entonces un potencial extraordinario como “unidad de desarrollo”.

Es lo que tienen dificultad para entender nuestros técnicos y políticos deformados por una sociedad moderna que secciona la realidad según tipos de actividades, intereses o recursos.

De hecho, el “territorio” no se corresponde necesariamente con una unidad de gestión de recursos (como la cuenca hidrográfica), ni con un área económica homogénea o verticalmente integrada (zona agroecológica o zona de influencia de un “polo de desarrollo”), ni con una división administrativa (distrito, cantón, provincia...), ni con una clase social.

Pero el concepto de “territorio” es clave si se quiere realizar un trabajo de auténtico desarrollo. Ofrece por ejemplo posibilidades para la integralidad del proceso, pudiendo abarcar el conjunto de potenciales, situaciones y necesidades dentro de un ámbito y una autoridad comunes. Ofrece también garantías para la continuidad del mismo proceso porque la pertenencia no se da alrededor de uno que otro elemento común sino acerca de las cinco dimensiones señaladas.

Su importancia puede verificarse a través de dos hechos opuestos. Por un lado, la preocupación por el “territorio” es una constante de aquellos grupos andinos que han conservado la mayor coherencia interna, incluyendo aquí las luchas por defenderlo, reconstruirlo si fuera amputado o ampliarlo si se volviese insuficiente, y los esfuerzos por transformarlo de acuerdo a una visión de futuro, lo que algunos llaman “proyecto histórico”.

Por otra parte, la pérdida de la realidad o conciencia territorial es uno de los factores y resultados determinantes de los procesos de migración urbana que se aceleraron en los últimos decenios. Al desconocer, negar y hasta combatir los “territorios” tradicionales, la sociedad moderna destruyó la dimensión histórica colectiva y dejó la gente librada a proyectos individuales que derivan rápidamente hacia las tierras de “oportunidades” que pretenden ser las ciudades.

Las mismas ciudades han ido perdiendo su vieja “territorialidad” que se expresaba en barrios y la han reemplazado por la prioridad a servicios y comodidades. La falta de

comprensión de la dimensión territorial es precisamente una de las debilidades mayores de los proyectos que trabajan en asentamientos urbanos marginales. No es casualidad que los mayores éxitos de construcción de una sociedad urbana se den en zonas donde, conscientemente o no, se está reencontrando la “territorialidad” como eje de desarrollo. Villa El Salvador en Lima es un ejemplo de ello.

Sabemos que una de las principales contradicciones y debilidades de nuestros proyectos de desarrollo rural andino es la dificultad en definir unidades de trabajo. Volvamos los ojos hacia el “territorio”. Reaprendamos la “territorialidad”.

(a raíz de la lectura de “Territorio, economía y sociedad paez” de María Teresa Findji, CIDSE-U. del Valle, Cali, 1985 y de conversaciones con Víctor Daniel Bonilla en marzo 86)

36. EL CAMPESINO COMO “INSUMO” O COMO “ACTOR”

Uno de los principales factores de incomunicación entre proyectos de “desarrollo” y campesinos andinos se encuentra en la visión desde la cual aquellos se acercan al campo. Dicha visión se caracteriza por el siguiente enfoque:

- El campo existe en cuanto productor de alimentos y materias primas para los centros urbanos y las industrias;
- Esa función productora se cumple de acuerdo a recursos disponibles y peculiaridades ecológicas;
- Para obtener los alimentos y materias primas requeridos, el país necesita que los recursos sean aprovechados al máximo gracias a una gestión “racional” y a una tecnología orientada hacia la mayor producción y productividad posibles.

Semejante enfoque, clásico en un sinnúmero de proyectos planificados desde conceptos macro-económicos, tiende a reducir al campesino a la condición de simple “insumo” del proceso productivo, un insumo que los técnicos han de “capacitar” para que pueda desempeñar adecuadamente su función.

No se puede negar que determinados proyectos en el mundo hayan logrado impactar en el campo con este enfoque y hayan conseguido aumentos de producción y productividad. Ello ha sucedido al trabajar en zonas integradas al mercado, con “ventajas comparativas” que les permitían ser más o menos competitivas en el mismo o con políticas estatales de fomento a la producción a través de precios adecuados y garantizados:

- El “productor” o “agricultor”, cuya economía ya era fundamentalmente dependiente del mercado agropecuario, aprovechó la oportunidad para especializarse aún más y tratar de obtener mayores ingresos de la explotación de sus recursos;
- “Campesinos” con recursos físicos suficientes y/o con motivaciones socio-culturales apropiadas (situación de pobreza insostenible o deseos de ascenso socio-económico) se decidieron a dar el salto de una racionalidad campesina a otra de productor especializado para el mercado.

En los Andes, sin embargo, semejante acercamiento al campo por parte de los proyectos de “desarrollo” suele conducir a grandes equívocos y a una incomunicación insoluble:

- La región andina, salvo poquísimas excepciones, no cuenta ni con “ventajas comparativas” para una producción agropecuaria masiva a precios de mercado internacional, ni con políticas nacionales de precios de fomento; sucede mas bien lo contrario;
- El campesino andino pocas veces vive de una producción agropecuaria especializada y desarrolla mas bien una estrategia económica de diversificación en la cual, sobre la base de su autoabastecimiento en ciertos productos que le garanticen su estabilidad y reproducción, combina una serie de actividades (agropecuarias o no) que pueden ser de tipo permanente o bien guiarse por las oportunidades en el mercado de bienes o en el de trabajo.

Al acercarse al campesino andino con un enfoque básicamente de “producción”, los proyectos de “desarrollo” logran difícilmente establecer relaciones de colaboración y comprensión y caen mas bien, tarde o temprano, en relaciones de presión y represión, y a menudo de engaño mutuo (promesas imposibles de cumplir de una parte y otra).

Además de las carencias en las políticas nacionales de “desarrollo” y en las administraciones encargadas del mismo, el problema reside en la pobreza de los conceptos económicos que manejan los proyectos.

Estos parten de conceptos e instrumentos económicos de tipo macro, es decir elaborados para el manejo de una economía nacional grande cuyos componentes están reducidos a abstracciones. Tratan de aplicarlos a la realidad local, micro, olvidando que el campesino es un “actor” económico y no un simple “insumo” adecuado a la “abstracción” en la cual se le ha incluido.

Como actor, el campesino tiene su racionalidad económica, su racionalidad de gestión, sus propias estrategias. Un proyecto que desea trabajar con campesinos requiere entonces comprender las racionalidades y estrategias existentes, a fin de poder partir de ellas y fomentar su mejoramiento y desarrollo. Para eso necesitamos conceptos e instrumentos económicos que nos permitan acercarnos a lo micro, a lo campesino, a lo andino, y entenderlo.

Algo se ha avanzado en este sentido desde los años 70 por parte de algunos investigadores, muy poco por parte de los proyectos de “desarrollo”. En ambos casos falta aún muchísimo camino que recorrer.

(a propósito del informe “Comunicación e incomunicación en el Proyecto de Riego Altiplano-Valles / IBTA-GTZ”, Cochabamba, febrero 88)

37. ¿"TRANSFERENCIA" O "RETIRADA"?

Gran parte de las dificultades halladas en la implementación de "nuestros" proyectos de desarrollo rural andino provienen del divorcio entre campesinos y nosotros en cuanto a racionalidades, a formas y capacidades de gestión de ese desarrollo. A medida que vamos comprendiendo eso, habremos de revisar no solamente nuestras estrategias de "transferencia" sino también aquellas concepciones en las cuales éstas se sustentan.

Por más que muchas instituciones se llenen la boca con grandes discursos sobre el "campesinado" (o cualquier otro nombre que se le quiera dar), los "proyectos" concretos suelen tener preocupaciones más "pragmáticas": realizar una obra y lograr que se use; introducir tal o cual innovación tecnológica; capacitar a "promotores" y/o "líderes" susceptibles de difundir las mejoras propuestas...

Así terminamos obsesionados por los instrumentos de trabajo: las infraestructuras, los insumos, los conocimientos técnicos y, de manera más amplia, el proyecto mismo con su estructura, sus metas, su administración "racional", etc.

Ello se manifiesta por ejemplo en nuestros criterios de evaluación. Comúnmente nos dedicamos a verificar si se ha cumplido o no con hacer la obra, la innovación, la capacitación. Cuando, en el mejor de los casos, llegamos a hacer evaluaciones "ex-post", o sea un tiempo después de la finalización del proyecto externo, también nos concentramos en comprobar si se siguen usando la obra, la innovación, los conocimientos.

Es decir que tendemos a guiarnos por un enfoque en el cual lo prioritario son los instrumentos, los "objetos".

Durante decenios prevaleció un tipo de "desarrollo" en el cual el campesino era un simple "objeto" de trabajo. Luego hemos pretendido reconocerle su condición de "sujeto". Pero continuamos postergándolo porque nuestro interés principal está en los "objetos".

Ello se expresa en el concepto de "transferencia" que solemos manejar. Ahí lo central es el "objeto": la obra, innovación o conocimiento técnico. La transferencia consiste en que nosotros, como "actores" o "sujetos", entreguemos un "objeto" perfecto, "racional", a los "actores" o "sujetos" permanentes del desarrollo (campesinos y/o aparato estatal normal).

Sucede sin embargo que el desarrollo no es una acumulación de "objetos" sino un proceso y que, como tal, su eje está en los "actores" o "sujetos" y no en los "objetos".

Detrás del aparatoso problema de la "transferencia" encontramos entonces un problema mayor: las responsabilidades respectivas de cada actor o tipo de actor del proceso de desarrollo.

¿Cuáles han de ser las responsabilidades de cada uno? ¿Cuáles han de ser las de los actores permanentes (organización campesina por un lado, Estado por el otro)? ¿Cuáles han de ser las de los actores transitorios (centros privados o proyectos estatales específicos)? ¿Cómo han de darse las relaciones entre este conjunto de actores dentro del proceso de desarrollo y de acuerdo a las responsabilidades de cada uno?

Más que en un problema de transferencia de “objetos”, habríamos de preocuparnos por la necesaria redistribución de responsabilidades.

Redistribución por cuanto, como actores transitorios (como “proyectos específicos”), casi siempre nos hemos adjudicado responsabilidades que no nos correspondían: diseño de actividades de acuerdo a “nuestra” racionalidad y a “nuestras” capacidades. Se trata entonces de devolverlas a quien corresponda.

Redistribución también porque, al disponer de recursos diferentes (financieros, técnicos, informativos...), hemos tenido a menudo que asumir iniciativas susceptibles de abrir nuevos campos y oportunidades de desarrollo. Se trata de no quedarnos en ese rol y mas bien de retirarnos del mismo apenas se pueda.

“Retirarnos”. Quizás tengamos en esta expresión una clave para repensar la mítica “transferencia”. Porque es difícil “transferir” una responsabilidad. Hablemos mas bien de “retirarnos” de una responsabilidad mientras otros (sus titulares estables y legítimos) la “asumen”.

Entonces, no encerremos nuestras preocupaciones en la simple “transferencia de objetos”. Veamos cómo y cuándo retirarnos de responsabilidades que (¿ya?) no nos corresponden, porque somos transitorios o porque nuestro rol ha de ser mas bien de apoyo. Tratemos de diseñar nuestra “estrategia de retirada”.

(a propósito del “Estudio sobre Extensión Rural en el Plan Meris II”, PEPMI-GTZ, Cusco, feb. 88, y a partir de debates internos del Centro Internacional de Cooperación para el Desarrollo Agrícola - CICDA - en 1984 y 1985)

38. EL CALENDARIO DEL DESARROLLO

Desde hace muchos años los agrónomos, zootecnistas y otros especialistas en producción agropecuaria vienen reclamando contra los calendarios anuales empleados por sus proyectos y piden una adaptación que tome en cuenta los ciclos agrícolas y ganaderos.

¿Cómo, plantean ellos, hacer una buena evaluación y programación en diciembre-enero cuando el “año agrícola” se inicia recién en junio, o julio, o agosto?

Muchos proyectos de desarrollo rural han entendido la importancia del reclamo y tratan de combinar las exigencias del Estado y las financieras (que se rigen por el “calendario oficial”, de enero a diciembre) con la realidad del trabajo en el campo.

Pero, ¿se ha logrado así un mayor acercamiento a la realidad? Creemos que no mucho.

Simplemente hemos pasado de un calendario astronómico y oficial a otro que se caracteriza por ser “biológico”. Porque la propuesta de nuestros técnicos agropecuarios parte de un enfoque biológico y pretende que lo fundamental del trabajo esté en la planta y el animal, en sus ciclos de vida.

Resulta que la agricultura y la ganadería dependen también de un personaje llamado “campesino”. Existe un “calendario campesino”, diferente del calendario oficial de la sociedad moderna, diferente también del simple calendario biológico que proponen nuestros técnicos en producción agropecuaria, probablemente más completo y complejo que cualquiera de los otros dos.

De todos estos, ¿cuál habría de ser el “calendario del desarrollo”?

No se trata de adoptar uno y abandonar los demás como inservibles. El calendario oficial existe y es fundamental por cuanto la sociedad moderna es un componente básico de la realidad andina contemporánea. Los ciclos biológicos de plantas y animales son reales y deben ser tomados en cuenta.

Pero necesitamos aprender a conocer el “calendario campesino” y partir del mismo.

Si pretendemos que el campesino sea actor principal de su propio desarrollo, la programación de nuestros apoyos debe hacerse en función de su propia programación, de sus ritmos, de sus ciclos. A lo largo de su práctica milenaria, éste ha aprendido a reconocer los ciclos biológicos de las plantas y animales y a integrarlos en otro conjunto mayor, es decir en su propio calendario de vida y trabajo.

¿Cuántos problemas encontraron por ejemplo nuestros agrónomos cuando, luego de obtener luz verde para su “calendario agropecuario”, vinieron en junio-julio a proponer “sus”

actividades a los campesinos y se encontraron con que estos ya tenían planificado lo que querían sembrar y dónde! ¡Obtuvieron unos terrenos marginales que muchas veces el campesino no había previsto utilizar y que solamente aceptaba trabajar si el “proyecto” ponía todos los insumos!

¿Cuándo programa entonces el campesino? ¿De acuerdo a qué criterios? No hay una respuesta única y válida para todos los Andes. Depende del tipo de relación establecida con el mercado, de la coherencia social y/o étnica que haya conservado o reconstruido el grupo, de muchas cosas más.

Existen varios “calendarios campesinos” en los Andes, de acuerdo a las diferentes realidades económicas, sociales y culturales en que la región se ha dispersado a lo largo de los últimos siglos.

Cada proyecto se encuentra entonces ante el reto de aprender a reconocer cuál o cuáles son los calendarios campesinos en sus áreas de trabajo.

Ninguna especialidad moderna podrá descubrirlos sola. La característica del calendario campesino está en que integra todos los elementos de la realidad: los astros, las estaciones, la biología vegetal y animal, los ritmos de las múltiples actividades del hombre rural, los ciclos de la vida organizativa y cultural, los rituales destinados a “administrar” este calendario, etc. Se requiere un enfoque integral para reconocer y entender un calendario tan integral.

Por ello, cada proyecto necesitaría un equipo interdisciplinario lo más completo posible para acercarse al (a los) calendario(s) de sus áreas de trabajo.

No todos tienen la posibilidad de contar con un equipo tan complejo. Queda entonces la posibilidad de acercarse a dicho(s) calendario(s) a partir de un elemento común a todos: existió un “calendario andino” del cual subsisten un sinnúmero de elementos; las investigaciones al respecto se están multiplicando; estar atento a los resultados de éstas ayudaría a encontrar pistas para descubrir y entender progresivamente cada calendario local.

(a partir de los debates en los Seminarios de Salinas, Turco y Toledo, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, setiembre 1987)

39. EL “CALENDARIO ANDINO”

Un calendario sirve normalmente para distribuir el tiempo, medirlo y ubicar adecuadamente las actividades y hechos que nos interesan.

Como las estaciones climáticas determinan la vida humana, imponiendo sus ritmos, los calendarios han buscado determinar con claridad el año, es decir el ciclo de repetición de las estaciones.

De acuerdo a su propia realidad, cada cultura se ha preocupado de hacer corresponder el inicio del año con un momento importante de su propia reproducción. Según muchos investigadores, el año andino comenzaba en junio con oportunidad de la reaparición de las pléyades y la finalización de una campaña agrícola.

Pero, los ciclos de las actividades humanas no corresponden necesariamente a un año astronómico. Algunos son más cortos, otros más largos.

¿Cuál sería el calendario agrícola andino? El calendario agrícola, de tipo circular, comprendería en realidad varios ciclos.

El más corto, de un semestre aproximadamente, respondería a las actividades específicas de siembra, cuidado de las plantas y cosecha, es decir al ciclo biológico de las plantas.

El más importante, el ciclo agrícola del propio campesino, comenzaría en febrero, con la observación de los primeros indicadores para prever el clima del año, las primeras estimaciones sobre los resultados de los cultivos en curso (y por tanto las disponibilidades para la siguiente campaña) y el inicio de las actividades de barbecho; terminaría unos 16 meses después, con la cosecha.

Otro ciclo sería plurianual, de acuerdo a la alternancia entre sequía, lluvias abundantes y lluvias “normales”. Es más difícil reconocerlo porque estaría cayendo cada vez más en desuso por la pérdida de los conocimientos y de las formas organizativas que permitían su manejo.

Presentamos las informaciones anteriores a manera de referencia e incentivo para la observación. Pero falta muchísimo aún para lograr entender el calendario andino en toda su complejidad y su riqueza.

Sucede que, para seguir avanzando en la materia, necesitamos comenzar por romper un tabú que actúa a manera de freno en la cabeza de nuestros profesionales: la separación entre lo técnico-productivo y lo cultural.

¡Es imposible entender el calendario andino sin comprender que la relación entre el conocimiento de los ciclos y la acción productiva de los campesinos pasa por un calendario “ceremonial”, es decir por los rituales de la cultura andina!

¡El rito expresa y reproduce el conocimiento y lo vuelve operativo, guía las actividades concretas!

Para nuestros profesionales de la “producción”, los ritos andinos han sido hasta ahora algo folclórico y desvinculado de su propio quehacer en el manejo de plantas y animales.

Los escritos y discursos de antropólogos, etnólogos y arqueólogos que, durante decenios, al estudiar las manifestaciones culturales de los pueblos andinos, multiplicaron la descripción de detalles y las clasificaciones estéticas, lingüísticas y otras, tampoco podían interesar mucho a nuestros “técnicos”.

En los últimos años se dieron grandes avances de los “científicos sociales” en tratar de explicar la relación entre lo cultural y las prácticas económicas y productivas de los campesinos andinos. Les toca ahora a los especialistas de la producción aprovechar estos aportes.

¿Acaso el carnaval es una simple fiesta pagana y no tiene nada que ver con el inicio del ciclo agrícola del campesino que mencionamos antes?

¿Acaso somos incapaces de ver que las fiestas y rituales de junio y diciembre corresponden con los solsticios? ¿Que la Candelaria en febrero, las Cruces en mayo, la Virgen de las Nieves en agosto, Difuntos en noviembre (para usar la terminología española) son importantes fechas de observación y previsión del clima? Etc.

Ritos y mitos son mucho más que simples “supersticiones” folclóricas. Son momentos y formas de hacer operacional y accesible a todos un vasto saber sobre la naturaleza y la sociedad. Sirven a la producción, reproducción y utilización del conocimiento y de los valores andinos. Es decir que son parte de un sistema de investigación, de un sistema educativo, de un sistema de trabajo y producción.

Mientras nuestros “técnicos” sigan creyendo que ellos no tienen nada que ver con lo “cultural”, con todos esos ritos y mitos andinos, seguirán siendo incapaces de lograr una mejor comunicación con el campesino andino, de acercarse al calendario andino, de comprender la tecnología andina.

(a partir de debates con Xavier Izko y Juan San Martín en set.-oct. 87 y de la revisión en feb. 88 del libro “Iconografía Mochica” de Anne-Marie Hocquenghem, PUC, Lima 1987)

40. ESTUDIOS Y DEFORMACIÓN DE LOS PROFESIONALES

Uno de los mayores problemas de los proyectos de desarrollo rural andino consiste en conseguir un personal idóneo, preparado para una labor de acompañamiento a los procesos campesinos.

Los proyectos pretenden dirigir sus esfuerzos a los campesinos y no poder perder tiempo en formar su personal. Pero resulta que al personal con experiencia de campo y sin formación profesional le faltan a menudo ciertas bases indispensables, mientras los egresados de universidades e institutos suelen estar tan deformados que se requiere un tiempo más o menos largo (más largo en la medida que hayan sido más los años de estudios) para que se vuelvan “operativos”, para que aprendan cómo se trabaja con campesinos.

Cuatro son las distorsiones principales del sistema educativo moderno que afectan las posibilidades de trabajo en desarrollo rural andino: el desconocimiento de la realidad, la sectorización del conocimiento (especialización), la superficialidad del conocimiento universitario, la preparación a tratar con “objetos” y no con personas y organizaciones sociales.

Los profesionales que salen de nuestras aulas con sus diplomas, sus “cartones”, suelen **desconocer la realidad nacional y local** y estar carentes de concepciones e instrumentos aptos para intentar conocerla. Salen muy imbuidos de muchas verdades que quisieran aplicar mecánicamente.

Sucede por ejemplo con tantos ingenieros agrónomos que llegan con sus títulos a la sierra andina y desean implantar modelos universales de productividad sin imaginar siquiera la racionalidad económico-social de las comunidades.

Con los médicos que arriban al área rural y se ven incapacitados a dialogar con sus “pacientes” y a buscar alternativas acordes con las concepciones, posibilidades y necesidades de estos.

Con tantos científicos sociales que salen a investigar en el campo y que, en lugar de tratar de conocer y comprender la realidad, intentan verificar en ella las “hipótesis” fabricadas en los claustros.

Otra inmensa distorsión de la Universidad es que, en lugar de trabajar en función de la “integralidad”, tiende a **desintegrar el saber y sectorizarlo** de acuerdo a “especialidades”. El profesional universitario, cuando por fin se enfrenta a la realidad, sólo sabe mirar un aspecto de la misma, aquel que corresponde a su especialidad.

Con gente incapacitada para analizar, interpretar, comprender las interrelaciones entre lo que hace o intenta hacer y los demás elementos de la realidad, los proyectos de desarrollo rural andino buscan enfrentar la integralidad yuxtaponiendo especialistas en cada uno de los campos de acción. Pero no basta con ello: antes que la visión de muchos especialistas, se requiere una visión “general”, de “generalista”, para abarcar al conjunto. Lo “general” es una de las principales deficiencias universitarias.

Señalemos también la **superficialidad de los conocimientos académicos**. Por su concepción universalizante del saber, la Universidad privilegia la asimilación de conocimientos en lugar de buscar desarrollar la capacidad de sus estudiantes para producir conocimientos. Las evaluaciones verifican la cantidad y adecuación (a la norma académica) de sus conocimientos y desdeñan casi siempre su capacidad de re-producir tales conocimientos, mejorarlos, producir otros nuevos.

El resultado es que el profesional recién egresado se parece mucho a un recipiente lleno de informaciones aprendidas como recetas, pero sin la capacidad de relativizarlas, interpretarlas y operacionalizarlas de acuerdo a cada realidad. A la hora en que ha de compartir este saber con otros, con la población, le faltan los elementos de base para alimentar un proceso de “producción de conocimientos”: se refugia entonces en una actitud impositiva, tratando de “enchufar” las recetas aprendidas.

Es que a nuestros estudiantes agropecuarios se les hizo creer que lo central de su trabajo está en las plantas, los animales, los suelos, las infraestructuras. Mientras tanto, en la realidad andina, los profesionales pocas veces están en contacto directo con tales “objetos”, sino a través de los campesinos mismos, quienes son los “sujetos” del proceso técnico-económico.

Pero casi nunca se enseña a nuestros técnicos cómo trabajar con personas y organizaciones sociales.

En las instituciones de desarrollo rural, gran parte del trabajo consiste en apoyar a la población. Pero como, además de ser universalizante y desconectado de la realidad, el saber de nuestros profesionales ha sido mal aprendido, estos se ven limitados a repetir recetas, a inculcarlas, a impartirlas, a imponerlas, frustrando el desarrollo del propio campesino.

(versión a partir del capítulo 1 de “Una experiencia de curso-taller sobre comunicación con campesinos”, CCTA-Talpuj, Cusco 1986-)

41. LOS “CLUBES DE MADRES” Y LA ORGANIZACIÓN ANDINA

En los últimos decenios, las diversas instituciones y proyectos que intervienen en el ámbito andino crearon y multiplicaron organizaciones de mujeres. Esta corriente ha sido importada por quienes financian el trabajo y respondió inicialmente a una doble inspiración: el asistencialismo y el feminismo.

El asistencialismo partió del concepto occidental de “mujer en el hogar”, dedicada casi exclusivamente a los hijos y la cocina y carente de actividades productivas. Se planteó la necesidad de ayudar a las “madres”, fomentando una mayor integración o participación femeninas: los alimentos donados habían de mejorar la nutrición familiar, mientras el aprendizaje de diversas manualidades permitiría generar pequeños ingresos complementarios y controlados directamente por las mujeres.

Los “Clubes 4 S” fueron el primer ensayo introducido desde Norteamérica. Los “Clubes de Madres” son su descendencia directa.

El feminismo sustentó su intervención en otro concepto, el de la explotación. Marginadas en una sociedad dominada por el varón, las mujeres (andinas, pero podrían ser de cualquier otra parte porque el concepto es “universal”) debían lograr un nuevo lugar, más “justo”, más “igualitario”.

La introducción del planteamiento feminista se hizo también a través de las financieras. Habiendo alcanzado (“conquistado”) puestos claves en las financieras de la “ayuda al Tercer Mundo”, las mujeres del hemisferio Norte exigieron que se incluya en cada proyecto un “trabajo con mujeres”. ¡Ay del solicitante o del jefe de proyecto que pasara por una evaluación feminista sin poder demostrar que en su programación no se olvidaron de las mujeres!

Obligados (o convencidos) a conseguir bases femeninas, los proyectos no encontraron nada más fácil que acoplarse al modelo de los “Clubes de Madres” ya diseminados por el asistencialismo, completándolos eventualmente con otras organizaciones específicas, “Comités de Mujeres” u otros.

A estos planteamientos iniciales vino a agregarse en los últimos años una toma de conciencia sobre el rol efectivo de la mujer andina en la producción, en el manejo económico y en la toma de decisiones. Muchos proyectos se dieron cuenta que la mujer era clave en un sinnúmero de actividades y decisiones pero constataron al mismo tiempo que sus modelos de “extensión” y “capacitación” sólo alcanzaban a los varones.

Otra vez los “Clubes de Madres” aparecieron como “la” solución. Trabajando con dichas organizaciones se podría “capacitar” a las mujeres y convencerlas de las bondades traídas por el proyecto.

No vamos a entrar aquí a un debate sobre los postulados de cada una de estas tres vertientes. Quisiéramos simplemente ayudar a reflexionar el impacto que, sobre la “organización andina”, tiene la formación de organizaciones específicas para mujeres.

Como toda sociedad, los Andes conocieron la división del trabajo por géneros (tareas especiales para los varones, otras tareas para las mujeres). Pero, salvo en el caso de Estados como el incaico (con sus yanaconas, por ejemplo) y quizás el chimú, toda la estructura y filosofía organizativas estuvieron basadas en lo socio-territorial (familia, ayllu, etnia...). Es decir que no existieron organizaciones por género, ni organizaciones funcionales.

La actual organización andina conserva dicho rasgo... y ahí residen su fuerza y su capacidad de continuidad y coherencia. Mientras la sociedad moderna multiplica organizaciones específicas que se enfrentan y/o negocian de acuerdo a sus intereses propios, estas negociaciones se dan en los Andes dentro de una organización única respetada por todos y con poder para hacerse respetar por quienes no lo quisieran.

La mayoría de los proyectos justifican “sus” organizaciones genéricas y funcionales en nombre de la debilidad de la organización andina. Su propia ceguera solamente les permite ver organización allí donde se cumple la organicidad conocida y reconocida por ellos mismos. Y su intervención termina dándoles la razón a posteriori ya que provoca efectivamente un debilitamiento de la organización andina.

¿Qué buscamos? ¿“Mejorar la condición de las mujeres andinas” destruyendo el principal potencial de desarrollo andino, la organización socio-territorial? ¿O ayudar a mejorar el rol y el potencial de las mujeres en el proceso de desarrollo andino?

¿Dónde está el problema? ¿En la organización andina que sería incapaz de aceptar y aprovechar un renovado potencial de sus mujeres? ¿O mas bien en nosotros, ignorantes de la organización andina y su dinámica y por tanto incapaces de aprender a trabajar a través de ella, con ella?

Desconocemos el rol de la mujer y del varón en la organización andina y, en lugar de adecuarnos a ella, preferimos destrozarla para “tener acceso” a las mujeres.

*(a propósito del “Estudio sobre Extensión Rural en el Plan Meris II”,
PEPMI-GTZ, Cusco-Perú”, feb. 88)*

42. EL ROL DE LA MUJER EN LA ORGANIZACIÓN ANDINA

Acostumbrados a una sociedad contemporánea donde el trabajo productivo y la vida familiar tienden cada vez más a constituir dos ámbitos claramente separados, solemos mirar la realidad andina a través de un filtro deformante.

Por un lado somos incapaces de entender a la familia andina en su dimensión de organización socio-territorial; por otra parte interpretamos a los componentes de esa familia en una dimensión exclusiva de “individuos”.

Cuando imaginamos a la mujer andina como un “ama de casa” que, además de las labores derivadas de esta condición, habría encima de “colaborar” con el marido en los cultivos, el cuidado del ganado, etc., cometemos una equivocación mayor.

En primer lugar nos dejamos engañar por el concepto de “casa” que es totalmente diferente en la vida moderna y en los Andes. Basta con pedir a los campesinos (a las campesinas si se prefiere) que dibujen su casa: cada vez que lo hemos hecho hemos constatado que por casa no se entiende una construcción, la “vivienda”, sino el espacio fácilmente accesible desde esa construcción, una suerte de territorio controlable desde ella.

En segundo lugar confundimos la distribución andina del trabajo y de los roles con el divorcio moderno entre “trabajo” (¡productivo!) y “hogar”. La mujer andina no “colabora” con su marido sino que tiene su parte de responsabilidades en las actividades agropecuarias. La mujer andina no está dedicada al “hogar” sino que sus responsabilidades incluyen la gestión económica de la unidad familiar y la administración de los alimentos como base del funcionamiento y reproducción de la fuerza de trabajo familiar.

Sucede que toda división de trabajo y responsabilidades trata de partir de los potenciales y limitaciones. Por razones de género, las mujeres suelen tener menos fuerza física y se toma ello en cuenta para la distribución de labores agrícolas. Por razones de género (embarazo, parto, lactancia), las mujeres tienen en el contexto rural andino menos posibilidades de movilidad espacial que los varones y se toma ello en cuenta en la distribución de responsabilidades y roles.

La organización andina está diseñada para buscar la mejor gestión posible de las interdependencias (entre varón y mujer, entre familias, entre sociedad y naturaleza, entre zonas ecológicas...). El manejo de las interdependencias pasa por la reciprocidad y por la oposición-encuentro (tinku). La distribución de roles en la organización familiar andina tradicional está basada en la complementariedad-oposición entre varón y mujer.

La mujer es la responsable de velar por el ámbito doméstico. Ello controla y administra la economía familiar. El varón es el responsable de las relaciones con el ámbito externo (lo comunal, el mundo exterior). El es quien participa en las asambleas, actividades y trabajos comunales en nombre de la organización familiar. El representa a la familia ante todo tipo de autoridades e interlocutores.

En el seno de la propia organización familiar, ambos debaten y negocian. Y la mujer tiene una influencia decisiva porque es capaz de hacer revocar decisiones comunales que pudiesen significar peligro para la reproducción de la unidad familiar.

El contexto de la sociedad moderna está llevando a muchas modificaciones. Por ejemplo, al migrar muchas veces durante meses, el varón ya no puede desempeñar a cabalidad la representación familiar en el ámbito comunal. La mujer se ve obligada a reemplazarlo en su ausencia, pero no está preparada para ello: le falta experiencia en la gestión comunal, en el manejo de asambleas, en el uso de la palabra en público...

No se trata por tanto de negar la necesidad de un trabajo especial de apoyo a las mujeres en sus nuevas responsabilidades, en su nuevo rol. De la misma manera que no se trata de seguir desconociendo su rol muchas veces decisivo en las labores agropecuarias. Pero, ¿ello solamente es posible a través de “clubes de madres”?

Sucede que, como partes del mundo exterior, nuestros proyectos encuentran como interlocutores a los varones. Cuando un varón asiste a una capacitación sobre siembra de papa, lo hace como representante de su familia porque en realidad es la mujer la que va sembrar. Si la mujer acepta formar parte de un “club” y realizar las actividades propuestas es en calidad de asalariada, para “cobrar” los alimentos “donados”.

¿Cómo hacer entonces para poder trabajar con las mujeres también? Cambiando de estrategia y metodología global. En lugar de “agregar” un componente “mujer” a nuestros proyectos, dejemos de imponer “nuestras” programaciones y actividades para pasar a apoyar-acompañar las actividades de las organizaciones andinas. ¡En ellas encontraremos a las mujeres! ¡A través de ellas podremos colaborar a un mejoramiento del desempeño de las mujeres en sus roles, a un mejor acceso de las mujeres a los nuevos roles que les toca asumir cada vez más!

¿Por qué forjar organizaciones de mujeres de acuerdo a nuestros intereses? ¡Trabajemos con la organización andina y ayudaremos así mucho mejor a las mujeres andinas!

*(a propósito del “Estudio sobre extensión rural en el Plan Meris II”,
PEPMI-GTZ, Cusco-Perú”, feb. 88)*

43. EXTREMOS Y PROMEDIOS EN LA REALIDAD ANDINA

Hace algunos años, los estudiosos de las influencias climáticas en el agro andino cuestionaron la utilidad de los datos estadísticos utilizados en la clasificación de ecosistemas: los promedios anuales, mensuales y diarios de temperatura no sirven de mucho; para comprender las características agroclimáticas de una zona o microzona, se requiere más bien conocer los extremos de temperatura, los ritmos de alternancia entre ellos, la velocidad en que diariamente se pasa de uno a otro.

Si bien el planteamiento ha sido acogido con beneplácito por los especialistas en la materia, es importante no dejarlo ahí: el sistema de “promedios” debe ser cuestionado no solamente en este campo sino en un sinnúmero de ellos.

Estamos ante algo más que un simple detalle científico. Estamos ante un problema conceptual clave para entender los Andes.

La realidad andina se caracteriza por una diversidad marcada por fuertes contrastes en tiempos y espacios reducidos. Sobre esta base, las culturas precolombinas desarrollaron un saber y una tecnología orientados al manejo y aprovechamiento de tales extremos.

Mientras tanto, el saber y la tecnología moderna, surgidos en los países templados del hemisferio norte, se dedicaron más bien a establecer los promedios más aconsejables y más propicios para un manejo a gran escala.

Un ejemplo para ilustrar esta diferencia de enfoques.

Los sistemas modernos de riego buscan llevar a cada parcela el promedio de agua que debería permitir una producción estable a lo largo de los años: se calculan las necesidades promedio de agua para los cultivos y se diseñan las infraestructuras de acuerdo a ese caudal promedio.

Al contrario, en muchas partes de los Andes, los sistemas precolombinos de riego (y muchos sistemas contemporáneos diseñados por los propios campesinos) se preocupan de poder captar los caudales máximos en época de lluvias abundantes y por aprovechar también los caudales mínimos en época de sequía; es decir que son sistemas para el manejo de los extremos.

Con los caudales máximos (generalmente cargados de harto limo y sedimentos), se mejoran, fertilizan y amplían las tierras de cultivo, logrando cosechas superabundantes que sirven para compensar la baja producción de las épocas de sequía, con su menor área cultivada y su menor productividad.

No se trata aquí de pretender que este enfoque andino es de por sí superior y que los promedios homogéneos no sirven en los Andes. Cada vez que contaron con condiciones propicias y con los recursos suficientes, las sociedades andinas aprovecharon para acondicionar su territorio en busca de mayor estabilidad en la producción. A este objetivo responden los sistemas de riego en andenes que siguen funcionando en zonas del Cusco, en el Valle del Colca en Arequipa, etc.

Pero lo que es excepción en los Andes no debe ser confundido con aquello que es norma en los países templados del hemisferio norte.

El cuestionamiento del enfoque de “promedios”, que acabamos de ver para aspectos técnicos como el clima y el riego, debería ahora extenderse a un conjunto de otros campos de estudio.

¿Qué hacen nuestras investigaciones socio-económicas, nuestros diagnósticos? Se preocupan casi exclusivamente por establecer promedios en todos los rubros: ingresos familiares, composición del núcleo familiar, tasas de morbi-mortalidad, recursos y técnicas de producción, etc.

¿Qué necesitamos para un buen trabajo de apoyo al desarrollo rural andino? Mas bien conocer los extremos.

Sabiendo quiénes más necesitan ayuda, podremos adecuar nuestras prioridades, actividades y metodologías y verificar sus resultados (evaluación de impacto).

Sabiendo quiénes (familias o comunidades) han logrado solucionar problemas, podremos descubrir y entender sus capacidades, racionalidades y métodos de adaptación y transformación.

¿Dónde no funciona? ¿Dónde funciona muy bien? Si no conocemos estos extremos, difícilmente podremos actuar de acuerdo a la realidad, a sus problemas y potenciales y terminaremos encerrándonos en nuestros “paquetes” y “modelos”.

Dos ejemplos. Para actividades de salud, no debemos limitarnos a conocer los promedios estadísticos; necesitamos saber qué familias enfrentan mayores riesgos y poder comparar con las diferencias de recursos, racionalidades y capacidades por parte de las familias de menores riesgos.

Para actividades “productivas”, no nos basta con saber cuál es el “nivel tecnológico promedio”. Conocer las diferencias de manejo y resultados entre quienes disponen de la tecnología más simple y quienes usan una más compleja nos permitiría mejorar nuestro apoyo de tal forma que sea útil y aprovechable en las condiciones locales.

(a partir de publicaciones de Pierre Morlon y John Earls; aportes de Eduardo Grillo en el “Manual General del Paisaje Agropecuario de Oruro”, PAC-Oruro, CEE-CORDEOR, julio 87; y conversaciones con Oscar Martínez Horna sobre salud en enero 88)

44. LÍDERES, DIRIGENTES O BASES: ¿CON QUIÉN TRABAJAR?

Tres son comúnmente nuestras formas de relación y trabajo con la organización campesina: a través de sus dirigentes, a través de “líderes naturales”, a través de sectores de las bases. Ello responde a nuestra percepción de la realidad de la organización existente y de su potencial para el cumplimiento de “nuestros” objetivos y metas.

Cuando nos encontramos con organizaciones cuya vigencia y potencial nos resultan visibles y apetecibles, intentamos una acción sobre sus dirigentes en la esperanza de lograr así que se adopten las orientaciones más recomendables de acuerdo a nuestro criterio.

Cuando, a pesar del “potencial organizativo” existente, la dirigencia nos parece “reacia al cambio”, solemos buscar “líderes de opinión” que puedan servir de intermediarios e impulsen nuestras orientaciones, asumiendo los cargos directivos o actuando como una suerte de “poder detrás del trono”: nos dedicamos a “detectar líderes”.

Si no hallamos dirigentes ni líderes que sean materia disponible para nuestros propósitos, dirigimos nuestra mirada hacia las bases y fomentamos la creación de organizaciones funcionales (comités, asociaciones, clubes, etc.) con gente interesada en agruparse para recibir nuestras orientaciones.

Convendría que reflexionemos un poco más este enfoque simplista si deseamos verdaderamente apoyar el desarrollo rural andino, es decir no limitarnos al logro, provisorio, de “nuestras” metas y mas bien fomentar las condiciones que aseguren la continuidad del proceso.

Retomemos primero la cuestión de los “líderes”. Dos tipos de proyectos ilustran la gran ambigüedad subyacente en el planteamiento: los de planificación familiar y los de extensión agropecuaria.

De toda la literatura del “desarrollo” que conocemos, la del Fondo de las Naciones Unidas para Actividades de Población (FNUAP) es la que más ha trabajado estrategias de “captación de líderes”. Este organismo tiene efectivamente un compromiso en cuanto a “planificación familiar” y muchas poblaciones del Tercer Mundo son reacias a todo intento de “control de natalidad”. Captar líderes es el camino escogido para tratar de hacer pasar algo que la población rechaza.

Impresionan los esfuerzos desplegados por esa institución en la detección de líderes, códigos culturales y técnicas para influir sobre la “formación de opinión pública”, cuando existe otro camino posible si lo que interesa verdaderamente es la “planificación” y no el simple “control de natalidad”: casi todos los pueblos han realizado y realizan una “planifi-

cación demográfica” (dentro de la cual se inserta la cuestión de la natalidad) y ahí hubiese estado la posibilidad de entrar al diálogo.

Detrás del trabajo con líderes podemos entonces reconocer una actitud: no interesa apoyar los esfuerzos y potenciales propios de desarrollo sino “vender” un “paquete” que le conviene a quien financia la actividad. El enfoque de “líderes de opinión” es precisamente el que más utilizan las campañas publicitarias.

En el caso de la extensión agropecuaria, el trabajo con “líderes” no responde quizás a la misma voluntad de engaño (antes que la gente se dé cuenta, venderle algo que ella no quiere), sino mas bien a la convicción de que los “paquetes tecnológicos” son buenos de por sí y que la peculiar idiosincrasia del campesino le impide aprovecharlos. Se supone que el líder podrá obtener los cambios necesarios en dicha idiosincrasia.

Otro punto para reflexionar en nuestros planteamientos comunes sobre dirigentes y líderes es la concepción que tenemos de la organización campesina y su rol en el proceso de desarrollo.

Tanto cuando trabajamos con las organizaciones naturales del campesinado andino como cuando forjamos nuestras propias organizaciones, nuestra preocupación central termina girando alrededor de la formación de dirigentes y líderes. Es que, para nosotros, la organización no es más que un instrumento a utilizar de acuerdo a determinados fines. Estamos imbuidos de una ideología del “individuo” y sólo sabemos reconocer el “papel clave” de los individuos (dirigentes o líderes; naturales o promovidos por nosotros).

Con este tipo de acercamiento a la realidad, nos vamos cerrando a toda posibilidad de auténtica comunicación (es decir diálogo) con los campesinos: la organización andina es mucho más que un instrumento, tiene mas bien las mismas características que una familia, con su unidad social y territorial; ser dirigente no es un simple privilegio al que acceden los que se lo merecen y son “elegidos”, es una obligación derivada del tipo de pertenencia a la organización, con sus normas y sus controles.

Líderes, dirigentes, bases: ¿con quién trabajar entonces? No se trata de elegir uno de los tres elementos, se trata de trabajar con la organización andina, a través de sus órganos y normas.

Algunos proyectos aplican por ejemplo ciertas reglas básicas destinadas a evitar toda división o desestructuración de la organización y mas bien a reforzarla: ninguna actividad se realiza sin la decisión correspondiente de la asamblea; pueden haber debates con los dirigentes, relaciones con las bases, pero los acuerdos pasan necesariamente por la asamblea, es decir por la información y control de toda la organización.

(a propósito de “Comunicación e incomunicación en el proyecto de riego Altiplano-Valles, IBTA-GTZ”, Cochabamba, feb. 88)

45. ¿"EQUIPO DE TRABAJO" O "TRABAJO EN EQUIPO"?

"Trabajar en equipo" se ha convertido últimamente en una suerte de fórmula mágica a través de la cual los proyectos piensan solucionar sus problemas de descoordinación e incomunicación internas.

Sin embargo, hemos podido constatar múltiples veces que nadie está muy claro sobre qué puede ser un "trabajo en equipo" y mas bien cada quien lo interpreta a su manera, con lo cual poco se ha avanzado introduciendo esta expresión en los lenguajes institucionales.

Convendría comenzar por diferenciar dos tipos de enfoques, que podríamos caracterizar de la siguiente manera: "equipo de trabajo" y "trabajo en equipo".

Un "equipo de trabajo" se define esencialmente por el "objeto" para el cual se junta a una serie de personas. La palabra "equipo" proviene del inglés medieval "skip", barco. Proveer la nave de los implementos y recursos necesarios para hacerse a la mar se llamó "equipar". El "equipo" terminó designando por un lado los instrumentos y herramientas de navegación y por otra parte al "equipaje" o personal de a bordo.

La fórmula "equipo de trabajo" se refiere entonces a un conjunto de trabajadores reunidos para hacer una tarea. De alguna manera también se presupone que las labores están distribuidas entre todo el personal, que cada uno sabe lo que ha de hacer y no se mete, no "interfiere", en lo que corresponde a otro; mas bien se intenta crear emulación dentro del equipo y entre equipos para lograr una mejor productividad.

En la mayoría de los casos, la clave del "equipo de trabajo" está en su jefe. Hasta se identifica un equipo por el nombre de su responsable o capataz; se habla del "equipo de Mengano" y del "equipo de Zutano". A este jefe le corresponde escoger buenos especialistas o peones y distribuirles bien la tarea para que el conjunto funcione adecuadamente. Para ello es "jefe".

En los últimos tiempos se ha venido desarrollando la expresión "trabajo en equipo" para significar mas bien una cierta dinámica de relación entre los componentes de un grupo unido en una misma labor. Pero ahí también las interpretaciones difieren.

Algunos han visto en el "equipo" la oportunidad de cuestionar todo funcionamiento jerárquico. Lo que habría de caracterizar al equipo es su "democracia interna": nada de "jefes" o "responsables", las decisiones son de todos y deben ser tomadas por consenso o por mayoría.

Hemos sido testigos de “equipos” de proyectos de desarrollo que, sobre esta base, habían vuelto a practicar el más caricatural asambleísmo universitario: en reuniones interminables se llegaba a votar para saber... si se pasaba o no a votación.

Al contrario, las experiencias exitosas de “trabajo en equipo” que pudimos conocer no dedican su atención prioritaria a “quién toma las decisiones” sino a la dinámica de trabajo real. Es decir a la interrelación entre todos sus componentes para enriquecerse mutuamente en su reflexión y su práctica.

Es decir que en el “trabajo en equipo” prevalece la preocupación por aprovechar al máximo la diversidad de formación y experiencia de sus miembros para lograr una labor más “integral”, más acorde a la integralidad de la realidad y la práctica del campesino andino.

Sigamos con precisiones a base del lenguaje empleado. Unos hablan de “equipos multi- o pluri-disciplinarios”, otros prefieren “equipos inter- o trans-disciplinarios”.

En el primer caso, se supone que lo primordial está en la presencia de una serie de especialistas en diferentes materias. En el segundo caso se prioriza el tipo de interrelación entre estos especialistas.

¿Es suficiente un “equipo multidisciplinario” para hacer un trabajo integral en desarrollo rural andino? Si consideramos que la integralidad no se limita a la yuxtaposición de una serie de elementos y se caracteriza mas bien por la comprensión y la gestión de las interrelaciones entre ellos, la respuesta ha de ser no. Podemos contar con muchos especialistas que se dediquen cada uno a “hacer lo que sabe”: no alcanzaremos automáticamente un enfoque y una práctica integrales.

Queda entonces el “equipo interdisciplinario”, es decir un grupo de gentes provenientes de diversas formaciones y experiencias que intercambian, interactúan, y juntos elaboran una capacidad y una práctica orientadas a un trabajo integral. ¿Cómo se hace? No existe receta milagrosa. Muchos equipos de este tipo están en construcción en los Andes. Limitémonos aquí a señalar cuatro criterios que un “equipo interdisciplinario” intentó rescatar de la sistematización de tres años de “trabajo en equipo”:

- Esfuerzo de polivalencia: cada miembro del equipo había de avanzar hacia una visión más global, tratando de conocer algo de las demás materias a base de lo aportado por sus colegas, a fin de no encerrar su labor de terreno en los temas de su especialidad.
- Aprovechamiento de las competencias de cada uno: cada miembro tenía un papel de animador para provocar y alimentar la reflexión del equipo sobre su propia especialidad a fin de permitir un enriquecimiento o adecuación de ésta y un conocimiento de la misma por los demás equipistas.

- Creación de una dinámica de equipo, a base de la permanente preocupación por compartir información del terreno, debatir los problemas encontrados, avanzar juntos en la reflexión y la sistematización de los temas y prácticas.
- Equilibrio entre la práctica y la reflexión, preservando momentos de reflexión y debate en equipo a fin de no dejarse aplastar por el activismo de terreno.

(a partir de diversas experiencias de trabajo en equipo y del artículo de François Greslou “Trabajo de base o intermediación, el papel de la coordinación en CICDA”, Ruralter N°1, Lima 1986)

46. DE LA EXTENSIÓN AGRÍCOLA A UNA EXTENSIÓN CAMPESINA

Existe “extensión” cuando “alguien extiende algo”. En el extensionismo rural andino, todas las preocupaciones han girado siempre alrededor de ese “algo” y del “cómo” se extiende.

El extensionismo, como metodología de trabajo en desarrollo rural, proviene de la sociedad moderna (especialmente del Estado y de las cooperaciones internacionales) interesada en solucionar los problemas o “cuellos de botella” que impiden el aumento de la producción agropecuaria y condenan a los campesinos a “niveles” indecorosos de vida.

Todo el planteamiento sobre el cual se basa el extensionismo actual hace entonces de la sociedad moderna, particularmente el Estado, el actor principal del desarrollo. El “alguien” que extiende siempre es el mismo y nunca se cuestiona.

Cuando se habla de mejorar la extensión, siempre se trata del “algo” y del “cómo”. A los centros experimentales y otros investigadores se les piden propuestas más “adecuadas” sobre el “algo”, el “qué extender”. A los especialistas en extensión se les solicitan metodologías, técnicas e instrumentos para lograr mayor eficiencia en el “cómo extender”.

Pero la misma realidad provoca un inevitable cuestionamiento sobre la capacidad del Estado de ser el único actor principal, sobre la conveniencia de que la sociedad moderna sea la única con derecho a proponer alternativas de desarrollo andino.

No queda entonces más remedio que comenzar también a revisar el “alguien”, el “quién extiende”.

Si asumimos que el campesinado es actor principal (no único, el Estado tiene efectivamente un rol importante que cumplir) del desarrollo rural andino, ¿puede haber una “extensión campesina”?

No entremos en este momento a los posibles debates sobre las propuestas que el campesinado tuviese que alcanzar o “extender” a la sociedad moderna en cuanto a alternativas de “desarrollo nacional”. Veamos mas bien lo relativo al desarrollo rural andino.

Uno de los problemas que enfrenta el campesinado como actor principal del proceso de desarrollo está en la dificultad de sus relaciones con el resto de la sociedad, con la parte urbana, administrativa, profesional de la misma. Las distancias físicas y culturales (racionalidades y lenguajes diferentes y con relaciones de dominación de lo moderno sobre lo andino) le impiden a la organización campesina aprovechar adecuadamente los aportes de la sociedad moderna y de otros campesinos en cuanto a conocimientos, tecnologías, recursos diversos.

Podríamos entonces hablar de la necesidad de un “extensionismo campesino” en el sentido de “extender la capacidad campesina de aprovechar lo que le conviene en el resto de la sociedad”.

Al replantear así la extensión, ¿qué estamos haciendo? Como ya dijimos, hemos transformado el “alguien”. Ahora es el campesinado, la organización andina, no el Estado. Pero también hemos modificado cualitativamente el “algo”: ya no se trata de un “objeto”, de un “paquete” cualquiera sea, sino de una “capacidad”.

Es decir que hemos pasado de un enfoque en el cual lo fundamental son los “objetos”, las “obras”, las “tecnologías”, a otro en el cual la clave está en los actores, en los “sujetos” del desarrollo y en sus “capacidades”. La organización andina ha de ser el actor principal y la extensión ha de consistir en desarrollar su capacidad de relacionarse y controlar/aprovechar elementos del resto de la sociedad (otros campesinos, sociedad moderna).

¿Qué significa todo eso en concreto para las instituciones, para los técnicos o “agentes externos” del desarrollo rural andino?

Cambios de relación. La institución y sus técnicos dejan de ser “interventores” que, desde su posición jerárquica en la sociedad moderna y desde la supuesta superioridad de su saber y su tecnología, “transforman” y “desarrollan” una realidad agraria poblada de campesinos ignorantes.

Pasan mas bien a ser “asesores” o “contrapartes” de una organización socio-territorial andina que tiene ella misma la responsabilidad de “transformarse” y “desarrollarse”. “Asesores” cuando la institución ofrece sus servicios (los de sus técnicos) a la organización andina para ayudarla a planificar mejor su posible desarrollo, aportándole informaciones y habilidades propias de la sociedad moderna. “Contrapartes” cuando la organización andina firma un contrato o convenio con la institución para la realización de un proyecto concreto que se inserta en dicha planificación.

Cambios de metodología. “Paquetes”, “demostraciones” y “capacitaciones” dejan de obsesionar la mente y la programación de los técnicos de campo para dejar lugar a procedimientos y técnicas de apoyo y acompañamiento a la propia programación campesina. No se abandonan los aportes de las estaciones experimentales modernas pero se abren los “paquetes” para examinar sus contenidos a la luz de los sistemas y racionalidades técnico-económicas andinas. Se reorientan las “parcelas demostrativas” de acuerdo a la metodología y racionalidad de la experimentación andina, reformulando objetivos, plazos, procedimientos, ubicación, así como posibles formas de apoyo institucional. Se revisan las “capacitaciones” para que no giren alrededor del “agente externo” sino que la propia organización andina las diseñe, programe y ejecute, dentro de su “sistema educativo” y con la colaboración del técnico.

Cambios institucionales. La institución externa no puede apoyar adecuadamente la extensión campesina con sus actuales normas y estructuras de funcionamiento. Requiere adecuaciones y, en muchos casos, reformulaciones.

La programación de acciones, desembolsos, plazos y horarios de trabajo debe adaptarse a los ritmos y calendarios andinos y no a la inversa. Los sistemas de evaluación no pueden encerrarse en las “metas” y la “capacidad de gasto” si se desea acompañar el proceso de la propia organización campesina. La opinión de ésta debe ser un criterio fundamental.

¿Se requieren otros cambios? Por supuesto. Muchos.

¿Cuáles? ¡Que conteste el propio terreno!

*(versión a partir del “Estudio sobre Extensión Rural en el Plan Meris II”,
PEPMI-GTZ, Cusco, marzo 88)*

47. ROL DEL AGENTE EXTERNO: ACOMPAÑAR Y APOYAR

En una “extensión campesina” entendida como “desarrollo de la capacidad campesina de acceder a, controlar y aprovechar aquellos aportes del resto de la sociedad que le conviene”, ¿cuál sería el papel que puede jugar una institución de “desarrollo rural andino”?

Si la propia organización andina ha de ser el eje central del proceso, el “sujeto” del mismo, la institución externa habría de dedicarse a acompañar y apoyar.

Conviene destacar dos pilares del “acompañamiento”: la idea de interlocución y la de proceso.

“Interlocución “ señala que quien “acompaña” es esencialmente alguien con quien conversar, dialogar de las experiencias (para aprender de ellas), de las perspectivas (para recoger nuevos elementos y definir orientaciones adecuadas), de los problemas (para tratar de resolverlos mejor).

“Proceso “ recoge la preocupación por desarrollar la capacidad del “acompañado”, o sujeto principal, más que por lograr tal o cual meta inmediata. Es decir que lo prioritario es el proceso a través del cual el “sujeto” va forjando o desarrollando su capacidad para lograr sus propios objetivos, lo cual requiere flexibilidad y disponibilidad del “agente externo” para “estar” y dar una mano cuando es necesario.

Formulado así, el acompañamiento podría parecer un “asesoramiento” clásico, es decir una relación en la cual uno “que sabe” orienta a otro “que no sabe” en aquello que es especialidad del primero. Es preciso entender que el acompañamiento suele ser mutuo y que, más que un “acompañante” y un “acompañado”, existen interlocutores que comparten una compañía, un intercambio, un objetivo, aunque difieran en posiciones (organización-institución), en cultura y en la dinámica de sus propios procesos.

Así, en el acompañamiento del extensionista a una organización andina, el primero termina aprendiendo y beneficiándose tanto como la segunda.

En la noción de acompañamiento está también la idea de que el “acompañado” es el actor y sujeto principal, no es un simple “ejecutor”: a él le toca asumir sus responsabilidades y tomar las decisiones que afectan su vida.

Al hablar de “**apoyo**” se quiere sobre todo insistir sobre la última idea vista en “acompañar”, es decir que “apoyar” significa partir de lo que es, quiere y hace el “apoyado” y no de lo que quiere hacer el “apoyador”.

Por ejemplo, “apoyar la ganadería” no es llevar adelante un proyecto supuestamente ideal sobre lo que habría de ser la ganadería de acuerdo a criterios técnicos y productivistas. Mas bien se trata de partir de la ganadería existente, conocer y comprender los objetivos y racionalidades del campesino con su ganadería actual, aportar eventuales elementos de reflexión que le permitan un mejoramiento de tales objetivos, y brindar la colaboración requerida de acuerdo a la programación que el propio campesino haya hecho.

Así, en caso de un campesino que tiene un hato familiar a manera de seguro y capitalización para gastos mayores, “apoyar la ganadería” quiere decir ayudar a que el hato familiar cumpla mejor dicho rol de seguro y capital. Ello no pasa necesariamente por un aumento de la producción ni por un manejo “técnico” moderno. Puede ser un simple mejoramiento de los costos; o una disminución de los riesgos de mortandad y abigeato; o un engorde final...

Apoyar significa también aportar recursos con los que pueda contar la institución; pero sin tratar de imponer sus insumos (para demostrar su “capacidad de gasto”); mas bien haciendo su programación de apoyo de acuerdo a la planificación-programación de la propia organización andina.

Apoyar comprende también una labor de colaboración para que la organización andina se relacione con otros interlocutores susceptibles de brindar aportes que no están en la capacidad de la institución o que no corresponden al tipo de actividades para las cuales fue creada.

Si una comunidad quiere emprender una obra de acondicionamiento de sus laderas de secano, un programa de riego no habrá necesariamente de incluir esa obra en su presupuesto y su cronograma de actividades. Pero el extensionista de dicho programa podría ayudar a la organización andina a conocer qué otras fuentes de apoyo existen, a analizar cuál conviene mejor; eventualmente a establecer el contacto directo. Decisiones, contactos y negociaciones estarán a cargo de la organización, pero el personal del programa podría colaborar con informaciones y opiniones si la organización como tal no tiene aún mucha experiencia de este tipo de relaciones.

(versión a partir del “Informe del Seminario de Programación”, PMPR-Oruro, CEE-CORDEOR, dic.86 y del “Estudio sobre Extensión Rural en el Plan Meris II”, PEPMI-GTZ, Cusco, marzo 88)

48. SECTORES, ESPECIALIDADES E INTEGRALIDAD

¿Es posible que un proyecto “sectorial”, es decir el proyecto de una institución especializada en un determinado tipo de labor, pueda en las condiciones actuales de los países andinos contribuir a un desarrollo integral?

La institucionalidad moderna de los países andinos impuso un esquema bastante artificial de “sectores” y “zonas” administrativas. Si bien dicho “modelo” puede ser cuestionado, existe la posibilidad de comenzar una labor integral sin salirse de ellos, trabajando dentro de ellos. Es decir que, sin esperar grandes reestructuraciones del aparato estatal y privado, se puede iniciar una revisión de estrategias y metodologías dentro de este mismo aparato.

¿Cómo? De lo que se trata fundamentalmente es de aprender a trabajar desde la especialidad y desde el ámbito geográfico particular, pero en función del conjunto, de la integralidad.

Muchas son las instituciones que intentan hacer un trabajo “un poco más integral” completando su actividad central con algunas acciones en otros campos. Pero, si bien se busca que, cada vez que fuese factible, estas labores estén lo más relacionadas posible con la “especialidad” del proyecto en marcha, ello no significa de ninguna manera integralidad.

Lo que se suele hacer es que un programa “sectorial” yuxtaponga acciones correspondientes a otros “sectores”, adoptando un enfoque “multisectorial”. Ello dista mucho de la integralidad ya que ésta se caracteriza mas bien por la interrelación entre los diferentes elementos de la realidad. Un trabajo integral consiste entonces en tomar en cuenta y actuar sobre estas interrelaciones.

Si entendemos la integralidad como una cuestión de interrelaciones y no como “hacer de todo”, podemos replantearnos la conveniencia de muchas actividades que llenan programas sectoriales ansiosos por justificarse en términos de integralidad: agricultura, ganadería, agua entubada, salud, nutrición, mujeres, etc.

No se requieren acciones en cada campo para desarrollar un trabajo con proyección integral. **Se puede avanzar hacia la integralidad desde lo sectorial.**

¿Necesita un programa de riego multiplicar cursillos sobre nutrición, higiene y otros “paquetes” para lograr una proyección en salud? De ninguna manera. Mas bien este tipo de acciones suele tener una utilidad muy limitada y llevan a menudo a distorsiones sobre lo que significa el riego para la salud.

Pero un programa de riego puede actuar en su propio campo preocupándose por la interrelación riego-salud:

- Por el impacto de las infraestructuras en posibles accidentes de hombres o animales, en la provisión de agua cerca de las casas;
- Por la influencia de los tipos y sistemas de cultivos sobre la calidad nutritiva de la alimentación o sobre la disponibilidad de recursos propios como las plantas medicinales;
- Por el impacto de las modalidades de gestión del sistema de riego sobre la organización familiar, sobre las redes de colaboración interfamiliar que son también redes de salud, sobre la organización comunal que tiene asimismo un papel importante como agente de salud;
- etc.

Es decir que un programa de riego debería preocuparse más por las interacciones entre riego y salud que por “acciones de salud” propiamente: el riego es un factor que contribuye a la creación o a la desestructuración de condiciones generadoras de salud. Ese es el reto que toca enfrentar más que pretender hacer un trabajo “multisectorial”.

De la misma manera, un programa de riego no necesita empezar a “organizar” a las mujeres en Clubes de Madres o Comités de Mujeres para demostrar que se preocupa por un mejoramiento de su situación. Desde el riego y su problemática aparecen y se multiplican las interrelaciones con el papel laboral de la mujer, con su rol en la organización familiar, interfamiliar y comunal, etc.

Se puede ir más lejos aún. Un programa especializado puede convertirse en generador de un desarrollo rural integral sin pretender lanzarse a acciones multisectoriales, sin salirse ni de su temática específica ni de su ámbito geográfico particular de acción.

En lugar de planear “desarrollos integrales” irrealistas para un perímetro “institucional” aislado del resto como una torre de marfil o un enclave, habría que empezar a conocer y comprender las interrelaciones de la actividad y el perímetro institucionales con los demás elementos de la realidad en ese perímetro y en el conjunto del territorio campesino. Sobre esta base podrían replantearse las prioridades y las líneas de acción.

Retomemos el ejemplo del programa de riego. Conociendo mejor las interrelaciones entre agricultura comercial y agricultura de autoconsumo, se podría arribar a propuestas interesantes sobre lo que el riego puede aportar (¿qué significa una “segunda campaña” en este contexto más amplio?). Si agregamos las interrelaciones de la ganadería con este primer conjunto, lograremos enriquecer aún más la estrategia de trabajo. Sigamos aumentando elementos y viendo sus interrelaciones y tendremos un panorama susceptible de convertir el riego de “paquete sectorial” en “potencial para el desarrollo rural integral”.

La relación entre lo “sectorial” y lo “integral” es un reto fundamental que se están planteando muchas instituciones. La pista que queremos proponer aquí es entonces la siguiente.

En lugar de pretender “hacer integralidad” dentro de la institución, su zona de trabajo, su programación, se puede fomentar un desarrollo integral a partir de lo sectorial, desde lo sectorial. No se trata por tanto de “completar” las actividades propias de la institución sino de revisarlas y rediseñarlas de acuerdo a sus interrelaciones con el resto de la integralidad.

*(versión elaborada a raíz del “Estudio sobre Extensión Rural en el Plan Meris II”,
PEPMI-GTZ, Cusco, marzo 88)*

49. ACERCAMIENTO A LA REALIDAD: LA “FASE ESPONJA”

Para iniciar un eventual proyecto de desarrollo, se exige la realización de algún tipo de diagnóstico. Para arrancar una colaboración con algún proyecto existente, todos coinciden en la utilidad de una fase de reconocimiento de la realidad. Para obtener el título académico, se debe sustentar una tesis que requiere a menudo una investigación de terreno.

El primer acercamiento a una realidad es un reto que se presenta repetidas veces a quienes trabajamos en desarrollo rural. Muchas riquezas o deficiencias posteriores provienen precisamente de la forma de dar este primer paso.

¿Cómo hacer para que los contactos iniciales ayuden a comenzar con buen pie? Las prácticas comunes se ven condicionadas por una serie de elementos que disminuyen nuestra capacidad de entrar con la curiosidad necesaria.

Una limitación es el tiempo disponible para el primer contacto. Quienes nos contratan están casi siempre apurados; apurados por obtener algunos “resultados”; apurados por vernos “trabajando”. Todos nos sentimos presionados para “demostrar”, para “justificar” nuestra remuneración.

Otra limitación es la creencia casi unánime de que uno debe entrar “sabiendo lo que necesita saber”, es decir con una serie de preguntas (o pautas de averiguación) destinadas a conseguir información. ¡Qué poco serio parece aquel que se presenta sin tener ya elaborado un “protocolo de investigación”, un “cuestionario” (referencial o rígido), un “plan de trabajo” definido!

La idea recibida (enseñada en el sistema educativo oficial) es que uno ha de preparar qué descubrir en la realidad. La investigación clásica ha llegado a idolatrar las famosas “hipótesis”: uno “va a la realidad” para verificar, modificar o desechar unas suposiciones pre-elaboradas a base de las teorías existentes (o incipientes) y llamadas “hipótesis” para darles un cariz científico.

Otra fuerte limitación es el sistema occidental de conocimiento sobre cuya base trabajamos. El saber moderno, con su “análisis”, se dedica a “desmenuzar” la realidad, a dividirla en partes cada vez más reducidas, para poder reordenarla luego en “categorías de análisis”.

Cuando uno comienza el acercamiento a la realidad, ya viene provisto de una serie de criterios de ordenamiento que han de servir para “ubicarla”, trátase de los “niveles” y su escala de medición, trátase de las “tipologías” y sus pautas de calificación. Dicho de otra manera, el saber moderno opera como una suerte de mueble archivador en el cual guardar la realidad: tenemos derecho de agregar nuevos cajones, o de reordenar los

existentes, o de modificar la configuración del mueble; pero es poco “científico” llegar sin su mueble... Y los especialistas se dedican a elaborarnos listas cada vez más largas e inmanejables de todo lo que hemos de “estudiar”.

Probablemente existan más limitaciones. Nuestro propósito en esta nota no es profundizar el cuestionamiento sino ofrecer reflexiones basadas en nuestra propia experiencia.

Largos años de circulación por los países andinos, con el permanente reto de tener que hacer el primer acercamiento a realidades siempre parecidas y siempre diferentes, nos han llevado a practicar (cada vez que lo “permiten”) lo que llamamos una inicial “fase esponja”.

¿De qué se trata? Fundamentalmente de una fase en la cual todos los sentidos están abocados a “sentir”, absorber, captar, mientras la voluntad se esfuerza por impedir (y no siempre lo logra) que la mente se dedique demasiado temprano a elaborar opiniones, emitir juicios, “categorizar” o “clasificar”.

Tratamos de parecernos a una esponja que va absorbiendo de todo, sin seleccionar, sin ordenar. Es un momento esencialmente receptivo durante el cual intentamos escapar a todas las solicitudes de quienes están ansiosos por saber qué pensamos, qué opinamos, qué nos parece. Perseguimos almacenar un máximo de impresiones, sentimientos, informaciones.

Nos preocupamos en no tener que hacer preguntas porque nuestras preguntas ya están condicionadas por categorías mentales y condicionan a su vez la información que nos habrían de proporcionar. Mas bien buscamos “estar”, estar presentes escuchando, viendo, oliendo, sintiendo, percibiendo.

En un acercamiento a una realidad campesina, intentamos acompañar en silencio al campo a alguien que vaya a desempeñar su trabajo normal. En una realidad institucional, buscamos hacernos olvidar en algún rincón, leyendo, escuchando, mirando, sintiendo el ambiente. En un evento, luchamos por tener un tiempo máximo de “escucha” antes de tener que hablar.

Completamos a menudo ese “estar” con varias lecturas simultáneas sobre testimonios o conceptos de desarrollo rural andino, sin pretender leer a fondo esos textos, usándolos mas bien como una suerte de estímulo, de acicate a la curiosidad, a la observación, a la “esponja”.

Siempre llega el momento de “exprimir la esponja”. Vuelven a surgir las estructuras aprendidas y entonces resultan útiles para poder dialogar con los técnicos de los proyectos: las empleamos conscientemente.

Hemos constatado en muchos años que los mejores aportes que hayamos podido hacer a quienes solicitaron apoyo fueron siempre cuando logramos una “fase esponja” suficientemente amplia: caímos menos en juicios arbitrarios, tuvimos elementos más adecuados

sobre los cuales profundizar la búsqueda, preparamos una devolución a nuestros interlocutores más acorde a su propia realidad.

Con esta descripción, no indicamos cómo hacer para desarrollar la “capacidad esponja”. Porque normalmente uno sólo puede sentir, ver, escuchar, captar aquello sobre lo cual ya tenía algunas bases de conocimiento, información o sensibilidad. Eso es mas bien otro tema y tiene que ver con la vida y práctica como verdadera universidad del desarrollo rural andino.

(a raíz de un intento de explicar a un colega el por qué y el cómo de mis años de práctica de la “esponja”, feb.88)

50. “PARTICIPACIONISMO”: LA PALABRA Y EL SILENCIO

Decenios de prácticas verticales e impositivas en que los sabios “agentes externos” dirigían y educaban al ignorante campesino andino terminaron por traumatizar a todos (o casi todos).

El mundo andino se sumió en un (muchas veces aparente) complejo de inferioridad y pidió más y más “capacitación”; los “proyectos” se preocuparon por la multiplicación de fracasos y vieron en la “falta de participación campesina” su principal causa; los dueños de financieras exigieron “participación” para apoyar y el adjetivo “participativo” fue pegado a cualquier tipo de actividad propuesta en las solicitudes; los técnicos de campo se vieron obligados a trabajar “con participación” y buscaron “técnicas” y “dinámicas de grupo” que les ayuden a que el campesino “participe” en las actividades programadas por las instituciones...

No vamos a retomar aquí todo el necesario cuestionamiento al “participacionismo” como moda y como paliativo. Tocaremos apenas uno de sus aspectos: el rol de la palabra y del silencio en un proceso de desarrollo, especialmente en el desarrollo de capacidades por parte de los propios sujetos del proceso.

Un momento clave en el proceso de elaboración de un conocimiento es aquel en que tenemos la oportunidad de (o nos vemos obligados a) explicar lo que pensamos, lo que “sabemos”. En este punto tenemos una de las interrelaciones estrechas entre comunicación y educación.

Cuando estamos ante el reto de expresarnos (oralmente, por escrito, con dibujos y gráficos, con gestos o juegos escénicos, etc.), nos vemos en la necesidad de empezar a dar coherencia a lo que tenemos en mente y que, muchas veces, aún anda disperso. Ello es útil a nivel personal. Lo es aún más en forma grupal porque el debate o polémica sobre lo expresado ayuda a pulir, mejorar, completar o reconsiderar las primeras formulaciones.

Es por ello imprescindible que, en nuestros procesos de autoformación, demos la debida importancia a la necesidad de que todos se expresen.

Esto tampoco debe confundirse con el falso participacionismo de reuniones en las cuales se cree que el éxito está en que todos “hablen” por igual.

Existen formas y momentos de expresión. Unos lo podrán hacer en el debate oral, otros lo lograrán más en un juego de roles, otros dibujando. Algunos entrarán de frente a la polémica en plenaria. Otros recién tomarán la palabra en un trabajo en grupo reducido. Otros

se quedarán mudos durante casi toda la reunión y recién podrán elaborar su expresión en comentarios de pasillos o de sobremesa, o a la hora de contar, en familia, entre amigos, lo que haya sucedido en la reunión. Unos buscarán una expresión conceptualmente elaborada. Otros preferirán la metáfora o el relato. Otros el chiste.

En todo caso, la “expresión” es fundamental para la elaboración del conocimiento. Eso se puede observar en dirigentes populares que empiezan a ser entrevistados por medios masivos de difusión: el reto de explicarse mejor los lleva a elaborar cada vez más lo que piensan, creen, necesitan.

Se nota asimismo que el “sistema educativo andino” otorga una gran importancia al uso de la palabra: se prefiere “perder tiempo” (según el concepto moderno de tiempo y de rentabilidad) dejando que se multipliquen las intervenciones, “tomadas de palabra” y “repeticiones” en las asambleas, faenas y otras oportunidades de reunión, y no frustrar el proceso de autoformación de los comuneros a través de sus ensayos de expresión-elaboración de conocimiento.

La principal reivindicación de la mujer andina sobre su nuevo rol en la comunidad pasa casi siempre por un pedido de aprendizaje de la palabra en la asamblea, es decir por una elaboración de sus conocimientos sobre la realidad comunal y extracomunal.

Pero, para adquirir todo su valor, para desarrollar todo su potencial, la palabra requiere del silencio que es de alguna manera su opuesto-complementario.

La ciudad, donde el silencio es un lujo que asusta, parece haber influido demasiado en una mayoría de “agentes de desarrollo rural”. Como la sociedad moderna identifica silencio con vacío, estos agentes se apuran en llenar cualquier hueco, en presionar para que “hablen” los asistentes, en repetir su propio discurso.

Existen varias clases de silencios. Los hay pasivos y marcados por el desinterés o por el sueño. Los hay intensivos y pletóricos de reflexión personal, de procesamiento interno. Los hay agresivos y cargados de negación o de provocación. Los hay interrogativos y marcados por el desconcierto, la desorientación.

Por ello, se debe aprender a interpretar el silencio, a entender todo lo que expresa del pensamiento y/o de los ritmos de la gente, a respetarlo y aprovecharlo, a provocarlo y orientarlo.

De alguna forma, el silencio es en muchos casos la condición previa indispensable para que la palabra adquiera toda su riqueza. Es un tiempo necesario para que uno pueda reubicar lo anteriormente conversado dentro de su propio universo mental y preparar una elaboración realmente personal que no sea la simple repetición de lo ya planteado por el “agente externo”, que no sea la respuesta mecánica a sus preguntas (diciéndole lo que quiere escuchar, a fin de que no siga molestando o que esté satisfecho).

La palabra avasallante es la primera herramienta de dominación de la sociedad moderna y los medios masivos de difusión son los máximos exponentes de esta metodología. El silencio es la fuente donde el mundo rural recoge su palabra y la viste de saber, de profundidad, de metáforas, de poesía.

El día que aprendamos a trabajar con el silencio y, por tanto, a aprovechar la riqueza creadora de la palabra, la “participación” podrá dejar de ser un simple “tomar parte en” para comenzar a convertirse en un “compartir”.

(primeros esbozos en “¿Cómo comunicarse con los campesinos?”, Horizonte, Lima 1980)

YAPA: PRODUCTOR, CAMPESINO E INDÍGENA: EN BUSCA DE LO ANDINO

La sociedad moderna que domina los Andes contemporáneos tiene un manejo distorsionador y vergonzante del lenguaje para referirse a todo lo originario de los Andes: los hombres, las culturas, el saber, etc.

Distorsionador por ejemplo cuando, hace ya siglos, asignó a la población andina un nombre, “indios”, que no demostraba más que su ignorancia del planeta y su eurocentrismo, y cuando, siglos después, lo sigue aplicando mecánicamente.

Vergonzante por ejemplo cuando transforma todas las designaciones sobre el origen cultural y geográfico de los andinos en motivo de burla, escarnio y rechazo. “Colla” es el insulto de los inmigrantes de Santa Cruz para la gente altiplánica de Bolivia. “Serrano” dicen los peruanos para significar “brutos”. “Pijao” repiten los colombianos para marcar su desprecio. “Indios” escupen en todos nuestros países los defensores del dominio occidental y moderno.

Distorsionador nuevamente cuando, desde diversas corrientes de pensamiento, pretende asimilar al andino a sus propios valores y categorías modernas. Las palabras “indio” e “indígena” desaparecieron en el Perú en los años 70 y fueron reemplazadas por “campesino”, “explotado”, etc. Chile pretende reducir las organizaciones socio-territoriales andinas a “organizaciones gremiales”. Bolivia busca desde los años 50 desaparecer los ayllus para dejar paso al “sindicato agrario”. Hasta hace poquísimos años, Colombia negaba la existencia de indígenas andinos en el país...

Vergonzante nuevamente cuando estas sustituciones de términos, que llevan a una negación de las especificidades andinas, pretenden “limpiar” del insulto original y de la correspondiente marginación. Vergonzante porque no hacen más que recalcar con mayor fuerza aún el carácter despreciable de lo andino.

Otra vez distorsionador cuando, en los últimos años, al interesarse repentinamente por lo andino, los investigadores y desarrolladores modernos se arrojan el derecho de definir ellos mismos qué es lo andino. Lo hacen desde sus propios esquemas mentales modernos, desmenuzando y dividiendo la realidad en folclore andino, cultura andina, tecnología andina, cultivos andinos, herramientas andinas, tradiciones andinas... Con ello se olvidan y ayudan a hacer olvidar claves fundamentales de la sociedad andina, como por ejemplo su manejo de las interrelaciones y por tanto de una verdadera integralidad.

Otra vez vergonzante entonces porque cada elemento de lo andino se ve confrontado a una comparación aislada con su similar moderno y obligado a demostrar su superioridad

o, por lo menos, su derecho a existir. Se justifica el “valor” de los cultivos andinos por su mayor contenido en proteínas. Se evalúa la organización andina de acuerdo a su grado de “democracia” y de respeto a los “derechos universales del hombre”. Etc. Es decir que lo andino es reconocido de acuerdo a una escala moderna de medición. De alguna forma se busca el “indio moderno” porque, siendo “moderno”, se le podrá permitir ser “indio”.

La cosa llega a tal extremo que en estos 50 “mitos” no hemos hablado de “indígena”, es decir de “originario del lugar”, para no chocar a quienes creen que “indígena” significa “indio” u “originario de la India” y representa un insulto, tal como hemos comprobado múltiples veces en el terreno.

Pudimos cuestionar la reducción del andino a simple “productor”. El formato de estas notas y la omnipresencia de susceptibilidades vergonzantes y distorsionadoras, particularmente en el Perú, nos hicieron desistir por ahora de cuestionar igualmente la reducción del indígena andino a “campesino”. Bolivia, Ecuador y Colombia tienen reflexiones cada vez más interesantes sobre las interrelaciones y las diferencias entre lo “indígena andino” y lo “campesino”, pero el Perú y muchos sectores de los demás países andinos siguen sufriendo de un bloqueo ideológico y/o afectivo al respecto.

Quedémonos entonces en “lo andino”. Pero rescatémoslo por lo menos de la vaguedad y la ambigüedad, por ejemplo del enfoque apenas geográfico-administrativo o geo-político que se le da para hablar de “Pacto Andino”.

El reto de los Andes pasa por reconstruir y desarrollar lo andino. Porque es un componente esencial de nuestras sociedades. Porque conoce mejor que nadie las peculiaridades y las diversidades de la región. Cuando menos porque ya tenemos larguísima experiencia de fracasos con los modelos importados.

Reconstruyamos y desarrollemos lo andino. Desde sus propias raíces, reconociendo lo ancestral y revalorando lo tradicional contemporáneo. Con el aporte de lo moderno como una suerte de abanico de posibilidades entre las cuales aprovechar aquellas que pueden ser rediseñadas y apropiadas sin destruir la coherencia andina.

Reconstruir y desarrollar lo andino es tarea y conducción de los propios andinos. Los modernos podemos contribuir, ayudando a reconocer lo ancestral y a revalorar lo tradicional contemporáneo, facilitando el acceso al abanico de posibilidades modernas, aprendiendo a dialogar con lo andino.

Veremos entonces que lo andino no sólo “merece” existir de acuerdo al “derecho de los pueblos”, sino que tiene mucho que ofrecer para la construcción de “sociedad nacional” que tanto desespera en nuestros países. **¿Por qué no una “sociedad nacional” como tinku entre lo andino y lo moderno, entre los andinos y los modernos?**

(a propósito de... los primeros 50 “mitos”)

EPÍLOGO

¿Por qué cincuenta “mitos” y una “yapa”? ¿Por qué no ochenta o cien?

¿Por qué esta dispersión de temas? ¿Por qué no haberlos ordenado en categorías, en secuencias?

¿Por qué esas fuentes en itálicas al final de cada “mito” si casi todas son inaccesibles, inaprovechables por el lector? ¿Por qué no haber incluido mas bien una pequeña bibliografía complementaria?

Todo tiene su razón... y si no la tiene la encontraremos.

Este libro no es un “tratado”, no es la exposición de una teoría o un saber para que discípulos y opositores lo estudien. Es simplemente el producto de un diálogo desde la acción y pretende apenas ampliar, socializar y alimentar dicho diálogo.

Cada encuentro con proyectos, con equipos de campo, con la realidad en general, provoca debates y genera nuevas reflexiones. Estos debates y reflexiones están dispersos en el tiempo y el espacio. Este libro no pretende más que juntarlos para posibilitar su reapropiación en nuevos tiempos y espacios, en otros proyectos, otros equipos de campo, otras realidades.

La cantidad de “mitos” aquí presentados responde simplemente al formato común del libro porque lo que se pretende es volverlos accesibles, hacerlos apropiables en los debates y reflexiones de nuevos actores.

Si quedan espacios, si hay páginas en blanco, ¿por qué no apreciarlos como silencios o como oportunidades para el silencio, para la reflexión personal y grupal, para preparar una nueva “expresión” que permita elaborar un conocimiento propio?

Además, cincuenta es un número hermoso... y la “yapa” viene a romper su cuadratura decimal. Cuando nazcan otros “mitos”, esperarán a cincuenta y yapa para volver a ser juntados. ¿Por qué no?

En cuanto a proponer un ordenamiento, hubiese sido posible hacerlo. Muchos lo hubiesen agradecido. Pero este libro se resiste a ser convertido en “paquete”. Los “mitos” prefieren guardar su libertad y ser servidos en “abanico” para que cada uno coma lo que le apetezca, cuando le apetezca, donde le apetezca.

¿Acaso habrían de prevalecer las categorías de ordenamiento del autor? ¿Acaso estos “mitos” en conjunto carecen totalmente de coherencia, de una racionalidad común?

En ambos casos el objetivo habría sido incumplido. Porque cada proyecto, cada equipo,

cada realidad deberían reelaborar su propia interpretación, su propio conocimiento, y no adoptar los que el autor sea capaz de sugerir aquí y ahora. Porque al mismo tiempo el autor pretende haber avanzado hacia una mayor coherencia de conjunto en la reflexión sobre temas normalmente tan aislados como concepciones, tecnologías, metodologías, etc. Intentó ubicar la coherencia en el tratamiento y no en el ordenamiento. ¿Por qué entonces no respetar el orden cronológico de la misma escritura, el orden propuesto por las oportunidades y urgencias de la propia realidad?

Las fuentes en itálicas no buscan servir de referencias al estilo académico sino reubicar los “mitos” en una realidad que es a la vez andina y propia del autor.

Los “mitos” son hijos de la acción, directa o indirecta, no del estudio, la “investigación”, la “academia”. Por ello ofrecen fuentes biográficas más que bibliográficas. Buscan así reivindicar la acción como práctica de conocimiento, la realidad como fuente de saber, al autor como actor del proceso.

¿Quedan más preguntas? Aquí vienen un silencio y un espacio en blanco para que el lector empiece a contestarse a sí mismo.

Lima, 4 de abril de 1988





Serie: Educación, Transformación e Inclusión
Documentos de análisis y propuestas

Construyendo una
educación
para la  **Transformación e Inclusión**

Av. Arce N° 2147 - Teléfonos (591-2) 2442144 - 2442070
Casilla de Correo: 3116 • La Paz - Bolivia
www.minedu.gob.bo